

VÍCTOR GARCÍA

MUSEIHUSHUGI

EL ANARQUISMO JAPONÉS



Víctor García:

MUSEIHUSHUGI:

El anarquismo japonés

INTRODUCCIÓN

La revolución industrial llegó muy tardíamente al Japón. Fue el resultado lógico de una política de total aislamiento que anquilosó al archipiélago durante tres siglos. Mientras el mundo se descubría geográficamente, se sacudía el medioevo y se lanzaba a la aventura de la máquina inaugurando la producción masiva a expensas de una nueva clase, el proletariado, el Japón, con los puertos cerrados al mundo, vivía un régimen feudal, de castas, totalmente apoyado en una agricultura de cultivo intensivo, tal como la conociera Francisco Javier cuando desembarcara en el Imperio del Sol Naciente en 1549.

Cuando en 1853 el comandante Perry abrió el comercio a cañonazos desde los modernos barcos de guerra estadounidenses, el Japón descubrió una triste realidad: su atraso palmario en los campos de la técnica, de la educación, del comercio, de la industria, de la política, de la medicina, del transporte, etc.

Fue cuando, a marchas forzadas, el emperador Meiji dotó a su imperio de todos los adelantos logrados por Occidente. Para ello no titubeó en contratar masivamente a técnicos y científicos extranjeros y en mandar, paralelamente, a gruesos contingentes de estudiantes japoneses a los países industrializados de Europa y Norteamérica. Antes de que el siglo XIX llegara a su fin, el Japón ya se había emparejado con el mundo industrial y moderno y hasta había ganado su primera guerra internacional contra China, la abastecedora más propicia y cercana de las materias primas que un Japón industrializado y carente de ellas tenía que asegurarse.

De lo genuinamente aborígen nada o poco pudo aprovechar el Japón para ser adaptado al gran cambio que se estaba produciendo. Las máquinas, las medidas, las técnicas de producción y de mercadeo, el sistema laboral, la instrucción primaria y la superior, todo era copia fiel de Manchester, del Ruhr, de Pittsburg y hasta el mismo sistema de represión policíaca era fiel imagen del alemán.

Ninguna disposición tomó el Mikado en cuanto a lo que en Europa y América formaba parte integrante, indisoluble e inherente del sistema -los cuerpos de doctrina social, fruto de la revolución industrial- pero los aires revolucionarios se presentaron en el Japón con la misma rapidez que los complejos industriales, sus técnicos y sus instructores. Lo único que sucedió fue que mientras éstos eran introducidos

en el Japón por el gran portal de los invitados, los gérmenes revolucionarios entraban en el país por la puerta de servicio.

A lo largo del trabajo que sigue habrá un esfuerzo visible para demostrar que en el Japón ha existido siempre, como en todos los países que se han afincado en el cultivo de la tierra como jácena maestra de su sistema económico, atisbos genuinamente libertarios. De igual modo, y esto no precisa de ejemplos concretos, el espíritu rebelde ha estado presente en el seno de los oprimidos. Todo esto, sin embargo, tenía pocos asideros frente a todo el sistema, masivamente importado, por lo que se justifica, en el campo de los opuestos, la importación, igualmente masiva, de las ideas revolucionarias.

En lo que al anarquismo respecta, y a pesar de la original figura de Ando Shoeki, el William Godwin japonés, los anarquistas nipones lo han abrevado todo, prácticamente, de los teóricos del anarquismo europeo. Kotoku y Osugi, las dos columnas más relevantes del anarquismo en el Japón, a pesar de su inteligencia y su espíritu creador, prefirieron sumergirse en la traducción de los textos de Kropotkin, de Bakunín, Proudhon, etc., donde el ideal abrazado estaba ya ordenado, discutido y aprobado, antes que acudir a la lenta concepción de una exposición original de los ideales libertarios.

El propio vocablo anarquismo fue asimilado tal cual, de igual manera que la mayoría de lo introducido en el país -maquinaria, tecnicismo, sistema métrico decimal, ciencia, instrucción, sistema político, etc.- también era aceptado con las voces del lugar de origen.

Al revolucionario occidental le ha bastado acudir a la fuente de nuestra cultura, Grecia, para confeccionar, como lo hiciera Proudhon, con una raíz y un prefijo, el nombre del ideal libertario: anarquismo. El japonés, para designar un cuerpo doctrinal social que niegue la autoridad, precisa de cinco signos ideográficos -Mu, significando 'ausencia', sei, que quiere decir 'político', bu, para la voz 'organismo', shu, para 'principio' y que es el distintivo de ismo— de tal manera que todo y siendo, para el purista del idioma, museihushugi la verdadera acepción para designar el anarquismo en japonés, raramente suele hallarse, en los textos anarquistas del Japón, este extensísimo vocablo.

El anarquismo en el Japón tuvo una época heroica que, cronológicamente hablando, podríamos ubicarla entre los años 1903 y 1937. El lector encontrará, a lo largo de las páginas que siguen, la historia de un movimiento de abnegados, de místicos y de mártires cuyo paralelo nos resultaría difícil hallar en otras coordenadas geográficas. Ser anarquista, en el Japón, hasta el desenlace de la segunda conflagración mundial, era una condena a muerte en

potencia. A un profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Tokio, N. Morito, que se le ocurrió, en 1920, escribir un Estudio del pensamiento social de Kropotkin, a pesar de que no era simpatizante del movimiento anarquista japonés, fue condenado a un año de cárcel y se le prohibió, en el futuro, que ejerciera su profesión de enseñante.

La primera masacre «legalizada» contra el ideal libertario tuvo lugar el 24 de enero de 1911 cuando doce anarquistas fueron ahorcados por el delito de lesa majestad. La policía y el ejército amañaron lo que pasó a ser conocido como la Gran Revuelta (Dai Yaku Jiken), con el fin de desembarazarse de las figuras más relevantes del movimiento anarquista, incipiente pero pujante. El evento tuvo resonancia internacional porque, entre los ahorcados, había un médico, un escritor, dos periodistas, un sacerdote budista, un funcionario, dos propietarios, un comerciante, obreros, estudiantes y campesinos, evidenciando todo ello la falsedad de la acusación. Una heterogeneidad de profesiones tan manifiesta era totalmente incompatible con la finalidad que, según la policía y el ejército, los acusados se habían fijado.

También hubieron muchas condenas de prisión. De ello nos refrescan el recuerdo las agencias internacionales de información que, en un cable del 16 de enero de 1975, anuncian la muerte de Seima Sakomoto, uno de los

encartados de la Gran Revuelta, condenado a la cárcel y muerto, este mismo día, a los 87 años de edad.

Al asesinato colectivo del 24 de enero de 1911 siguieron muchos más. Destaca, por encima del resto, el que tuviera lugar en los primeros días de septiembre de 1923 cuando se atribuyó a los anarquistas y a los coreanos los incendios y pillajes que siguieron al terrible terremoto del 10 de septiembre. En aquella oportunidad fue imposible dar con la cifra exacta de los anarquistas sacrificados. Por último, cuando el 7 de julio de 1937 el Japón le declara la guerra, oficialmente, a China, la represión contra los anarquistas desbordó, en sevicia, a todas las anteriores.

Fue necesario el fin de la Segunda Guerra Mundial para conocer la exacta situación del anarquismo japonés.

Sorpresivamente, algunos libertarios habían sobrevivido, primero a la represión de la policía y el ejército y, después, al azote de la conflagración mundial.

Una era nueva se proyectaba para el anarquismo en el Japón, y el 12 de mayo de 1946 los libertarios japoneses se organizaban nuevamente. La Federación Anarquista Japonesa iniciaba sus labores.

Este trabajo trata de ser un primer aporte de mayor trascendencia que los artículos que con cierta intermitencia aparecen en la prensa anarquista internacional en lo que a la

historia del anarquismo en el Japón concierne. Es una contribución a esta historia que tan desconocida es para los anarquistas de Occidente.

Debido a lo que hemos apuntado en el comienzo de esta introducción, el japonés ha abrevado constantemente de las fuentes de Occidente. Nuestra historia, nuestra cultura, nuestras ideas las ha ido siguiendo, el japonés, sin altos en el camino. A los anarquistas de Europa y América nos ha faltado un deseo de reciprocidad que nos acercara más a los anarquistas del Extremo Oriente. Se sabe muy poco de las luchas anarquistas, de las polémicas sostenidas por el impacto de interpretaciones discrepantes, de las necesidades y de las inquietudes de los que, desde los antípodas, piensan que la humanidad debe sacudirse el yugo del Estado y abrazar el ideal que mayor dosis de libertad encierra en su contexto.

II

SINOPSIS HISTÓRICA

LAS LUCHAS POR EL PODER

Si nos atenemos al axioma de Carlyle, «Los pueblos felices no tienen historia», nos tocará reconocer, por deducción cartesiana, que el Japón debe ser poseedor de una historia extensa y rica en eventos. El pueblo japonés ha sido sojuzgado por sus tiranos a lo largo de toda su existencia como tal pagando, posiblemente, por un «pecado original» cometido por sus antepasados en la prehistoria del Archipiélago.

Este «pecado original», tocado muy de soslayo en los tratados de historia, sería el de la usurpación, por parte de los japoneses, llegados del continente, del suelo insular habitado por los ainus, los verdaderos aborígenes de aquellas islas, pertenecientes, paradójicamente, a la raza blanca. Hoy, para dar con algún superviviente de aquellos ainus hay que alcanzar la más septentrional de las islas niponas Hokkaido, donde, en grupos aislados y ralos, se hallan los, vestigios de un pueblo del que nada se sabe y que camina, inexorablemente, a su extinción.

Sumergirse en esta historia no es posible en este ensayo dedicado a otras finalidades, bien que, dado que tendremos que hacer citas, al pasado del Japón a lo largo de las páginas por venir, nos parece precaución sensata desdoblar un reducido resumen para que nos sirva de asidero cuando el momento así lo exija.

La historia del Japón, como todas las historias oficiales de todos los países del mundo, comienza con la leyenda. La japonesa señala que el Imperio Nipón fue fundado en el año 660 antes de la era vulgar por el emperador Jimmu Tenno, descendiente de la diosa del Sol, Amateratsu. [\(1\)](#) En el terreno de la leyenda la historia japonesa cabalga cerca de doce siglos, ya que los puntos de referencia dignos de relativo crédito se originan a partir del siglo VI de nuestra era, cuando del continente han irrumpido los acervos chinos que cimentan, definitivamente, la civilización insular. Estos bagajes culturales, artesanales, religiosos y sociales de la China llegaban, a través de Corea, en los morrales de anónimos colonos japoneses que en la nebulosa de aquellos años ignotos se habían instalado, sus antepasados, en las tierras continentales de la región llamada Mimana. Los avatares político-militares de China y los países limítrofes con Mimana, Silla y Paeche, forzaron a los japoneses de Mimana a abandonar sus casas y el país regresando al Japón de sus antepasados. Ellos, con sus familias, servidores y allegados, desembarcaron con todos los conocimientos

adquiridos en el Continente, incluidos la escritura ideográfica china, el budismo, el taoísmo, el confucianismo, el cultivo del arroz y un amasijo de normas morales que le servirán de cimientos al príncipe Shotoku Taishi (593-628) para promulgar la primera constitución conocida como la de los Diecisiete Artículos.

Hasta el año 710 la corte no fijaba la capital jamás. El emperador entrante abandonaba el lugar en que había muerto su antecesor, por respeto y temor a la muerte, y se instalaba en otra localidad. Nara pasa a ser la primera capital que no registra estas condiciones nómadas y el periodo de Nara -interesante por su fase artística y arquitectónica porque, al igual que el dórico en Grecia, representa la pureza del trazado- dura hasta el año 784, cuando la corte se instala en Kyoto, donde permanece por más de mil años -hasta 1368- bien que el gobierno, según las familias dominantes de turno, deambule por otras ciudades -Kamakura, Osaka, Edo, etcétera-.

El emperador asume, muy temprano, una condición puramente figurativa, mientras que la verdadera hegemonía pasará a ser ejercida por varias familias que se alternarán, a cambio de sangrientas luchas, en el ejercicio del poder.

Los Fujiwara fueron los primeros en ocupar la regencia (fcam-palu) que se ejercía en la propia ciudad de Kyoto. Pasa tal logro tuvieron que librar una lucha enconada con el clan

Soga y así da inicio a una historia del Japón en la que el tema permanente es la lucha por el poder sin que el representante de los dioses en el Archipiélago, el emperador o Mikado, pueda intervenir. Los emperadores, hasta últimos del siglo pasado, fueron verdaderas figuras decorativas sin influencia de ninguna índole, salvo la que podía traslucirse de su condición de representante de la diosa Amateratsu en la Tierra para los creyentes nipones.

La hegemonía de los Fujiwara se desplomó definitivamente en 1185, incidiendo, en ello, varias familias rivales, logrando hacerse dueño de la situación Minamoto Yoritomo, que toma el título de shogun (generalísimo) y, curándose en salud, instala sus reales en Kamakura. El clan Hojo le sucede y es durante su periodo (1200-1333) que tienen lugar dos intentonas serias, por parte de Kublai Kan, de desembarco en las islas. Una tempestad de proporciones enormes acabó con la flota china. Los japoneses la llamaron kamíkaze (viento sagrado), nombre que tomaron los aviadores suicidas que durante la última guerra mundial se arrojaban contra las naves de guerra enemigas con el avión cargado de explosivos.

Viene luego el periodo de los Ashikaga, que se instala en Muromachi, Kyoto (1338 a 1573), el fin del cual marca, a su vez, el fin del feudalismo nipón al desaparecer, de la escena política, las viejas familias rivales y todopoderosas.

En 1573, Nobunaga, jefe guerrero, derroca a los Ashikaga y toma el shogunato que lo disfruta muy efímeramente, ya que es muerto en 1582. Sube en escena, entonces, una de las figuras más conocidas del colegial japonés: Toyotomi Hideyoshi, el mejor general de Nabunaga y denominado, por los historiadores, «El Napoleón japonés». Sus ímpetus bélicos lo llevaron al otro lado del mar librando guerra sin cesar y ganando batallas pírricas continuamente. Su mayor trofeo fueron 38.000 pares de orejas de vencidos coreanos con las cuales se levantó un túmulo imponente en Kyoto todavía visible ahora.

Al morir Hideyoshi tomó el poder Tokugawa Ieyasu que lo conservó hasta su muerte, en 1616, habiendo logrado, previamente, eliminar toda sombra de oposición, motivo por el cual el shogunato de los Tokugawas duró hasta 1868.

Los Tokugawas se instalaron en Edo, Tokio de ahora, manteniéndose así, todavía, más alejados del Mikado de Kyoto.

EL ENCLAUSTRAMIENTO

Los casi tres siglos de dominio Tokugawa marcaron un aislamiento hermético del país con el extranjero. Había pena de muerte para el japonés que tratara de abandonar el Japón y lo mismo sucedía con el que, hallándose en el extranjero, intentara desembarcar en el Imperio. El temor de que las corrientes progresistas del exterior erosionaran un sistema de clases tan estricto, que salpicaran de levadura de luz el oscurantismo del país, que la inquietud y la noción de que en otras partes la vida era diferente proporcionara pábulo para el descontento sugirió, en el cerrilismo de los Tokugawas -y Hideyoshi tomó la iniciativa en ello-, como solución apropiada, el cerrar bajo siete llaves el Imperio del Sol Naciente.

El temor se despertó en esos aguerridos gobernantes cuando, coincidentes con su conquista del poder, desembarcaban en las costas de la más meridional de sus islas, Kyushu, los portadores del cristianismo, incluido el propio Javier (1549), los cuales, iluminados por una fe arrolladora, lograron difundir el evangelio a manos llenas logrando éxitos sólo explicables si se tiene en cuenta la condición de aquellos isleños fustigados de impuestos,

drásticamente ubicados en sistemas de clases infranqueables, sujetos a los avatares de los clanes de turno y sometidos a un feudalismo inestable y, por ende, más tiránico.

En 1581, a sólo 30 años de la llegada de los primeros cristianos en Kagoshima, ya el Japón contaba con más de doscientas iglesias edificadas. Las «fuerzas» católicas significaban una fuerza tan real que Nobunaga no titubeó en pedir su apoyo para, oponiéndose al budismo, poder hacer frente a las viejas familias. Los jefes guerreros que secundaban a Nobunaga, conocidos como daz-myo y que pasarían a integrar, durante los Tokugawas, la casta más elevada de todas, se convirtieron al cristianismo logrando méritos celestiales, destrozando y quemando templos así como masacrando bonzos y feligreses budistas.

Hideyoshi, fiel general de Nobunaga mientras éste vivió, no encontró otra solución, una vez logrado el poder para él, que acabar con toda la estirpe de Nobunaga y sus acólitos. Estaba en las normas de la sobrevivencia nipona y tales asesinatos, igualmente frecuentes en las cortes de los Capetos, los Estuardos, los descendientes de los muy Católicos de España, los Hohenstaufen etc. en Europa, y Hideyoshi ordenó, fríamente, destrozando todas las iglesias de Osaka, Kyoto y Sakai, expulsar a todos los jesuitas y, en 1597,

hizo crucificar a seis franciscanos, a tres jesuitas y otros varios cristianos.

Jugando con las barajas de la política, los cristianos que quedaron en el Japón acordaron apoyar la causa de Hideyori, el hijo de Hideyoshi, pensando en que era la causa con más posibilidades de victoria. La derrota de Hideyori y el encumbramiento de Ieyasu marcó el fin del cristianismo en el Japón, ya que el primer Tokugawa decretó que la religión cristiana era «falsa y podrida», conminando a todos los cristianos a abjurar. Los que no lo hacían adquirirían la condición de esclavos.

Esta persecución está en el origen de la famosa revuelta de Shimabara (1638) en la que 40.000 personas se sublevaron, destrozando templos budistas y shintoístas. Refugiados en la península de Shimabara los cristianos resistieron hasta 1638 cediendo, finalmente, al acoso de 60.000 soldados del shogun que pasaron a cuchillo a todos los sublevados sin distinción de sexo ni edad.

Los holandeses, que andaban deseosos de arrebatarse a los portugueses y españoles el mercado japonés, vieron una buena ocasión para ganarse los favores del Tokugawa de turno, y desde sus barcos de guerra bombardearon la fortaleza asediada hasta desmenuzarla.

Los holandeses lograron su propósito y durante todo el periodo de autoaislamiento de los Tokugawas fueron los únicos namban, extranjeros del sur, que pudieron comerciar con los japoneses bien que sufrieron vejámenes innumrables tales como el de no poder abandonar la isleta de Deshima, el no traer nunca mujeres europeas, el no poseer Biblias ni libros sagrados, el tener que derribar un edificio porque en el frontispicio figuraba un A.D. (Anno Domine) y, cuando una vez al año se les «permitía» ir a rendir tributo al emperador, se les obligaba a bailar y a imitar a los marineros borrachos.

La presencia de los misioneros jesuitas y franciscanos y los estragos que su credo hacía entre la población nipona llegó a traumatizar a los Tokugawas que no vieron más solución que la de cerrar las puertas al extranjero.

Fue peor el remedio que la enfermedad, porque el catolicismo, pasados los primeros tiempos y diluida su novedad, habría resultado de un impacto intrascendente como se ha podido verificar en todos los países asiáticos donde los misioneros católicos y cristianos en general han tratado de ganar adeptos. El budismo cuenta, al igual que el islamismo, el shintoísmo y otras religiones menores del Asia, con argumentos que en nada se distinguen de los cristianos: lo sobrenatural, el sacerdote, el premio... Si la religión no asalta las fortalezas enemigas con la ayuda de las armas,

como sucedió en América, donde la cruz iba siempre acompañada del arcabuz y la espada, no logra victorias.

SOL DE OCCIDENTE

Si el Japón no hubiera cerrado sus puertas al Occidente éste habría ido aportando, poco a poco, con las mercancías y los hombres, aires progresistas que no hubieran permitido que el Japón alcanzara los umbrales del siglo XX con seis siglos de retraso.

Esta inauguración de ventanales abiertos corrió a cargo del emperador Mutsu-Hito (1867-1912) que, secundado del samurái

Okubo, obliga, en enconada lucha, a que los Tokugawas abdiquen. El Mikado se instala en Tokio y comienza la era de la luz -Meiji-, en la que se trata de recuperar todo el tiempo perdido a fin de convertir al Japón en un Estado moderno digno de poderse codear con los Estados europeos. Se decretan reformas sociales como la abolición de las castas y del feudalismo, se promulga una nueva constitución, se establece el régimen parlamentario bien que conservando el emperador todas las prerrogativas. Bajo el punto de vista económico e industrial el país sufre un cambio radical en

forma tan efectiva y acelerada que el Japón irrumpe, en el siglo XX, en condiciones de gran potencia.

En dos ocasiones, por lo menos, el Japón llega tarde en la cita con la historia. En el siglo VI, cuando los colonos de Mimana y los budistas del continente llegan al Japón, en China ya se ha inventado la imprenta, mil años antes que Gutenberg o el holandés Costers; ya se usa el papel moneda. Ya hacía un milenio que se usaba el arado en las fértiles tierras del Yang Tsé y del Huang Ho; el arte ya se había desparramado en tesoros que todavía ahora son inimitables. Confucio y Lao Tsé estaban ya distantes de diez siglos. En aquel entonces los japoneses dieron prueba de gran aplicación y en pocos años asimilaron la escritura china, los sistemas agrícolas avanzados del continente, el arte de la pintura, el de la caligrafía, el de la arquitectura, el de la escultura, así como los racionales sistemas administrativos de las comunas chinas, fruto de las enseñanzas fisiocráticas de los grandes pensadores de aquel gran país.

De igual modo, en 1868, cuando los Tokugawas son derribados, el Japón es víctima de un pronunciado atraso que el almirante norteamericano Perry es el primero en poner de manifiesto en 1853 cuando, con sus potentes navíos, obliga a los japoneses a abrir sus puertos. Entonces los insulares descubren que en el mundo hay locomotoras, armas de fuego contra las cuales no hay arma nipona que se

resista, máquinas que retratan, que vuelan, que van por debajo del agua. Telares, telescopios, microscopios, rotativas, fonógrafos, máquinas de calcular, de coser, de hacer papel. El poder asimilativo del japonés vuelve a ponerse de manifiesto de nuevo, al igual que en el siglo VI y lo que Europa, América y el mundo han descubierto e inventado a lo largo de un milenio lo aprenden los hábiles insulares en una generación tan sólo.

Explica Arnold Toynbee que preguntó a un grupo de japoneses, en cierta ocasión, cuál era el signo distintivo (ethos) más relevante del japonés. El grupo intercambió pareceres entre sí para coincidir, ante Toynbee, de que su ethos era la adaptabilidad. Y debe haber mucho de cierto en esto, para bien o para mal de este pueblo siempre urgido de apremiantes necesidades.

La mayor prueba de adaptabilidad la hallaremos, quizás, en las condiciones impuestas por los Estados Unidos como consecuencia de la pérdida de la guerra por parte del Japón y a las cuales, no solamente los vencidos han sabido adaptarse sino que han sabido rebasar las previsiones de MacArthur y, siguiendo las reglas del juego impuestas por los vencedores, ganar a éstos en los campos de la técnica, la economía y el comercio.

LA CENTRALIZACIÓN DEL PODER

La reforma de Meiji fue, sin embargo, una reforma reaccionaria. El emperador, más ambicioso que sus predecesores, no se conformaba con el papel de representante orillado de la diosa Amateratsu en la Tierra y por esto, gracias al apoyo de Okubo y otros samurais, derrocó a los Tokugawas. La abolición de las castas, intrínsecamente hablando, es un progreso pero la finalidad de Meiji era la de acabar con los poderes locales representados por los daimyos, los jefes guerreros convertidos, con el tiempo, en potentes terratenientes, cuya presencia continuaría siendo un peligro para su estabilidad. En lugar de una salpicadura de pequeños ejércitos dependientes de los daimyos que los mantenían, Meiji se propuso organizar un gran ejército nacional y moderno. En el Japón de 1863 no había industria. Sólo comerciantes, campesinos y artesanos representaban las fuerzas laboriosas del país. La reforma Meiji se hizo sin contar con ellos para nada, con el heimin, el ciudadano común. Este hombre quedó abolido, como quedó abolido el samurái, guerrero a sueldo del daimyo, como quedó abolido el eta, el fuera-casta, en cuyas filas vegetaba el ser humano más despreciado después del harigan intocable de la India. Los nombres quedaron abolidos pero la situación, salvo la de los

daimyos, que vieron sus posesiones pasar al Estado, no registró ningún cambio de importancia y tanto fue así que en 1873 se declaró la primera crisis seria por el descontento de los que algo esperaban de las reformas. Los diezmos y tasas locales a favor de los daimyos pasaron a ser impuestos a favor del Estado centralista y, paralelamente, el Estado trabajaba afanosamente en la creación del ariete que tenía que proyectarlo a la condición de gran potencia: el ejército. La consigna era «Fukoku Kyohei» (país rico, ejército fuerte).

ORTO Y OCASO DEL MILITARISMO

Sólo había una manera de hacer frente a la crisis y al descontento: la columna de humo a la que suelen acudir los Estados totalitarios cuando la situación interna se vuelve amenazante o, en otras palabras, la guerra. En 1894 estalla la guerra chino-japonesa que dura ocho meses. El Japón logra, en el Tratado de Shimonoseki, la parte sur de Manchuria, Taiwán, las Islas Pescadores, 200.000.000 de pesos y la independencia de Corea que pasará a ser, de inmediato, un protectorado nipón. Diez años más tarde (1944) el Japón se halla de nuevo en guerra, esta vez con Rusia. Al año siguiente, después de varias victorias por tierra y mar, el Japón lograba, en el Tratado de New Hampshire (5 septiembre de 1905), el reconocimiento de su soberanía en

Manchuria, la península de Liaotung, Port Arthur y la mitad de las Islas Sakhalin.

El Imperio japonés era un hecho. Faltaban ciertos retoques que irían a cargo de los militares que, muerto Meiji en 1912, continuaban asesorando al nuevo emperador. Estos retoques estaban en China, de fácil acceso teniendo Corea y Manchuria de trampolín. Es así que toma inicio la guerra de los tres sietes (7 de julio de 1937) día de la declaración oficial de la ruptura. El resultado de esta aventura bélica fue negativo debido, mayormente, a la conflagración mundial que acabó con todas las ambiciones militares del Estado japonés y, paralelamente, con la humillación de un ejército que se creía invencible.

Los resultados de la guerra ruso-japonesa tuvieron mucha trascendencia en el Japón y en toda Asia. Era la primera vez que un pueblo de raza amarilla vencía a una potencia «blanca» como lo era Rusia. El Tratado de New Hampshire significaba la negación de algo axiomático casi: la superioridad de la raza blanca. Hasta los propios chinos, humillados por los japoneses diez años antes, se alegraron de una victoria que redundaba en beneficio de su raza. Todo el Oriente sufrió una cura radical de destigmatización. No habían razas superiores invencibles. Los rusos habían mordido el polvo. El estratega más reputado del zar, el general Kuropatkin, había sido vencido por los pequeños

hombres amarillos del archipiélago del Sol Naciente. En China ya no llamaban a los japoneses wako (piratas enanos) y el Japón adquiriría condiciones de abogado de los países del Oriente.

Esto explicaría, en parte, la facilidad con que el Japón se apoderó, en los años 1941 y 1942, de toda la geografía del sudeste asiático, desde la Indochina francesa hasta Birmania, con toda la inmensidad insular de las Indias Neerlandesas, las Filipinas y toda la salpicadura de islas del Pacífico.

El Japón ganó muchas batallas pero perdió la última. En 1945, aunque Truman no hubiera ordenado las explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki de los días 6 y 9 de agosto, el Japón tenía que rendirse. El imperio militar había terminado.

Veamos ahora, desandando el camino de la historia de los hitos feudales y dinásticos, los atisbos sociales que se pueden desbrozar de aquélla.

MYODEN Y UJI: EXPONENTES DE UN COLECTIVISMO LIBERTARIO

El Japón insular, como la inmensa mayoría de los pueblos del Extremo Oriente, tiene una alimentación que coloca al arroz

en la base de la misma. La introducción del cultivo del arroz se remonta, en el Japón, a la prehistoria, en la Edad de Yayoi (siglo III antes de nuestra era a III después de nuestra era). La población, como consecuencia, tendió a ubicarse en las regiones bajas, donde el cultivo del cereal era posible. El suelo reuniendo condiciones para los arrozales alcanza, a duras penas, al 15% de la superficie de las islas.

Estas concentraciones humanas se ponían de acuerdo para el acondicionamiento colectivo del futuro arrozal. Una o varias familias campesinas desforestaban la tierra, la nivelaban y la rodeaban de una empalizada simbólica para significar que se había tomado posesión de ella para trabajarla. Esta porción se llamaba myoderi (den significando 'arrozal' y myo significando 'nombre' en el sentido de que la tierra estaba relacionada con un grupo, una familia). Paralelamente, la aristocracia y los sacerdotes también se posesionaban de tierras y éstas tomaban el nombre de shoen que sería el equivalente a 'hacienda', 'coto', 'propiedad rural'. Éstas estaban exentas de impuestos.

Con respecto a los myoderi, que son los que reúnen cierto interés para nuestro estudio, puede decirse que en el siglo XII conservaban todavía la condición de «colectivismo familiar» pero desde el inicio del Japón feudal, que tiene lugar en 1185 con la aparición del shogunato creado por Minamoto Yoritoma, la función democrática y popular del

myoderi decreció en favor de los poderosos que orbitaban alrededor del shogun de turno.

Estos poderosos, que pasarían a ser los daimyos o señores feudales, fueron presionando mediante todos los medios, los honestos y los deshonestos, para que los myoderi solicitaran su «protección» frente a los más o menos hipotéticos ambiciosos terratenientes. Fue esta situación la que originó la presencia de los ejércitos privados o bushi. Surgieron los mercenarios que no solamente tenían, como misión, defender las propiedades del señor sino amedrentar a los campesinos indefensos del myoderi, destruirles las cosechas, incendiarles los villorrios a fin de coaccionarlos a aceptar la «protección» del señor feudal. Igualmente, y una vez anexo el myoden a las propiedades feudales, que la corte imperial reconocía bajo el denominativo de shoen, los mercenarios debían velar para evitar la fuga de los campesinos que, convencidos del engaño, trataban de escapar de las tierras que fueron de sus antepasados y habían dejado de ser suyas.

El bushi aportó, paradójicamente, una cierta ética entre la gente de armas conocida como bushido (el camino del guerrero). El bushido es un tratado de moral que todavía ahora, después de un siglo de ausencia del régimen de castas, la literatura, la imaginación, la conciencia popular, lo evocan con admiración. El bushido era el decálogo del

samurái y éste continúa reencarnando las mejores cualidades del ser humano, el prototipo del personaje de vida ejemplar y caballerosa. Las películas que gozan de mayor atractivo popular son las de los samuráis, Quijotes del Oriente.

Fue debido, precisamente, al irrespeto de la moral samurái por lo que el Japón perdió la guerra, proclaman numerosos japoneses. El ataque traicionero a Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941 estaba contra los principios del bushido y era lógico que al no haber respetado el código supremo del soldado nipón se produjera la derrota del mismo.

Otra institución popular que reclama nuestra atención es la del uji. Poco se conoce de este primer atisbo comunitario de la sociedad japonesa muy anterior a los primeros datos históricos del Japón. Es muy probable que haya sido introducido por los emigrantes regresados del Mimana, en el continente, cuando la China dinástica, sedienta de ensanchar sus límites, forzó a los colonos japoneses a inmigrar al archipiélago nuevamente. Aquellos grupos se instalaron en el Japón siendo portadores del rico acervo cultural, económico y social de China y es seguro que en sus alforjas cargaban las exactas nociones del libertario sistema chino de cultivar la tierra conocido como «sistema del campo del pozo», ya totalmente implantado durante la dinastía Chou (1.122 a 225 antes de nuestra era). El «campo del pozo» era

así llamada porque consistía en dividir las tierras colectivas en grupos de nueve parcelas cuyos límites adquirirían la forma del signo ideográfico que designaba la voz pozo en la vieja ideología china, consistente en dos rayas horizontales y paralelas cruzadas por otras dos verticales, igualmente paralelas. Estas nueve parcelas quedaban al cuidado de ocho familias u ocho grupos los cuales debían cultivar, en rotación ordenada, la novena parcela siendo, el fruto de ésta, para el señor, para los sacerdotes y, presumiblemente, para las viudas y los inválidos.

Es este régimen colectivista el que introdujeron los japoneses expulsados del continente cuando se incorporaron a la vida rural de las islas niponas. Con ellos entrarán en el Japón los primeros atisbos budistas, las primeras nociones de la escritura ideográfica, las industrias artesanales de las cuencas del Yang Tsé y del Huang Ho, y, en general, todo el acervo cultural del Chung Kuo o China, que en aquella época se hallaba en la primera línea de la cultura mundial.

Los pueblos, en sus comienzos, necesitan más de la solidaridad y el apoyo mutuo. La sociedad contemporánea, en la que predomina la llamada clase media, suele manifestarse egoísta y la tendencia es hacia el individualismo negativo y el acaparonamiento en la torre de marfil en que cada familia convierte su vivienda. La

historia de todos los pueblos se manifiesta siempre con exponentes palmarios de la vida comunitaria. En la misma América, tan tardíamente incorporada a la historia de la humanidad, también se registra la presencia de la tierra trabajada en colectividad -el aylid en el Incario, el calpulli en México- con parcelas dedicadas, como en el «campo del pozo» chino, a los soberanos, a los dioses, a las viudas, a los huérfanos y los inválidos. Nada de extraño tiene, en consecuencia, que en el Japón protohistórico haya existido un sistema de vida comunitario, cónsono con todo el pueblo incipiente y deudor, por otra parte, a la estrategia campesina del continente.

El uji es la unidad social fundamental del pueblo japonés. De esta unidad surgirán las ramas que irán formando el árbol del sistema social del país, sistema que no reflejará, en el curso de los años, el espíritu libertario del primer uji. El uji, que comienza siendo genuinamente rural, está integrado por un grupo indeterminado de miembros que acepta, en principio, que la representación del mismo sea asumida por el más anciano al que se le designa como ujinokami —kami, significando ‘deidad’, hay que colegir que ese personaje ejercía funciones sacerdotales igualmente, en representación de los fundadores ancestrales del uji—. El uji era una comunidad totalmente autócrata en el sentido de que se valía ella sola para la satisfacción de sus necesidades. A medida que la comunidad crecía surgían, de su seno, los

miembros que se iban dedicando a diferentes quehaceres artesanales que, dentro del uji, integraban un subgrupo llamado be, sufijo que acompañaba la especialidad de cada artesanía; así los tejedores se denominaban oribe, los fabricantes de escudos tanuibe y hasta los intérpretes tenían su gremio: osabe.

Los uji adquirieron, muchos de ellos, grandes proporciones a causa del aumento de su población y la consiguiente necesidad de nuevas tierras. Antes del advenimiento del Japón político, tal como la historia oficial lo ha amañado después, el Japón estaba integrado por una multiplicidad de comunidades o uji de cuya importancia dan cuenta ya los Anales chinos del siglo III cuando hacen referencia al Japón como las «Islas de los Cien Reinos».

En el pasado de todos los pueblos se hallan, firmemente enraizados, rasgos inmarcesibles de una cultura libertaria. El Japón los tiene, en muy particular modo, con el myoden y el uji. El hermetismo implantado por los regímenes políticos, ampliamente facilitado por las condiciones geográficas de un país insular, desvinculó al pueblo japonés del resto de los pueblos. El aislamiento produjo, en las clases populares niponas, un sentimiento de abandono con trazos muy marcados de impotencia. Así, mientras en las otras coordenadas geográficas de la tierra los pueblos fueron cediendo muy lentamente sus privilegios soberanos a los

tiranos de turno, ofreciendo resistencia enconada a cada intento de usurpación, en el Japón vemos que las comunidades ceden con relativa sumisión ante las presiones de los grandes terratenientes, de los daimyos y el Mikado hasta tal punto que cuando la historia del país asume su papel como documento didáctico en el cual deben abreviar obligadamente los alumnos de las escuelas niponas, la presencia de los uji y los myoden se hace imposible de captar.

LAS REVUELTAS DEL MEDIOEVO

Se consigue, sin embargo, suficientes asideros para poner en evidencia que el pueblo nipón no es un pueblo sumiso y en diferentes ocasiones se registran revueltas tendentes a sacudirse, sobre todo, la pesada carga impositiva ejercida por los daimyos sobre las masas productoras de pueblos y ciudades. En este aspecto se pueden lograr fuertes paralelismos con las luchas que en Europa se registran entre los integrantes de los burgos y los señores feudales que amenazaban con sus mesnadas cada vez que el burgo se resistía a pagarle, al castellano, los impuestos exigidos por éste. El pueblo quería desentenderse, por otra parte, de las guerras que libraban los daimyos entre sí al tiempo que se

oponía al incremento de poderío otorgado por el shogun a sus intermediarios de confianza. Es así que se deciden a rodear sus poblaciones de murallas y fosos para hacer frente a los daimyos mientras tratan de lograr, directamente, en la corte, condiciones más honrosas para sus pueblos y ciudades. Existen documentos que dan como hecho bastante generalizado lo indicado comprobándose, además, que en estas localidades las determinaciones de toda índole se tomaban en asambleas (yoriai). Se sabe, inclusive, de una ciudad importante, Sakai, con más de 50.000 habitantes, que logró su autonomía política gracias, además del empeño de sus habitantes para tal logro, a que era un puerto en el que llegaban las mercancías de Occidente que, acto seguido, eran introducidas en el país, siempre sediento del producto prohibido del exterior. Sakai estaba separada de la tierra firme por un foso que defendía un ejército de mercenarios contra toda posible invasión del archipiélago. Bueno será añadir que el shogun tenía gran interés en mantener el statu quo de Sakai que le permitía, a través de su puerto, la adquisición de los productos foráneos cuyo ingreso estaba prohibido en el resto de los puertos japoneses.

Durante la época de Edo, que arranca del año 1603 cuando los Tokugawas se adueñan del shogunato y deciden establecer sus cuarteles en Edo, el Tokio actual, para mantenerse todavía más alejados de la corte de Kioto que los shogunes anteriores, se estima que hubieron, en el

Japón, cerca de 1.700 revueltas, mayormente campesinas y, la mayor parte de ellas están abiertamente relacionadas con los precios del arroz. El poder adquisitivo de las masas menesterosas era tan limitado que bastaba el más leve aumento del cereal básico de su alimentación para que el descontento estallara en violencia. También hubieron las revueltas ciudadanas y, es todavía muy nombrada la que encabezara el samurái Oshio Heiachiro en Osaka, en 1837.

Paralelamente al descontento popular hay que registrar la presencia de las luchas -guerras locales, prácticamente- de los poderosos daimyos, que los Tokugawas permitían cuando se mantenían a niveles inferiores del shogunato, dado que tales enfrentamientos implicaban el debilitamiento de los enemigos potenciales.

No pudo prever, sin embargo, el shogun, la injerencia del propio emperador en una de estas confrontaciones armadas que fue la que acabó con el régimen establecido por Nobunaga, Hide-yoshi e Ieyasu tres siglos antes.

Una de las insurgencias que más trascendencia ha tenido en el extranjero fue la de Shimabara en 1632 que ya hemos tenido ocasión de relatar, bien que someramente, en páginas anteriores. Occidente tuvo especial empeño en poner de relieve la dureza con la que los japoneses sofocaron la sublevación cristiana de los discípulos de Javier bien que los que más daño causaron fueron los holandeses

los cuales, desde sus naves, arrojaron 426 obuses contra los sublevados.

UNA SÍNTESIS DEL ZEN

La intuición de los gobernantes nipones captó de inmediato que si bien todas las religiones pactan con César, la foránea llegada de último se debía a Césares extranjeros antes que a ellos por lo que había que tomar medidas drásticas para erradicarla del archipiélago. Las religiones ya presentes en el país, la budista y la shintoísta, se prestaban de sobras a los designios anhelados por todo gobernante y la presencia de un credo extranjero sólo serviría para debilitar la posición de poder.

No fue siempre así y el budismo presentó varias veces problemas de violencia que no se compadecían con los preceptos de pasividad del príncipe Sidharta.

Los templos habían llegado a organizarse político-militarmente al extremo que en los siglos XV y XVI había cofradías religiosas defendidas por ejércitos que lograban tener a raya la ambición de los daimyos. A partir del siglo XVII el poder temporal religioso decayó bien que en casos

esporádicos como el de Nichiren, el Savonarola japonés, el poder del shogun llegó a correr ciertos peligros.

Con todo, la religión que a los ojos de muchos occidentales adquiere giros aniticesaristas es la rama budista zen.

El zen fue adoptado por los samuráis y logró, desde los mismos inicios, en el siglo XIII merecer gran acogida en el imperio insular. A esta religión se debe el toque de distinción y de refinamiento que observamos en el japonés y sus disciplinas son de todo tipo incluidas la meditación (zen significa 'meditación' en sánscrito), el arte de las flores o ikebana, el de la ceremonia del té o O cha no yu, el de la pintura en negro a base de ollín de resina de India o sumi-e. El propio bushido o código del samurái, está inspirado de los preceptos del zen. El zen introdujo una serie de aspectos prácticos como las disciplinas del judo, el aikido, del tiro al arco, disciplinas que se proyectan en la manera de diseñar un jardín, de hacer poesía (al zen se debe el poema más breve del mundo, el haiku, que no puede pasar de diecisiete sílabas), de la higiene...

En Occidente, gracias a Teitaro Suzuki, que lo incorporó a los idiomas nuestros, el zen ha sido abrazado por muchos espíritus inquietos y continúa cotizándose en el seno de la sociedad de consumo como antídoto contra los males de la vida excesivamente supeditada a la comodidad y al materialismo.

Tantas serían las bondades del zen que uno se siente inclinado a considerarlo más bien como una filosofía y no como una religión. El propio Suzuki sienta una premisa parecida. (2) La presencia de templos y seminarios entrañaría que estamos en presencia de una religión y ello ratificado por las imágenes de Buda santificadas y veneradas pero se nos ha asegurado que el objetivo principal del que abraza el zen en los seminarios es el de encontrarse a sí mismo. El hombre comienza buscándose en una fase preindividual. Imita y copia. En la siguiente fase alcanza su madurez. Discierne la puerilidad de los eslóganes políticos y la futilidad de la mayor parte de los actos en la vida. La ley del espíritu es la libertad y tratará de lograrla como manifestación absoluta de su nueva autonomía. En la tercera fase el hombre rebasa la condición del «Yo». Se proyecta más allá para alcanzar una condición de misticismo que a nosotros, los occidentales, nos parece inaccesible. Para los budistas es el nirvana o satori.

En esta búsqueda del «Yo» el seminarista del zen puede, sin pasar por irreverente ni blasfemo, arrasar con los obstáculos que se interponen entre él y la búsqueda de sí mismo y convertirse en flagrante iconoclasta destrozando, inclusive, las imágenes de los budas que se interpongan en su camino.

El zen, al parecer, es una mezcla de religión y de filosofía. El budismo, al rebasar las elevadas aristas del Himalaya para

proyectarse sobre las inmensidades del Chung Kuo, se encontró de frente con la lógica fisiocrática china, asentada ésta sobre los cimientos inamovibles del pensamiento de Confucio y, sobre todo, de Lao Tsé. El impacto que el pensamiento de Lao Tsé produjo en una rama del budismo dio origen al budismo Ch'an en la China. Fue un fenómeno de catálisis en el que la filosofía del viejo Lao

Tsé no sufrió deterioro mientras que la religión de Gautama sufrió una transformación. El Ch'an permaneció en forma vegetativa en China hasta que, en el siglo XIII, se introduce en el Japón donde halló el caldo ideal para su cultivo. Pasó a llamarse en y marcó, con su presencia, la cultura y la idiosincrasia de todo un pueblo.

El zen se ha introducido, igualmente, en las filas anarquistas niponas. Hay el caso concreto de un sacerdote zen, Sukeo Myajima, discípulo de Sakai Osugi, uno de los anarquistas más relevantes del movimiento anarquista japonés del que tendremos que ocuparnos más adelante, que es, al tiempo que sacerdote, escritor. He visto en las bibliotecas de numerosos libertados algunas de sus obras: Koofu (Minero), Henreki (Peregrino), Kasso sha no koi (Amor del hombre ficticio) que están escritas con espíritu genuinamente ácrata.

Es indudable que cuando el que busca la verdad apoyándose en el callado del en alcanza la fase de la madurez del «Yo», como acabamos de esbozar más arriba, cuando el hurgador

descubre la falacia del político, la hipocresía del sacerdote profesional, la estructura amañada de la historia oficial, la inutilidad de la etiqueta, la condición de asesino asumida por el soldado, se halla, indiscutiblemente, pisando terreno anarquista. Nada de extraño, pues, que muchos libertarios japoneses vean con simpatía esta filosofía salpicada de budismo, esta religión invitando a ser iconoclasta.

III

EL ANARQUISMO EN EL JAPÓN HASTA 1945

ANDO SOEKI: EL PRECURSOR IGNORADO

Cuando se produjo la reforma de Meiji, en 1868, la política consistió en mandar al extranjero a una élite escogida e incondicional para que viera y aprendiera todo lo concerniente a la industria, el comercio, el militarismo moderno, el arte de la política y todo cuanto integra la infraestructura y la estructura, propiamente, de un Estado moderno. Paralelamente se contrataban los servicios técnicos extranjeros para que pusieran en marcha, en el país, todo el mecanismo de la nueva era industrial que formaba parte del ambicioso plan del Mikado.

Al Japón fluyeron todos los conocimientos necesarios para poderlo convertir, en menos de una generación, en un país capaz de codearse, de igual a igual, con los Estados europeos y los Estados Unidos.

Mientras todos estos conocimientos, máquinas, técnicos, entraban por la gran puerta dispuesta por el imperio, por la puerta de servicio se introducían en el país las ideas revolucionarias que en Europa y en América ya habían adquirido mayoría de edad manifiesta. Factor muy importante para ello lo fue Tsomin Nakae, conocido como el Jean Jacques Rousseau japonés, maestro de los primeros revolucionarios nipones incluyendo a Denjiru Kotoku, el

primer anarquista destacado del movimiento libertario moderno en el Japón.

Debemos destacar, sin embargo, la presencia de un escritor anarquista que vivió en el Japón de los Tokugawas y que merece

ser considerado como el William Godwin de Oriente. Se trata de un médico que naciera a últimos del siglo XVII, es decir, casi un siglo antes que Godwin, ya que éste nació en 1756, y que escribiera Shizen Shineido (El camino de la naturaleza y el trabajo) y Seishiron no maki (Sobre la vida y la muerte), obras que giran en torno a temas heterogéneos pero enfocados, todos ellos, a través de una mira libertaria y rebelde que hasta pareciera imposible que ello hubiera sido escrito en pleno oscurantismo feudal. El Shizen Shineido constaba, originalmente -el terremoto de 1923 que destruyó gran parte de Tokio y de Yokohama se ensañó con la obra de Ando Shoeki- de 100 volúmenes (kan) y 92 libros (satsu) además del prefacio que era otro volumen aparte. Los satsus constan de 50 hojas y cada página contiene un promedio de 240 caracteres ideográficos chinos. La introducción está a cargo de un discípulo de Ando Shoeki que se firma Senkaku y comienza así:

Ryoshi (Ando Shoeki) es mi maestro. Es un maestro sin discípulos. Cuando se le pregunta acerca de la verdad responde. Cuando se le pregunta acerca de asuntos personales calla. Sus conocimientos abarcan temas que los grandes sabios ignoraban. Buda, Confucio, Lao Tsé, Chuang Tau y Shotoku...

El tema de fondo de Ando Shoeki en su monumental obra es el campesino «el único que adopta una posición correcta ante la vida». Al abogar por una sociedad fisiocrática pasa a considerar al que trabaja la tierra como el elemento más importante de la sociedad. Tiene sus palabras elogiosas para el tejedor, el carpintero, el herrero, pero se manifiesta, en forma abierta y sincera en favor del campesino que enaltece por encima de todo el elenco laboral. El camino de la naturaleza y el trabajo sólo lo abraza, de manera determinante, el obrero del campo. Los capítulos de su extensa obra tratan sobre el principio de autoridad impuesto con flagrante irrespeto de las leyes naturales; el principio de la libertad, necesario pero inexistente por la imposición hegemónica de la primera; la obligación de emplazar al hombre en condición constante de productor y dándole al trabajo la atribución de mérito al que todos debemos tener alcance; se proclama, igualmente, partidario de la abolición del castigo corporal; aboga por la desaparición de las clases

sociales tan rígidamente impuestas en el país y, naturalmente, para que los parias japoneses -los etas y los musankaitin— adquieran condiciones humanas.

El pensamiento de Ando Shoeki permaneció ignorado durante más de 150 años hasta que en el número de la revista educativa Naigai Kyoiku Kyooron del 8 de enero de 1907 aparece un trabajo titulado «Dai Shisoka ari» («Era una vez un gran filósofo») que, según el orientalista diplomático Herbert E. Norman, era obra de Kano Kokichi. Un año más tarde, en el órgano anarquista Nikon Heimin Shimbun del 24 de enero de 1908, en base al trabajo de Kano Kokichi, el libertario Watanabe Daito publicaba una monografía titulada: Ando Shoeki y el Shizen Shineido. Un anarquista de hace 150 años.

Con todo, la verdadera introducción al gran público japonés del gran pensador del siglo XVIII corrió a cargo de Herbert E. Norman, un diplomático, hijo de diplomáticos, que nació en el Japón en 1909. Su vida fue breve porque fue víctima de la caza de brujas implantada por el tristemente célebre senador MacCarthy y al saberse tildado de comunista se suicidó en El Cairo. Antes de morir había dejado escritas varias obras sobre el Japón: *Japans emergence as a modern State, Soldier and peasant in Japan* y, lo que más nos interesa, *Ando Shoeki and the anatomy of japanese feudalism*, publicada en Tokio por primera vez en 1949. Es

esta obra, de dos voluminosos tomos, la que nos lleva a conocer la imponente personalidad del médico de Akita, ciudad conocida por su fina seda. Posteriormente, en edición abreviada, apareció un volumen de 150 páginas titulado Wasurareta Shisoka (El filósofo olvidado).

Norman estaba muy intrigado, dice él mismo con motivo de la primera edición de su Ando Shoeki, por no hallar vestigio alguno de protesta contra el feudalismo japonés. Vestigio escrito, se entiende, puesto que ya hemos dejado constancia de que 1.700 revueltas jalonaron el largo periodo de los Takugawas. Kano Kokichi, erudito del primer periodo Meiji y amigo de Norman lo pone sobre la pista ya que él, en 1899, hurgando en los archivos nacionales, dio con la obra central de Ando Shoeki, el Shizen Shineido. Desgraciadamente para Norman y para todos, cuando Kano Kokichi trabó amistad con el diplomático ya el terremoto de 1923 había tenido lugar y una gran parte de los manuscritos de nuestro doctor anarquista se había destruido.

ATSUSUKE NAKAE: EL ROUSSEAU ORIENTAL

Es así que, a pesar de haber raíces autóctonas en el Japón, el anarquismo que florece allí a partir de las postrimerías del siglo pasado es una genuina importación llegada de polizón

en las naves que aportaban al Japón las máquinas, los técnicos y las materias primas necesarias para transformar al país y elevarlo a su condición de nación moderna.

El terreno estaba abonado y la semilla fructificó con generosidad. Había una gran sed de conocimientos y de cultura en el Japón. Tsomin Nakae traducía a los enciclopedistas y a Rousseau; a principios de siglo Horigucho Dadgaku traduce a Gide y a Cocteau; Hasegawa Futabatei traduce a Turguenev; Yamanuchi Yoshio a Martin du Gard; Suzuki Shintaro a Mallarmé y a Verlaine. Ibsen ya aparece en las carteleras teatrales de Tokio en 1909. Una vez más el Japón que llega tarde a la cita trataba de ponerse al día, la industria y el comercio por un lado, los militares por el suyo, la cultura llenaba, igualmente su cometido.

Los aires revolucionarios tampoco se quedaron atrás. En 1897 los socialistas y los anarquistas, unidos, crean la Unión de los Trabajadores del Acero y publican, paralelamente, El mundo del trabajo. Todos aquellos idealistas habían abrevado de las enseñanzas de Atsusuke Nakae, quien firmaba como Tsomin, del que ya hemos tenido ocasión de hablar.

El nakaenismo es una sustantivo que, si los progresistas japoneses no han pensado en ello, debería figurar en su diccionario sociológico. El pensamiento revolucionario en el Japón, el socialista y el anarquista, es deudor a Nakae,

empezando por el de Denjiru Kotoku, una de las figuras más descollantes del anarquismo oriental que compartiera, además del pensamiento de Nakae, su techo, sus magros recursos, sus miserias y una amistad perdurable.

Nakae, que ya hemos señalado fuera el introductor de Rousseau en el Japón y se proclamaba partidario abierto de la democracia, empujaba su criterio para añadir que cuando el mecanismo de la sociedad se volvía complejo, el pueblo debía ejercer por derecho propio la vigilancia directa sobre las actividades parlamentarias porque los miembros del parlamento terminan por traicionar al electorado. «Si dichos miembros no representan la opinión pública; si, por el contrario, el parlamento se convierte en un lugar de reunión de los políticos autócratas, entonces el pueblo vigilante debe echarlos fuera». Enfoca, de hecho, la democracia en acepción plena, tal como era interpretada en la Hélade, con un ciudadano siempre vigilante de la actividad de sus representantes. Sus discípulos darán un paso muy grande que los alejará extremadamente de las enseñanzas del maestro, sobre todo en lo que al pensamiento anarquista concierne.

Tsomin Nakae tuvo el mérito de descubrir, solo, el pensamiento democrático de avanzada. Había nacido en 1847, en Tosa, isla de Shikoku, cuando los Tokugawas tenían todavía el baldón puesto sobre todas las puertas encaradas

al mundo exterior. En 1871, becado por el gobierno Meiji, fue a París a estudiar leyes. Llegó a conocer, bien que fugazmente, a los Communards y la propia Comuna cuyas enseñanzas quedaron grabadas en él para siempre. Tres años más tarde, en 1874, regresa a su país y funda un Instituto de Lengua francesa al tiempo que es empleado como intérprete en el senado. Es cuando traduce El Contrato Social, de Rousseau, que llegó a ser acicate de lucha para los miembros de la Organización de los Derechos Civiles. (3)

Duró poco en su oficio de traductor-intérprete y pasó a ser director jefe del periódico Toyo Jiju Shimbun, propiedad de un pariente del emperador. El periódico se vio forzado a cerrar debido a la presión gubernamental y Nakae se volvió a quedar sin trabajo y sin recursos salvo los ralos ingresos obtenidos en su instituto de francés. Mientras, se había creado la primera organización política en 1874, Aikotu Doto que fundara Itakati Taisuke al retirarse del gobierno. Era el precursor del Partido Liberal. Nakae y sus discípulos solicitaron el ingreso en el partido, pero fueron rechazadas las solicitudes por rebasar, su extremismo, el programa liberal.

Con todo Nakae era un amasijo de contradicciones o, como él prefería llamarse: un realista. Llegó a ser elegido miembro del parlamento, pero duró pocas horas en él y abandonó los escaños asqueado por las conductas de los parlamentarios y

la falacia del sistema. Promovió la creación de un prostíbulo en la prefectura de Gunma, (4) alegando que para una sociedad de moral tan estricta a la juventud no le quedaba más salida, para la satisfacción sexual, que la del prostíbulo. En 1900 adhirió a la Kokumin Domen Kai (Liga Nacional) la más reaccionaria de las facciones políticas y cuando Kotoku le exteriorizó su asombro le contestó que la Liga abogaba por la guerra contra Rusia y que una victoria del Japón abriría grandes oportunidades a los japoneses y a la difusión de los ideales de avanzada. Anteriormente, en 1898, creó su propio partido, el Kokumin To (Partido Nacional) con un eslogan promocional digno de los años actuales: «Trátase de un perro, de un gato, de un loco, inclusive de un carpintero, de un rikisha (empujador de palanquín), todos pueden ingresar en el Kokumin To gratis». El eslogan, anticipado a la época, no dio resultados.

Escribió numerosas obras y su erudición no tenía límites. Conocía a los clásicos chinos que podía citar en oraciones extensas y lo mismo hacía con Voltaire, Pascal, Condorcet y la pléyade francesa. Kotoku le guardó siempre un gran respeto, considerándolo su maestro y reivindicándolo como tal. Los dos últimos libros escritos por Nakae antes de su muerte (13 de diciembre de 1901) Ichinen Yuhan y Zoku Ichinen Yuhan (Año y medio y Continuación del Año y medio), fueron editados por Kotoku después de la muerte de Nakae. Este testamentó que su cuerpo fuera donado a la

medicina, lo que sirvió, dicho sea de paso, para demostrar que el cerebro de Nakae pesaba más que un cerebro normal.

DENJIRO KOTOKU: ARQUITECTO DEL ANARQUISMO EN EL JAPÓN

Denjiro Kotoku nació en 22 de septiembre de 1871 en Nakamura. Era hijo de un farmacéutico y pudo hacer estudios bastante avanzados bien que sin lograr un doctorado por lo que es impropio el título de doctor que algunas veces se le antepone al nombre. Fue discípulo predilecto de Nakae al lado del cual militó hasta la muerte del maestro. Del liberalismo rousseauniano Kotoku evolucionó hacia el socialismo, siendo fundador, con Sam Katayama y Nanoe Kinoshita, del Partido Socialista Nipón -Shakai Shugi Kyokai-, para, desde allí, alcanzar el anarquismo. No se sabe, con exactitud, cuándo se proclama Kotoku anarquista por primera vez, bien que un punto de referencia lo tenemos en una carta que le escribe a su amigo Albert Johnson, de California, fechada el 10 de agosto de 1905 en Odawara. Acaba de salir de la cárcel, donde cumplió condena de cinco meses por haber escrito y difundido propaganda subversiva y en ella dice: «Entré [en la cárcel] marxista y salgo de ella anarquista convencido». Hasta ese

momento el movimiento socialista era uno solo pero su unidad llevaba tiempo que manifestaba resquebrajamientos. La escisión quedó oficializada en el Congreso que la Shakai Shugi Kyokai celebrara el 17 de febrero de 1907. Doce días antes, el 5 de febrero, Kotoku publicaba en el Heimin Shimbun (Diario del hombre común) un artículo de combate: «Mi pensamiento ha cambiado» en el que, reivindicando los conceptos de Kropotkin en El Asalariado; y analizando la involución del socialismo alemán, se manifiesta contra las elecciones y se proclama partidario de la acción directa. Uno de los párrafos dice textualmente: «El sufragio universal y el parlamentarismo no conducen a una revolución social verdadera y no hay más solución, para el logro de esta revolución, que la acción directa a través de la unión de todos los trabajadores».

El Congreso de los socialistas terminó con tres corrientes bien delimitadas: la de Denjiro Kotoku, abiertamente anarquista; la de Sen Katayama abrazando el parlamentarismo [\(5\)](#) y la de Toshihiko Sakai que se manifestó neutral. [\(6\)](#)

A estas alturas Kotoku destaca ya como el revolucionario más relevante del Japón. Había ido a los Estados Unidos después de salir de la cárcel en 1905 y regresó un año más tarde con las alforjas abarrotadas de anarquismo. Incansable en su trabajo divulgativo crea la revista Yaradsu Chohu

(Acción Directa), sigue Tatsu Kwa (Hierro y Fuego), colabora entre prohibición y prohibición Hikari (Relámpago), en Chokugen (Adelante) columbrando su gesta periodística con la creación del más importante periódico anarquista japonés: Heimin Shimbun que, a su regreso de los Estados Unidos crea y logra que sea diario durante una breve temporada. [\(7\)](#)

Toda esta actividad no es óbice para que recorra el Japón en permanente campaña proselitista y se dedique a escribir obras mayores y a traducir a los anarquistas europeos. En carta dirigida a su amigo Johnson, el 3 de mayo de 1907, leemos:

Durante estos últimos meses vivo acosado por todas las persecuciones gubernativas. Nuestro periódico (Heimin Shimbun) está suspendido. Muchos compañeros se hallan en la cárcel. No tengo trabajo. No tengo dinero pero puedo todavía escribir... Estoy traduciendo en este momento el folleto de Amaldo Roller *Huelga general social*. Mi libro, que reúne diferentes ensayos sobre el antimilitarismo, el comunismo y otros extremismos, ha sido prohibido y confiscado por el gobierno. Suerte que el editor, pillito redomado, ya había vendido cerca de mil quinientos ejemplares. Ahora pienso dedicarme a la traducción de las obras de Kropotkin. [\(8\)](#)

El 28 del mismo mes de mayo, en otra carta, señala: «El asunto del Heimin Shimbun se ha arreglado. El gerente y el redactor jefe han sido condenados a la cárcel por haber publicado mi discurso. Mientras, yo que lo he pronunciado, ando libre. Es una suerte pero es extraño. [...] Suspendido el periódico ya no tenemos portavoz. Algunos desearían aparecer mediante un semanario pero como son partidarios del parlamentarismo no nos podemos fiar de ellos». Y hasta tiene un atisbo, la carta, familiar: «mi madre ha regresado de mi ciudad natal. Vive con nosotros. Cuenta con 67 años de edad».

La obra revolucionaria de Kotoku es ciclópea, No cesa, no duerme, se multiplica y, con él, el puñado de libertarios que han dejado los derroteros del parlamentarismo para hacer obra anarquista. En el comicio que presencié la división entre autoritarios y libertarios las argumentaciones de Kotoku fueron tan contundentes que el Congreso votó por la supresión, en los Estatutos del Partido Socialista, de la cláusula que Sen Katayama lograra insertar un año antes en la que la organización abogaba por un «socialismo dentro de la ley». Katayama había llegado totalmente absorbido por los tópicos parlamentaristas aprobados en el Congreso reformista de Ámsterdam en 1904, donde abrazara a Plejanov del que más tarde renegara cuando se convirtió, con el indostánico M. N. Roy, en el propagador más eficiente del comunismo en toda la América hispana. Pese a la aureola

internacionalista de Katayama, éste fue derrotado por el verbo y los argumentos de Kotoku.

Este auge de popularidad y la toma de posición tan abiertamente revolucionaria hizo que el gobierno Meiji se volcara de lleno en una represión despiadada que acabaría con el asesinato de Kotoku y sus más allegados compañeros.

Las cárceles se llenaban de anarquistas sin que el ímpetu revolucionario de sus ideales quedara frenado por ello. En la correspondencia con Johnson hay párrafos ilustrativos de la represión desencadenada por la policía y el ejército japoneses: «El gerente y el redactor en jefe (del Heimin Shimbun) han sido condenados a prisión...». «El periódico ha sido suspendido» escribe el 28 de mayo de 1907. «Tengo una mala noticia que darte. Los compañeros Sakai, Osugi y cuatro más han sido arrestados...» indica el 3 de febrero de 1908. «Te tengo que dar, de nuevo, una mala noticia. En Tokio han sido detenidos, en masa, numerosos anarquistas...» machaca en carta del 7 de julio de 1908. «El compañero Sakai está en la cárcel con trece compañeros más, entre ellos varias compañeras», continuará indicando el 19 de agosto de 1908, y así sigue sin descanso.

La presa principal, para el gobierno, era Kotoku que debe vivir a salto de mata escapando de las trampas que le tiende la policía, mudándose de lugar sin cese, acosado por una fuerza represiva que acaba de ser amaestrada por

instructores alemanes en base a las técnicas de persecución más modernas de Europa. En la última carta que recibe Albert Johnson, del 11 de abril de 1910 leemos:

Debido a las persecuciones y las dificultades económicas que esto conlleva, he tenido que retirarme a Jugawara. La policía no me daba descanso en Tokio. Toda mi actividad y mis desplazamientos son objeto de una caza feroz y vil, lo que hace que no pueda ganarme la vida. Me hallo aquí desde hace tres semanas. Estoy escribiendo un libro para demostrar que Cristo no ha existido nunca, que el misterio cristiano se basa en la mitología pagana y que la Biblia es, en su mayor parte, un engaño. Suga Kanno [\(9\)](#) está conmigo.

Los lectores occidentales se asombrarán del interés manifestado por Kotoku en desenmascarar al cristianismo, una religión prácticamente inexistente en el Japón. No resultaba exactamente así. Las avalanchas de las técnicas occidentales no llegaban aisladas. Arrastraban, adheridas en sus embalajes, el cristianismo, y el Japón se iba poblando de tenaces misioneros que amenazaban con tener más éxito que Javier y sus acólitos. Kotoku, cuando regresa al Japón en 1906, descubre el cambio que se está operando en su país y se lo señala a su corresponsal californiano:

Los curas cristianos, han recibido del gobierno un notable apoyo financiero. Ahora, bajo la protección del Estado los curas propagan a marcha forzada el evangelio del patriotismo. El cristianismo era, antes de la guerra (la ruso-japonesa) la religión de los pobres. Ahora ha cambiado de chaqueta. En el espacio de dos años el cristianismo se ha convertido en una gran religión burguesa, una máquina del Estado, del militarismo.

En agosto de 1910 Kotoku intenta embarcar para Europa a fin de asistir al Congreso de la Internacional Socialista que debe tener lugar en Copenhague. La policía logra, finalmente, detenerlo. En la redada caen 24 anarquistas más y, entre ellos, Suga Kanno, su compañera, de 31 años de edad. La policía monta todo un escenario para imputar a los anarquistas la autoría de la Dai Yaku Jiken (La Gran Revuelta) y después de un juicio sumarísimo doce de los anarquistas detenidos son condenados a la horca -otra técnica occidental introducida por Meiji en el país-. El resto de los encartados es condenado a cadena perpetua. El nombre de los mártires merece conocerse: Denjiro Kotoku, su compañera Suga Kanno, Unpei Morichika, director del periódico Heimin Shimbun, Tadao Niimura, Takichi Miyashita, Rikisaku Hurukawa, Keushi

Okumiya, Seinosuke Ooishi, Heishiro Naruishi, Uichita Matsuo, Uichiro Niimi, Gudo Uchiyama.

El decano de los mártires era Kenshi Okumiya, que tenía 54 años de edad, seguido de Seinosuke Ooishi, de 45 y Kotoku de 41. El resto era juventud espléndida, como Tadao Niimura, de 25 años, o Rikisaku Hurukawa, de 28 años.

Fue un crimen de una sevicia inusitada, y en Europa y en América la gente se resistía a creer la veracidad de la noticia transmitida por las agencias internacionales de información.

La ejecución tuvo lugar el 24 de enero de 1911 y horrorizó a todo el mundo. La fachada de modernismo que tan cuidadosamente había estado montando el gobierno Meiji se desmoronó por completo. A pesar de ser una tragedia sucedida en los antípodas su noticia conmocionó al mundo occidental con igual intensidad que el fusilamiento de Francisco Ferrer o la electrocución de Sacco y Vanzetti. El asesinato de un médico, un escritor, dos periodistas, un sacerdote budista (Godo Uchiyama), un campesino, un estudiante, un obrero tipógrafo, un comerciante, dos propietarios y un funcionario ponía de manifiesto, por la gama tan abanicada de profesiones, que la Dai Yaku Jiken no podía ser verdadera.

El Estado había llegado a la conclusión de que el desprestigio internacional era preferible a la revolución. Estimó la

masacre como un mal menor. El anarquismo japonés tardaría años en recuperarse de tan duro golpe sobre todo porque el terror continuó presente por varios meses todavía.

(10)

Denjiro Kotoku fue muy prolijo escritor. Su pluma estaba presente en toda la prensa revolucionaria, no necesariamente, anarquista de la época. Sus artículos, de recopilarse en volúmenes, significarían la presencia de varios tomos. De sus obras mayores podemos citar: Shakai Shugi Shinzui (Quintaesencia del socialismo, 1903), Shorai Keisai Soshiki (Sistema futuro de la economía), Jiyo Shiso (Idea libre), Teikoku Shugi (Imperialismo), Rekishi to Kokumin no hakken (Encuentro de Historia y Nación), Kindai Nippon no Keisai (Formación del Japón moderno), Kirisuto Massatsuron (Ruptura con Cristo), terminada en la cárcel en 1911. En 1908, Kotoku tradujo la Conquista del Pan, de Kropotkin, que en japonés lleva el nombre de Pan no Ryakushu. Existe, además, una edición esmerada de Obras de Denjiro Kotoku que contiene, además de varios títulos ya citados, gran cantidad de artículos del gran mártir anarquista japonés.

SAKAI OSUGI: «ANARQUISTA EN TRADUCCIÓN»

Todavía estaba presente la represión que ya en 1913 asoma de nuevo una de las publicaciones últimas de Kotoku, Kindai Shisoo (Idea moderna). La nueva versión iba a cargo de Sakai Osugi y de Arahata y, dos años después, en 1915 Osugi vuelve a sacar el imperecedero Heimin Shimbun.

Osugi recogió el legado de Kotoku y supo estar a la altura de su maestro. Regresando a la preciosa correspondencia que Kotoku dirigió a su amigo Johnson, de los Estados Unidos, leemos, en una carta del 18 de diciembre de 1906:

Mi compañera se encontraba entre el público, aquella mañana, durante el proceso del compañero Osugi. Es un joven estudiante que es de los nuestros y al cual me siento muy apegado. Lo juzgan por infracción de la ley de prensa. Ha traducido, de un periódico anarquista francés, un llamado «A los conscriptos» y lo insertó en el periódico socialista Hikari. Espero el veredicto con inquietud. Serán, sin duda, largos meses de cárcel.

Después de estos «largos meses de cárcel» Osugi salió en libertad para incorporarse con más bríos a la lucha. Blanco de la policía no tardaría en ser encarcelado de nuevo. Es el mismo Kotoku quien lo reseña al anarquista Johnson en

carta del 3 de febrero de 1908: «Tengo una mala noticia que darte: los compañeros Sakai y Osugi y cuatro amigos más de los nuestros han sido detenidos el viernes, 17 de enero».

La policía había irrumpido en medio de una conferencia que tenía lugar en un local alquilado por La Sociedad del Viernes, creada por Sakai, Osugi y el propio Kotoku y procedió a la detención de los seis referidos anarquistas, los más resistentes a la orden de arresto de la autoridad. Fueron acusados de violación de la Ley de Orden Público.

Este encarcelamiento fue el que salvó la vida a Osugi ya que no pudo ser incluido en la maquinación tramada por el Estado del Dai Yaku Jiken por su condición de prisionero. Pudo, así, sobrevivir doce años a su amigo y maestro Kotoku y lograr lo que parecía imposible después de la cruenta represión que llevara a cabo la policía como colofón al crimen colectivo de los doce mártires del 24 de enero de 1911.

Sakai Osugi había nacido en 1885, en Aichiken donde hizo su escuela primaria y parte de la secundaria hasta que, cuando tenía 17 años, se fue a Tokio donde conoció a Kotoku y se volcó por entero en el ideal ácrata. Ya hemos visto que en plena represión y recién salido de la cárcel pública salió, en público desafío a sus enemigos poderosos, Kindai Shisoo (Idea moderna) y en octubre de 1914 logra que aparezca nuevamente Heimin Shimbun, el máximo portavoz de los

anarquistas japoneses el cual, si a cotejos fuéramos, en nada cede, en importancia y trascendencia, frente a *Freedom* de Londres, *La Protesta* bonaerense, *Solidaridad Obrera* de España, *Le Libéraire* parisino, *Umanità Nova* de Roma y el grueso haz de prensa anarquista occidental que ha sabido representar el pensamiento de los anarquistas de cada uno de estos países en forma más prominente que otra prensa libertaria.

Osugi, consciente de la situación social que vivía el Japón en aquellos momentos, decidió jugárselo todo una vez más. Había que hacerse vivo y demostrar que el anarquismo y Heimin Shimbun eran como el ave Fénix. El malestar en el país era general, las crisis políticas, económicas y prebélicas, las contradicciones en un régimen incipiente emergido por decreto de la Edad Media para sumergirse, sin transición, en la Edad Moderna, producían resquebrajamientos a todos los niveles, incluido el laboral. En 1914 estallaron en el Japón 50 huelgas afectando a 8.000 obreros. Era sólo el comienzo: cuatro años más tarde las huelgas fueron 497 y los obreros participantes 60.000. Ese año de 1918 alcanzó, para el descontento social, el punto culminante. Lo facilitó el consejo de ministros, cuando manifestó que: «Ha llegado el momento de que el pueblo limite el consumo de arroz por medio de su propia disciplina». Fue la gota de agua que hizo desbordar el vaso. El pueblo se lanzó a la calle arrollando todo lo que encontraba por delante. Las negocios de víveres,

los mercados, las jefaturas de policía, los establecimientos de ropas, de muebles, de utensilios domésticos, las alcaldías, todo fue objeto de la ira popular. Cuando la autoridad pudo hacerse dueña de la situación la saña que demostró no tuvo límites. Se dictaminaron 7.000 condenas a cadena perpetua.

Las clases menesterosas del Japón dejaron de ser, en el papel, los heimin y las eta pero de todos es harto sabido que la promulgación de una constitución no entraña la desaparición de lo que ordena abolir. La constitución Meiji de 1889 decide la desaparición de las castas pero la situación miserable de los de abajo permanecía, por lo que se estableció otro denominativo para las que hasta 1889 habían sido los heimin y las eta: Musankaitin, vocablo compuesto de dos raíces: Musan, igual a 'desposeída' y Kaitin igual a 'clase'. El musankaitin pasaba a ocupar, en el Japón, la condición del proletariado en Occidente. Frente a ellos, todopoderoso, se erguía el zaibatsu, el trust más poderoso del mundo, abolido por MacArthur y la constitución de 1947 pero de nuevo entronizado a resultas del «milagro económico» japonés de la década de los sesenta. El zaibatsu o, en otras palabras, la lusankaitin, la clase explotadora.

La tarea de Osugi y sus compañeros se manifestaba tan dura como la de Kotoku y los suyos pero se puede afirmar que supieron salir airosos y que el anarquismo supo, no solamente restañar las heridas de la represión del año 1911

y siguientes sino que logró auditorios numerosos para sus enunciados al tiempo que difundía literatura profusa y exitosamente.

Es inobjetable que el anarquismo, en el Japón, se reflejó a imagen y semejanza del anarquismo en Occidente [\(11\)](#). Desde que el meijismo introdujo masivamente la «civilización» occidental en el archipiélago, el ethos predominante del japonés, la adaptabilidad, si es que tenemos que dar crédito a Tonymbee y al grupo de japoneses entrevistados por él, se volcó en la adaptación de lo llegado lo que fue logrado en tiempo brevísimo para asombro de Europa y América.

A la espera del surgimiento de pensadores nacionales los progresistas se lanzaron al descubrimiento del pensamiento occidental y ya hemos tenido ocasión de ver las bondades que lograra Nakae traduciendo a Rousseau.

El deseo de hacer accesible el pensamiento anarquista a las masas niponas fue lo que impulsó a Kotoku el traducir a los filósofos libertarios y, muy especialmente, a Kropotkin. El mismo deseo anidó en Osugi que tradujo El origen de las especies, de Charles Darwin, numerosas obras de Wallace, de Gustave Le Bon, de Howard Moore y otros, gracias, especialmente, a una asombrosa facilidad que le permitía a Osugi hablar media docena de lenguas occidentales.

También tradujo *El apoyo mutuo*, de Kropotkin, decisión que tomara cuando vio los estragos que hacía en el Japón la aplicación de *The Struggle for Life* en el ámbito social nipón. Dos abanderados del régimen: los doctores Kato Eliroyuki y Oka Asagi, desdoblaron una gran actividad literaria para deformar el pensamiento darwiniano y otorgar condición de axioma a la victoria del fuerte sobre el débil y a la necesidad, para el bien del país, de que tal hecho se consumara.

Esto ofrece una asombrosa similitud con lo sucedido en Inglaterra a últimos del siglo pasado cuando Kropotkin, para reivindicar la solidaridad humana y rebatir los conceptos darwinianos de Thomas Henry Huxley, juzgados equivocados por Kropotkin, éste publicó, en el *Nineteenth Century*, la serie de artículos que integrarían, en 1902, *El apoyo mutuo*. Tocaba a los anarquistas, en el Japón, el reivindicar el darwinismo como un factor de moral racional, como sucediera en Europa, y Osugi estimó que el mejor punto de apoyo para tal defensa era el propio Kropotkin.

Osugi dejó, a pesar de que sólo vivió 38 años, una obra escrita abundante. Gran parte de ella ha sido recopilada y hay una edición de 24 volúmenes que contienen lo más importante de sus escritos incluido, necesariamente, mucho tema autobiográfico -*Autobiografía* se titula una de sus obras-. Su universidad fue la cárcel y así lo indica él mismo en otra de sus obras, *Mi vida en la cárcel*: «Soy un hombre

hecho por la cárcel. Mi cultura, mis conocimientos, mis ideas y mi carácter han sido formados, moldeados, en la cárcel». Fue en la cárcel, en la de Chiba principalmente, donde aprendió el esperanto, el italiano, el alemán y el ruso. Anteriormente había aprendido el francés y el inglés.

Kotoku inculca en Osugi la inclinación kropotkiniana. El espíritu científico del gran anarquista ruso impresionó, más que ningún otro, a los metódicos orientales, incluidos los libertarios chinos en ello. De ahí que Osugi reanude la tarea de traducción y divulgación iniciada por Kotoku a quien se debe la versión al japonés de La Conquista del pan, El Estado, su papel histórico, La moral anarquista y algunas obras menores de Kropotkin.

Pronto, sin embargo, se da cuenta que su temperamento se inclina más hacia Bakunin, al que descubre posteriormente. Y así lo confiesa:

Por Kropotkin se siente el respeto pero no el apego, la inclinación. Para mí me resulta más querido el anarquista nato y, al mismo tiempo, rebelde, constitucionalmente hablando. Rebeldía que no dejará ni aun viviendo en una sociedad anarquista.

El hombre que no es ni regular ni ordenado en sus costumbres, que vive una vida bohemia y desordenada. No puedo hacer más que sonreírme a

mí mismo cuando pienso en la vida de Bakunin, nuestro padre.

Todavía hubo un tercer ruso que le fascinó: Néstor Mahkno. La guerrilla ucraniana llegó a deslumbrarlo con su estrategia dinámica y su táctica desconcertante del movimiento permanente. A su único hijo varón lo llamó Néstor. Tuve ocasión de ver el nombre de los dos tallado en la tumba común a ambos en el cementerio de Itoshima, en la Isla de Kiushu. A sus cuatro hijas también les puso nombre de anarquistas internacionales conocidos: Emma y Luisa en homenaje a Emma Goldman y a Luisa Michel. [\(12\)](#)

Es posible que esa tendencia hacia los hombres de acción y tribuna, en detrimento del estudioso de biblioteca y laboratorio, tenga una explicación plausible en su tartamudeo. Osugi solía tartamudear -«Soy capaz de tartamudear en siete lenguas» solía decir- y debería envidiar, en su fuero interno, la capacidad persuasiva de nuestros famosos tribunos.

«Si se me acusara de ser, yo mismo, una traducción del anarquismo -escribe Osugi- confieso que no podría rechazar dicha acusación». Se había sumergido tanto, seguido e intensamente, en los textos libertarios extranjeros y andaba, por otra parte tan escaso de tiempo por lo mucho que deseaba abarcar, que terminaba por considerar más beneficiosa la traducción, para la lucha entablada contra las

autoridades del país, que le gestación propia. «Soy, de hecho, un socialista en traducción -añadía, con una construcción de sintaxis que no podrá convencer al gramático riguroso-; la mayor parte de mis conocimientos libertarios provienen de una traducción de libros europeos tratando del anarquismo y del movimiento social en los que he abrevado con ahínco y fruición».

Estamos frente al caso prototipo del japonés, siempre tratando de disminuirse ante los demás restando méritos: a la obra que, sin lugar a dudas, los tiene. Es cierto que las traducciones de Osugi fueron tan importantes como necesarias para un movimiento sin raíces. Surgido de improvisación, se puede casi decir, carente de fundamentos autóctonos ya que los genuinamente japoneses, como el caso de Ando Shoeki, el William Godwin del Japón, sólo fueron descubiertos después, cuando los estudiosos tuvieron acceso a los documentos de la historia del país mucho tiempo más tarde. Pero Osugi no es, solamente, un «anarquista en traducción». Fue un excelente asimilador de las enseñanzas de Occidente pero las supo tamizar a través de su inteligencia sorprendente y su incansable esfuerzo de divulgación. Un revolucionario que se limitara a traducir no tendría fuerza persuasiva para la obra proselitista. El sacerdote de zen Sukeo Myajima, del que ya hemos hecho mención antes, que se proclama discípulo de Osugi, dista mucho de considerar a su maestro como un intermediario

que, bombeando la enseñanza occidental, se limita a derramarla, tal cual llega, en las ávidas minorías niponas y sus obras de novela y de ficción, tan naturales del pensamiento libertario, reflejan la influencia de un maestro y no de un satélite que se limita a reflejar lo que recibe.

Por lo demás, bastaría sumergirse en tanta y variada prensa anarquista fundada, mantenida, protegida, difundida y mayormente llenada por Sakai Osugi para que uno se diera cuenta que Osugi, cuando lanzó la expresión «anarquista en traducción», hacía honor a esta educación que recibe el japonés, y que ya la lleva incrustada en los genes por lo remoto de sus orígenes, que consiste en desmerecerse a sí mismo ante los ojos de los demás.

Empezando por Kindai Shisoo (Idea moderna), que comienza a editar al instante mismo de salir de la cárcel en 1913, en colaboración con Asahata Kanson, un socialista que se inclinó posteriormente, al marxismo, radicándose en la URSS y terminando con el omnipresente Heimin Shimbun que llegó a sobrevivir a todos los mártires del anarquismo japonés, Osugi ha desparramado por las páginas de toda la prensa anarquista nipona la más prolija y original colaboración de todos cuantos han intervenido en el mantenimiento y divulgación de los periódicos ácratas.

En Kindai Shisoo, en 1913, traumatizado todavía por los años de cárcel y el recuerdo del reciente asesinato legal de su

maestro Kotoku y sus once compañeros, Osugi vierte lo mejor de sus esfuerzos en estériles polémicas contra «los hijos jóvenes de los burgueses» como él mismo señala. Ataca el individualismo de la torre de marfil y reivindica la lucha colectiva como el objetivo fundamental del revolucionario. La vida no puede ampliarse ni perfeccionarse sin que, previamente, no sean abolidas las diferencias de clase, los privilegios y la opresión económica, política, social, cultural y religiosa.

Pronto, sin embargo, se convence de lo anodino de estas polémicas con los diletanti a los que no les falta nada y pretenden ignorar la miseria y decide no dar continuidad a la revista: «En lugar de discutir sobre las abstracciones ininteligibles con los jóvenes burgueses tenemos que caminar hacia adelante, al lado de los trabajadores, nuestros verdaderos amigos». Con este epitafio daba a la Kindai Shisoo piadosa sepultura al tiempo que ponía fin a su fase aristócrata, empleando la expresión inventada por Gerard de Lacaze-Duthiers.

A partir de 1915 Osugi abraza, en forma definitiva, el anarcosindicalismo y resucita al imperecedero Heimin Shimbun que sufre fuertes y adversos avatares que si bien no lo liquidan las autoridades sí logran que el perseguido portavoz de los anarquistas aparezca con el sello de la intermitencia y de los grandes colapsos. Debido a la

persecución sufrida por Heimin Shimbun Osugi acudió a la estrategia que todos los anarquistas abrazan en casos semejantes: crear otros órganos de expresión. Es así que vemos aparecer *Rodo Shimbun (Diario del trabajo)* y *Rodo Undo (Movimiento obrero)*, con lo que el movimiento libertario japonés siempre disponía de un órgano de orientación que, bien con título diferente, siempre era portador de un contenido anarquista.

Conocido internacionalmente, Sakai Osugi fue, invitado por los promotores de la AIT que debería fundarse nuevamente en Berlín en 1923. Logra embarcar clandestinamente hasta Shanghai donde los anarquistas chinos le facilitaron un pasaporte del país con el cual consigue llegar a Europa.

Las agitaciones europeas, la solidez de las organizaciones obreras, la presencia de elementos de valía dentro del campo anarquista europeo no podían por menos que impresionar a Osugi, llegado de un país donde la represión tenía su morada y donde diez años antes se podía ahorcar impunemente a doce anarquistas por el mero hecho de serlo. Conocedor del francés con el cual se expresaba con facilidad, Osugi fue invitado por los anarquistas de París a que interviniese en un acto libertario en la barriada de Saint Denis, al norte de la gran ciudad, con motivo de la celebración del Primero de Mayo de 1923.

La presencia de Osugi ya había sido señalada por la embajada japonesa en París a la policía francesa y ésta, a petición de aquélla, arrestó a Osugi. Francia, el país del Derecho de Asilo, se ensució las manos con el barro de la ignominia consciente de que, mandando a Osugi al Japón, maniatado e impotente, la muerte de aquel luchador iba a ser obra del gobierno galo.

Y así fue. La policía japonesa agradeció la extradición de tan codiciado ciudadano y dos meses más tarde lo asesinaba en confabulación con el ejército nipón. El barco que llevaba a Osugi llegó a puerto japonés en julio y en septiembre, el 16 exactamente, Sakai Osugi, su compañera Noe Itoo, de 29 años, y un sobrino de 7 años, Soochi, eran vilmente asesinados.

El general Fukuda, elevado a la categoría de comandante en jefe de la región de Tokio, aprovechó la triste coyuntura del terremoto del 10 de septiembre que asoló la región de Tokio y Yokohama [\(13\)](#) para valerse del caos reinante y ordenó matarlos y arrojar sus cuerpos en el fondo de un pozo abandonado. Pretendía, así, hacer pasar el hecho como una desgracia causada por el terremoto.

Veinte días más tarde los cuerpos putrefactos de Osugi, Itoo y Soochi fueron hallados y la denuncia valiente de los abnegados amigos de Osugi originó una protesta que trascendió del otro lado de las fronteras ya que Osugi era

conocido por los revolucionarios del mundo entero. El gobierno japonés tuvo que aparentar el deseo de aplicar la justicia al crimen de Fukuda por lo que se celebró un juicio que condenó al capitán que ejecutó las órdenes de Fukuda a 10 años de cárcel. El castigo, con ser irrisorio, no se cumplió y unos meses más tarde el capitán del ejército, Amakasu, era puesto en libertad.

Osugi murió a los 38 años, cuando acababa de alcanzar su madurez física e ideológica. El movimiento anarquista japonés e internacional perdía a uno de sus más valiosos puntales. Todavía ahora asombra el dominio de Osugi sobre tantas y diversas ramas del saber humano así como su prolija actividad en toda índole de disciplinas del estudio y la agitación, no necesariamente anarquistas. En 1906, contando sólo 21 años, Osugi funda la Asociación Esperantista del Japón pudiéndose considerar, a nuestro biografiado, como el primer propagandista de la lengua del Dr. Zamenhof en el Imperio del Sol Naciente.

La muerte de Osugi, su compañera y el pequeño Soochi, no fue un hecho aislado. El terremoto fue considerado como una oportunidad única por las autoridades niponas y la explotaron exhaustivamente. A partir del 10 de septiembre los sicarios de la policía se volcaron en la tarea de difundir rumores que atribuían a los revolucionarios y a los coreanos -los sempiternos lumpenproletariat del Japón- el estallido de

bombas, envenenamiento de pozos, incendios de casas, asesinatos y robos, todo lo cual, dada la psicosis creada por la tragedia sísmica que había matado a más de 100.000 personas, encontró terreno fértil entre la población permitiendo que organizaciones paramilitares como la Sociedad Nueva y la Asociación de Excombatientes se adueñaran de las ciudades y cometieran toda clase de desmanes contra los militantes de la izquierda revolucionaria. Muchos domicilios de anarquistas fueron allanados y sus moradores detenidos y salvajemente torturados. Es así que en la Yun Rodo Kumai, organización obrera de la barriada de Kumaido, fueron detenidos el secretario, Harisana y diez libertarios más los cuales, llevados a la comisaría de policía del barrio, fueron asesinados a sablazos, junto con un buen número de coreanos y, todos ellos, quemados.

Esto ocurrió en todas las comisarías y recintos habilitados por las organizaciones reaccionarias desconociéndose el número de sacrificados por las hordas del oscurantismo.

MARTIROLOGIO DE LOS ANARQUISTAS

Las autoridades japonesas estimaron conveniente el establecimiento de ciclos al final de los cuales y mediante los

pretextos más adecuados, se debían sacrificar a los enemigos del régimen en forma masiva y despiadada a fin de sembrar el terror en el seno de las filas revolucionarias que deberían, según el criterio gubernamental, desintegrarse y renunciar para siempre a sus ideales de manumisión. Es así que se amaña la Dai Yaku Jiken o Gran Revuelta de 1910 que culmina con el holocausto de Kotoku y sus compañeros el 24 de enero de 1911. Es así, igualmente, que sobreviene el «providencial» terremoto del 10 de septiembre de 1923 que permitiera a la policía y a los militares asesinar impunemente a centenares de revolucionarios que deberían figurar como víctimas desaparecidas a causa del terrible sismo.

El ciclo se cumplía y el Estado masacraba a la revolución pero la teoría según la cual el árbol decapitado no volvería a dar brotes fracasaba una vez más estruendosamente.

Es así que tres meses después del asesinato de Osugi, Kyotaro Wada escribía en Rodo Undo que se pretende imputar a la iniciativa individual de Amakasu la muerte de Osugi cuando se sabe que los militaristas incubaban desde hacía años la idea de asesinar a todos los revolucionarios y hasta solían manifestarlo en las arengas de rutina a los soldados: el Estado espera hacer la guerra a los revolucionarios en un futuro próximo... por lo que se deduce claro que los asesinatos en masa no fueron de iniciativa

individual sino de un gobierno fuertemente presionado por los militares.

Es así, igualmente, que el 10 de septiembre de 1924, con motivo de la celebración del primer aniversario del terremoto, Wada trataba de ajusticiar al general Fukuda, invitado de honor al evento, autor intelectual de los asesinatos de las anarquistas e igualmente famoso por las masacres de Tsi Nan Fu, en China, donde centenares de chinos fueron sacrificados a su dictado. Fukuda sólo resultó herido mientras que Wada era condenado a 20 años de cárcel. No resistió el régimen carcelario de la penitenciaría de Akita y, el 20 de febrero de 1928, acudiendo al procedimiento de escape preferido de los japoneses en última instancia, se suicidó. Wada tenía 35 años cuando cedió frente a las Parcas. Había conocido a Osugi cuando contaba 21 años y colaboró con éste y Arahata en Rodo Undo que logró mantener después del asesinato de Osugi haciendo causa común con el núcleo libertario integrado por K. Kondo, H. Hisaita y K. Nakamura. Fuera de su grupo gozaba de reputada fama bajo el seudónimo de Kyusan. Su obra más conocida Gokuso Kara (Desde la ventana de la cárcel), ha sido traducida al francés.

Otros anarquistas relevantes que lograron escapar de la sevicia militar en septiembre de 1923 fueron Kentaro Goto, Daijiro Huruta, Tetsu Nakahama, Humi Kaneko y Gengiro

Muraki, muertos, sin embargo, por el ideal sin que ninguno de ellos alcanzara los 40 años de edad.

El primero en morir fue Kentaro Goto. Contaba 30 años de edad escasos cuando decidió poner fin a sus días en la cárcel de Kanazawa el 20 de enero de 1925. Era un poeta revolucionario, y había tenido ocasión de colaborar en la prensa libertaria donde sus artículos y sus poesías tenían gran acogida. Su detención tuvo lugar en Okayama cuando se hallaba pegando pasquines antimilitaristas en los muros de la ciudad. Dejó varias obras escritas siendo de retener los títulos de Trabajo, Emigración y En la cárcel.

En Daijiro Huruta, una de las presas más codiciadas de la policía nipona, se reúnen las condiciones ideales del revolucionario. Valeroso hasta la temeridad, abrazando la acción con mayor fuerza que la pluma, supo, sin embargo escribir inflamantes artículos en Kosakunin (Campesino), otra publicación libertaria que aparecía en Hasuta. Tenía preparación para ello puesto que había estudiado en la Universidad de Waseda, en Tokio y volvió a probarlo cuando preso, juzgado y condenado, escribió Shikeishu no Omoide (Memorias de un condenado a muerte). Huruta había nacido en el filo de los dos siglos, en 1900 y pasó a ser, en el corto lapso de su vida -murió en la horca el 15 de octubre de 1925- el prototipo oriental de los que abrazaron «la propaganda

por el hecho». Había organizado e intervenido en atracos a bancos ingresando las sumas logradas en los fondos del grupo anarquista que Huruta integraba en la gran ciudad industrial de Osaka. Dicho grupo fue nombrado Guillotina. En uno de los actos de expropiación realizados en un importante banco de Osaka, el propietario murió y Huruta fue detenido junto con otros compañeros suyos del Grupo Guillotina, entre ellos Tetsu Nakahama. Ambos fueron condenados a muerte.

Pocos momentos antes de morir Huruta escribió: «Compañeros: voy a morir. Salud y Acción. 15 de octubre de 1925 a las 8.25 de la mañana». Los familiares que fueron a la morgue a reclamar su cadáver señalaron que había una sonrisa en el rostro de Huruta.

El nombre de Tetsu Nakahama es un seudónimo. Su verdadero nombre era Chikai Tomioka pero entre los afines no se le conocía ni por el primero ni por el segundo. Hamatetsu quedó. Era tres años más viejo que Huruta ya que había nacido en 1897 en Hishakuda, Moji, en el extremo norte de la más meridional de las grandes islas niponas: Kyushu. Hizo escuela secundaria y fue enrolado, como soldado telegrafista en Tokio. Como otros muchos fue destinado a Tiem Tsin, en China hasta que, terminado el servicio militar, regresó al Japón. En 1920 ya se le encuentra incorporado al movimiento libertario japonés. Conoció a

Osugi y a muchos otros compañeros anarquistas y su militancia alternó entre Osaka y Tokio principalmente. La fogosidad de Daijiro Huruta llegó a contagiar a Nakahama y fue así que ambos participaron en varias expropiaciones hasta que tuvo lugar la detención de la mayoría de los integrantes del Grupo Guillotina y los jueces condenaron a muerte a Huruta y Nakahama.

A pesar del papel jugado por Nakahama en el seno de la corriente «la propaganda por el hecho», su extensa y erudita colaboración en el campo de las letras anarquistas llegaría a pesar más para las generaciones venideras que se han sumergido en la lectura de las obras de Nakahama con fruición y entusiasmo. De éstas podemos citar: *Kuropan* (Pan Negro), *Kokudan* (Bala Negra), *Doksaisha kara Doksaisha* (De dictadura a dictadura), *Kokka* (Accidente Negro) y otros. A señalar, igualmente, que hay una antología suya, *Hamatetsu no Shisun*; una autobiografía, *Jijoden*; gran cantidad de poemas, y una novela de gran éxito: *El último día de Heihachira Oshio*, girando en torno al célebre samurái que encabezara la revuelta de Osaka de 1837, *En la cárcel* y otros. Había fundado, además, la revista *Alca to Kura* (Rojo y Negro) en 1923.

En 1926 la reacción cobró otras muertes libertarias. Mientras en Osaka se enjuiciaba al Grupo Guillotina, en Tokio las autoridades habían creado otra cortina de humo a

expensas, nuevamente, de los anarquistas, los revolucionarios y los coreanos. La acusación era: intento de crimen de lesa majestad contra el emperador, pero esta acusación fue tan burdamente gestada que la justicia no se decidía a iniciar el juicio. Tres años trascurrieron entre la detención de las víctimas, y la celebración del juicio. La condena (tuvo lugar el 25 de marzo de 1926 y la misma implicaba a dos coreanos: Boku Retsu y Kiu Schau Kan -por lo que el caso también era conocido como «La intriga de los coreanos»- y una japonesa: Humi Kaneko, compañera de Boku Hetsu. Aquella había nacido en 1905 en Aichiken, como Osugi, pero desde temprana edad fue con sus padres con los que regresó de nuevo a las islas uniéndose, en 1922, al continente y vivió en Corea hasta la edad de 16 años con Boku Retsu. Ambos editaran Corea refractaria y el grupo que respondía al mismo nombre en el cual Kiu Schau Kan estaba también integrado.

Corea era sede, igualmente, de los ideales libertarios y gran cantidad de obras anarquistas habían sido vertidas al coreano. La Conquista del Pan, de Kropotkin llegó a registrar tres ediciones seguidas. Cuando Humi Kaneko regresó al Japón contando tan sólo 16 años de edad, ella ya había abrevado los ideales ácratas en aquella península tan transitada por rusos, chinos, japoneses y hombres de todas las nacionalidades. En cuanto a su compañero, Boku Retsu, también había vivido lo propio. Ambos, cuando llegaron al

Japón, todavía sin conocerse, ya eran portadores en sus bagajes, de la levadura anarquista.

La condición de coreanos, sumada a la de libertarios, hizo que la policía se ensañara con ellos con mayor ahínco, si cabe, que con los demás anarquistas japoneses. Su condena a muerte, en 1926, era en función por su condición de coreanos ya que las acusaciones presentadas contra ellos por el delito imputado se desmoronaron desde la primera sesión tribunalicia. Y tan palmaria era su inocencia que la pena de muerte también fue permutada por la de cadena perpetua.

Para un temperamento sensitivo como el de la japonesa, los efectos eran idénticos y Humi Kaneko terminó por suicidarse en la celda en la mañana del 23 de julio de 1926. Tenía sólo 21 años.

Kiu Schau Kan fue condenado a tres años. En cuanto a Boku Retsu, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, al borde de los cincuenta años, fue liberado y regresó a Corea donde, según los anarquistas coreanos, continuó presente en las luchas manumisoras y revolucionarias.

Gengiro Muraki es otro de los que sobrevivieron a Osugi y los centenares de revolucionarios muertos en 1923. Sin embargo, y al igual que Kentaro Goto, Daijiro Huruta, Tetsu Nakahama, Humi Kaneko y Kyutaro Wada, sólo sobrevivió a

la gran tragedia que epilogó el terremoto de 1923 por pocos años. En 1929, el 24 de noviembre, tendido sobre la bandera negra del anarquismo, exhalaba su último suspiro.

Muraki nació en Yokohama en 1890. Su padre era un comerciante y, caso bastante insólito, cristiano. En cierta ocasión que acompañaba a su padre a la iglesia conoció a Kanson Arahata y, también, a Hattori, ambos pasaron, posteriormente, a las toldas socialistas habiendo, Arahata, sido colaborador de Osugi en la publicación Rodo Shimbun para terminar, años después, en Rusia convertido al leninismo. Es posible que el contacto de Arahata y Hattori, de más edad que Muraki, y la desertión de éstos de las toldas cristianas, haya influenciado en la evolución de las ideas sociales de Muraki que, de cristiano se convirtió, a través de los puntos de transición presumibles -ateísmo y socialismo- en anarquista. En 1907 Muraki estaba ya firmemente afianzado en los ideales anarquistas y estuvo presente en la manifestación organizada por los libertarios en Kanda, [\(14\)](#) conocida con el nombre de Ata Hata (Bandera Roja), que fue la consecuencia necesaria de la separación que en ese año tuviera lugar entre anarquistas y socialistas al abogar los primeros por la acción directa y los segundos por el parlamentarismo. Tal como se lo escribía Kotoku a su amigo Albert Johnson (carta del 6 de diciembre de 1907): «El movimiento japonés se halla, a partir de ahora, dividido en dos. De una parte los parlamentaristas y de la otra los

partidarios de la acción directa, de las huelgas generales, los antimilitaristas y, también, los terroristas» La Ata Hata, que más tarde fue la bandera comunista, amparó, en 1907, varios actos revolucionarios patrocinados por los anarquistas, particularmente los llevados a cabo por la Hokuko Kai (Agrupación del Viento del Norte).

Debido a ello Muraki recibió el bautismo de la cárcel donde, con entradas y salidas intermitentes, pasó muchos años de su breve vida habiendo contraído la tuberculosis en las mazmorras del Mikado. Su último arresto tuvo lugar en 1924 y estaba relacionado con el proceso del Grupo Guillotina de Osaka. El médico de la cárcel, viendo que le quedaban pocas horas de vida aconsejó a las autoridades que fuera liberado para que no muriera en presidio y evitaran así un escándalo seguro. Murió, efectivamente, a los pocos días de ser puesto en libertad, en la habitación donde funcionaba la Rodo Undo y ello a pesar de todos los empeños aportados por sus compañeros de ideal.

El movimiento anarquista japonés ha sido muy generoso en hombres y en vidas. En esta relación se cometerá la injusticia de dejar orillados a muchos mártires y abnegados libertarios, cuyos nombres y cuyos actos no hemos podido retener. Es la omisión involuntaria en que se incurre cuando se desbroza camino por primera vez y que se trata de corregir en las subsiguientes.

Lo indicado hasta aquí refleja, sin embargo, el martirologio sufrido por el movimiento revolucionario japonés que recuerda, a pesar de la distancia y de los aspectos dispares que caracterizan al Japón de España, las tristemente famosas represiones desencadenadas en este país, principalmente en Barcelona, desde 1919 a 1923, a cargo del Sindicato Libre creado por la burguesía y las autoridades para acabar con la CNT española. Tanto a Sakai Osugi, como a todos los anarquistas muertos aprovechando la confusión del terremoto del 10 de septiembre de 1923, se les aplicó, lisa y llanamente, la criminal Ley de Fugas conocida en España por toda su población.

LOS SOBREVIVIENTES DE LA SEVICIA DEL ESTADO

No todos los anarquistas murieron en la horca, fueron asesinados por la espalda, o, desesperados, abrazaron el suicidio. Algunos sobrevivieron aquella época heroica cuyo fin lo sella la derrota militarista japonesa en 1945. Medio siglo de abnegación y de sacrificio que sitúa al idealista japonés en las filas de la vanguardia revolucionaria.

No todos los anarquistas murieron en la lucha. Hubieron muchos que continuaron luchando y teorizando. Tal el caso del profesor Sanshiro Ishikawa, que llegó a militar junto a

Kotoku y junto a Osugi. Que fue amigo de Kropotkin, de Elisee Reclus y de Edouard Carpenter y legara al estudioso enjundiosos ensayos como El anarquismo desde el punto de vista estético, El anarquismo: sus principios y su realización, Movimientos socialistas en Europa y en América, Historia de la Civilización Oriental, Estudio sobre la mitología japonesa, Biografía de Elisee Reclus, así como numerosos trabajos en publicaciones japonesas y extranjeras versando, indistintamente, sobre historia, religión o sobre anarquismo. Ishikawa murió en edad muy avanzada -en 1956- querido de las generaciones de anarquistas más jóvenes y respetado por los enemigos.

Citemos, igualmente, a Toshihiko Sakai, [\(15\)](#) que muriera en 1933, a la edad de 63 años. Fue fundador, con Kotoku, de Heimin Shimbun que apareciera por primera vez en 1903 pero deseó mantenerse neutral en la polémica que sostuvieron Kotoku y Sen Katayama la cual terminó con la escisión del movimiento obrero japonés en 1907, como ya vimos más arriba. Sakai, que no se dejó atraer por los cantos de sirena de la Revolución rusa en 1917, cuyo espejismo hizo estragos en las filas anarquistas de todos los movimientos organizados del mundo, incluido al japonés, permaneció adherido al socialismo preleninista y mantuvo siempre contactos fraternos con los anarquistas. Una de sus hijas se casó con un laborioso y preparado libertario, Kenji Kondo, que tuve oportunidad de conocer la primera vez que estuve

en el Japón. En 1904 tradujo, con Kotoku, El Manifiesto Comunista. Fue siempre un connotado revolucionario. Escribió, entre otras muchas obras, sus memorias: *Sakai Toshihiko Den* y *Nihon Shakai Shugi Undosai* (Historia del movimiento socialista japonés), en donde señala que «El anarquismo jugó un importante papel en la tarea de prevenir de la corrupción al socialismo ortodoxo debido al reformismo así como de evitar que cayera en el derrotero del comunismo».

De menos resonancia pero igualmente determinantes en la sobrevivencia del movimiento anarquista japonés en lo que concierne a la época heroica cuyo fin coincide con el fin de la última conflagración, también se podría presentar una nómina cuantiosa de militantes bien que me confieso incapaz de hacerlo sin cometer una grave injusticia con las numerosas omisiones que tendrían lugar. La primera vez que estuve en el Japón, en 1957, logré conocer, gracias a Taiji Yamaga, a numerosos anarquistas de edad ya avanzada los cuales habían militado con Sakai Osugi y hasta con Kotoku algunos, los más viejos: Jo Kubo, de Osaka, un módico homeópata y acupunturista que no pudo evitar el ser víctima del bacilo de Koch él mismo; Ogawa, de Nagoya, amigo de Morichita Umpei, fundador del Nikon Heimin Shimbun en Osaka, ahorcado junto con Kotoku; Miura, cuya casa fuera la primera que conociera en el Japón, en Yokohama, siguiendo, en la actualidad, editando *Giyu Gin* (El Libertario),

publicación que alcanza a todos los ámbitos del mundo, autor de varios libros y numerosos trabajos y del cual nos ocuparemos más adelante cuando nos sumergiremos en el movimiento anarquista actual; Kenji Kondo, ya mencionado, autor de varios trabajos, igualmente, resaltando *Historia del Movimiento Anarquista en el Japón*; Shakimoto, el decano de los libertarios de Osaka; Soejima, de Fukuoka, consumado artista de las muñecas Habata; J. Sugito, militante minero del Nipón Tanko Bodo Kumiai, organización catalogada entre las más intransigentes dentro del sindicalismo revolucionario japonés; K. Konda, E. Oshima, Y. Hashimoto, Yamaguchi, Tasaka y tantos otros cuyos nombres me fue imposible retener.

TAIJI YAMAGA: MEDIO SIGLO DE ANARQUISMO

La época heroica del anarquismo japonés la cierra, con broche de oro, Taiji Yamaga. Con él se completa la trilogía embastada con Kotoku y Osugi a pesar de que no muriera asesinado por las leyes o el militarismo japoneses como los dos primeros. Yamaga nació el 26 de junio de 1892 en Kioto y murió el 6 de diciembre de 1970. Estos 78 años ofrecen la biografía más dinámica y aventurera de todos los anarquistas japoneses sin que su viajar constante y su acción

revolucionaria hayan restado capacidad a sus numerosas aportaciones intelectuales.

Desde muy pequeño ya lo vemos familiarizado con la tipografía. Su padre, Zembrei Yamaga, en 1874, a sólo seis años del advenimiento Meiji, monta una imprenta en Kioto, la ciudad que fue capital del imperio por más de mil años y que, como tal, fue la guardiana más celosa de la tradición así como la opositora más recalcitrante al progreso que llegaba de Occidente. La imprenta de los Yamaga era la primera que se instalaba en Kioto. El acto reunía condiciones de blasfemia, prácticamente, para los habitantes de la ciudad cortesana. Cuando más tarde, terminada la Segunda Guerra Mundial, veremos a Taiji Yamaga confeccionando prensa y manifiestos anarquistas con su imprenta diminuta en su casita del pueblito de Ichikawa, comprenderemos que su gran habilidad en el manejo de los tipos, el componedor, el rodillo y el entintado tenía mucho que ver con sus años de infancia en Kioto cuando, para ayudar a su padre, se enfrentaba con el sublime arte de la impresión. [\(16\)](#)

En el Japón, como en la China y en muchos países de Occidente, el hijo mayor hereda el patrimonio familiar y a los demás hijos les toca someterse a la autoridad del hermano mayor o, de ser rebeldes e inquietos, abandonar el hogar. El hermano mayor de Taiji, Seika, era el designado para reemplazar al viejo Zembrei cuando éste abandonara este

mundo y Yamaga, comprendiéndolo así, decidió dejar el hogar y la ciudad de Kioto para dirigirse a Tokio, la gran urbe industrial japonesa.

El legado del viejo Yamaga, sin embargo, resultó más pobre de lo previsto. La imprenta quebró y en lugar de pasar los últimos años de su vida retirado en el hogar, el padre de Taiji y Seika tuvo que regresar a la escuela confucianista donde ejerciera de maestro antes para impartir enseñanza a los niños kiotenses hasta los últimos días de su vida. No hubo herencia material para los sucesores pero sí un legado de poemas haiku [\(17\)](#) que la crítica ponderara como excelentes.

Seika trató de seguir abrazado a la profesión paterna, pero imprimiéndole una valiente variante convirtiéndose en el mejor artista del bordado y la tapicería del país. Existen obras impresas con las más perfeccionada policromía tipográfica contentivas de los trabajos de arte de Seika Yamaga.

Cuando Yamaga llegó a Tokio la efervescencia revolucionaria lo atrajo de inmediato. También se sintió atraído por una sed, nunca saciada a lo largo de su vida, de enriquecer su acervo cultural. Para ambas cosas, la revolución y la cultura, Osugi le sirvió de cayado. Es así que a los quince años, y a los pocos meses de haber llegado a la capital, Yamaga abraza el anarquismo y se eleva a la categoría de secretario de la Japana Esperantista Asocio. Esto ocurría en 1907.

Al igual que en Europa, a excepción de Inglaterra porque los ingleses siempre han reivindicado su lengua como el idioma internacional por excelencia, las sociedades esperantistas japonesas eran receptáculos de los espíritus más inquietos del país. La avanzada revolucionaria se volcaba al esperanto por el deseo irrefrenable de poder dirigirse a los revolucionarios de otros países así como el de poder recibir los mensajes del exterior. Muchos anarquistas japoneses, además de Sakai Osugi y Toshihito Sakai, integraban la Federación Esperantista por lo que la presencia de Yamaga en la secretaría de la misma permite suponer que a los quince años, nuestro kiotense era ya un esperantista connotado. Este idioma, como el inglés, el chino, el tagalo, lo irá perfeccionando siempre a medida que los años pasen. Todas las direcciones libertarias de Occidente han sido destinatarias de los resúmenes, en esperanto, de la prensa anarquista nipona a partir de 1945-1946 cuando terminó la Guerra Mundial; todas las asociaciones pacifistas y antimilitaristas han recibido durante largas temporadas, el Mondcivitano (Ciudadano del Mundo) que Yamaga imprimía en esperanto y distribuía a todas las coordenadas geográficas de la Tierra. Yamaga llegó a ser el nexo más importante y más regular existente entre el Japón y el resto del mundo y ello gracias a sus conocimientos magistrales del idioma internacional de Zamenhof. Ha sido, igualmente, gracias al esperanto que los hispanoparlantes hemos

conocido el pensamiento del gran filósofo chino Lao Tsé tamizado por Yamaga. [\(18\)](#)

Cuando en 1910 tuvo lugar la Dai Yaku Jiken (La Gran Revuelta), tramada por el Estado para eliminar a Kotoku y a los anarquistas más relevantes así como para destrozar hasta los cimientos el movimiento anarquista japonés, Yamaga tenía tan sólo 18 años, siete años más joven que el benjamín de los ahorcados: Tadao Niimura. Esto hizo que no figurara entre las primeras presas buscadas por la policía y los militares. Cuando su nombre fue tenido en cuenta ya Yamaga había podido poner el mar entre el Japón y él. Había ido a parar a Taiwán, posesión japonesa en aquel entonces como resultado de la guerra chino-japonesa de 1894-95. Desde Taiwán le fue fácil alcanzar el Continente y lo vemos transitando por Cantón, Pekín, Nankín y, finalmente, Shanghai.

Fue en Shanghai donde Yamaga permaneció más tiempo convirtiéndose en un colaborador precioso de Shi Pho, el anarquista más relevante de aquel gran país en aquella época (1913). Shi Pho había perdido una mano poco tiempo antes al tratar de fabricar una bomba doméstica. Durante los días de hospitalización Shi Pho decidió renunciar a la violencia pero alineándose con más tesón en el anarquismo. Su renuncia a la violencia la llevó tan lejos que se convirtió al naturismo para no tener que alimentarse con carne de

animales sacrificados y no usó nunca más correas, zapatos o artículos de piel que implicaran, necesariamente, el sacrificio de un ser vivo. Posiblemente Shi Pho, que era un gran estudioso, sabía de la existencia del jainismo en la India, la religión que prohíbe matar a ningún ser, sea éste una hormiga, una serpiente, un tigre o un criminal, y se abrazó a sus preceptos como parte del articulado libertario pacifista. Shi Pho editaba *Ming Sing* (La voz del Pueblo) y este órgano anarquista aparecía bilingüe, la mitad en chino y la mitad en esperanto —La Voco de la Popolo- siendo a cargo de Yamaga esta segunda parte.

Fueron años de gran actividad revolucionaria en los que Yamaga se dio por entero a la divulgación de los ideales ácratas. Durante este periodo fueron publicados en Shanghai obras tan trascendentales como La conquista del pan, A los jóvenes, ambas de Kropotkin, El evangelio de la hora, de Paul Berthelot, Polémica entre Chiang Kang Ha y Shi Pho, siendo el primero un reputado socialdemócrata que rompió lanzas en la defensa del Estado y la autoridad frente a Shi Pho, que reivindicaba, como anarquista, los principios antiestatales y antiautoritarios.

Cuando la Primera Guerra Mundial estalló y se enardecieron los instintos chauvinistas por doquier en el mundo, el anarquismo oriental, tanto el chino como el japonés, sufrieron el colapso que también se observara en el resto del

mundo. El célebre Manifiesto de los 16 que sacudiera, internamente, las filas libertarias en Europa y en América por la toma de posición beligerante de Kropotkin y sus amigos en favor de una de las partes contendientes, no tuvo repercusiones en China ni en Japón. Se habían suspendido las relaciones epistolares y hasta 1919 no volvieron a reanudarse. Yamaga, en el intervalo, había regresado a su país y se había unido con Mika, su compañera para el resto de sus días con la que integraría un hogar nómada. De esta unión nacieron un hijo y una hija.

Yamaga había dejado, en Shangai, el recuerdo de su abnegación y desvelo para el trabajo, y en 1927, al fundarse en aquella ciudad china la Universidad del Trabajo, el Consejo Universitario decidió invitar a Taiji Yamaga y a Sanshiro Ishikawa para que formaran parte del personal docente de aquella institución. Yamaga se convirtió, así, en un profesor universitario del esperanto, mientras que Ishikawa, cuya erudición y conocimientos históricos eran proverbiales, impartió la historia de los movimientos revolucionarios en Europa.

China vivía, en aquellos años, una efervescencia revolucionaria incontenible. Efervescencia que Chiang Kai Shek trataba de contener con medios de criminalidad masiva e impartiendo a sus tropas la consigna de que «Es preferible matar a cien inocentes que permitir al revolucionario

escapar». El anarquismo contaba con valores cuantitativos y cualitativos, y sus gestas, a pesar del empeño maoísta en borrarlas de la historia, perduran, al igual que el recuerdo de los nombres de muchos anarquistas. Más adelante, a medida que las generaciones sucedan a las generaciones y el aluvión de textos oficiales termine por asfixiar la verdad histórica, puede que al estudioso le sea difícil y hasta imposible dar con los atisbos anarquistas del Chung Kuo. Por el momento tal cosa no le resulta totalmente factible al Partido Comunista Chino debido al testimonio de los que no fueron masacrados por Chiang Kai Shek ni por los fanáticos del «Librito Rojo». Un testimonio de valía, que ha transferido a extensos auditorios la importancia del anarquismo en China hasta que el advenimiento del maoísmo lo extirpara, fue Taiji Yamaga. Yamaga vivió años de intensa actividad libertaria en China y fueron amigos suyos, además de Shi Pho, los hermanos Lu Chien Bo y Lu Kien Ten, traductores de Kropotkin, el conocido Li Pei Kan y otros muchos libertarios de Pekín, de Shanghai, de Cantón, de Nankín, Hong Kong y otras ciudades chinas inquietas a los aires revolucionarios propagados por los anarquistas.

Poco antes de estallar la guerra de los tres sietes (siete de julio de 1937), declaración protocolaria que llegaba con años de retraso a la agresión sistemática que el militarismo japonés ejercía sobre China, Yamaga abandona el Continente. Paradójicamente sus mayores enemigos eran

sus compatriotas cuando los mismos estaban uniformados. La presencia del ejército del Mikado en China era incompatible con la presencia de los anarquistas japoneses en aquel suelo.

La agilidad de desplazamiento de Yamaga se pone otra vez de manifiesto. Saltando sobre treinta paralelos Yamaga alcanza las Filipinas. Allí le sorprende la Segunda Guerra Mundial, que le arrebató a su hijo.

Su gran facilidad para aprender lenguas le permite aprender rápidamente el tagalo, el idioma más extendido del archipiélago. Esto le permite conseguir trabajo, que resulta, además, cónsono con sus inclinaciones de escritor y de tipógrafo. Su empleo es el de redactor en el periódico manilense Manila Nichi Nichi Shimbun el cual, si bien va enfocado a la colonia japonesa de la capital filipina y a las tropas de ocupación, también tiene secciones dedicadas a los filipinos en su propio idioma. Su afición al estudio lo impulsa a un trabajo de largo hálito y, en colaboración con un filipino de origen español, profesor Verzosa, confecciona el primer diccionario japonés-tagalo.

Terminada la guerra Yamaga regresa al Japón. El militarismo japonés ha sido vencido. El Emperador ha dejado de ser un personaje divino. Los Estados Unidos imponen la constitución de 1947 en la que, en su Artículo 90, el Japón «renuncia para siempre a la guerra» y añade que «no se

mantendrán las fuerzas de tierra, mar y aire, al igual que cualquier otro potencial bélico. El derecho de beligerancia del Estado no será reconocido». Un futuro de actividad revolucionaria en el propio suelo que le viera nacer se abre ante Yamaga. A partir del mismo momento en que llega a su país, Yamaga comienza a desarrollar una actividad ciclópea de difusión, proselitismo y asociación entre los anarquistas.

Esta actividad mantendrá un ritmo constante durante veinte años y abarcará, sin descuidar la trabazón constante y farragosa en el seno del movimiento anarquista japonés, resurgido al terminar la guerra, una corresponsalía dirigida a todas las coordenadas geográficas del mundo que ha asombrado a cuantos han conocido la extensa nómina de sus corresponsales en el mundo.

La primera decisión que tomaron los anarquistas japoneses, una vez terminada la guerra, fue de constituirse en federación. El 12 de mayo de 1946 celebraban su congreso constitutivo, y en el mismo asumió Yamaga, por sus condiciones de políglota, la Secretaría de Relaciones con el Exterior. Hasta que la apoplejía lo derribó sobre el tatami (19), Yamaga permaneció al frente de su operosa tarea de mantener al anarquismo japonés conocedor de las actividades del anarquismo internacional y a éste, sabedor de las luchas realizadas por los libertarios nipones. En forma

intermitente, además, Yamaga asumió la Secretaría General en diferentes oportunidades.

Su colaboración en *Heimin Shimbun*, que los anarquistas japoneses deciden hacer aparecer nuevamente (el primer número de esta nueva época lleva fecha del 15 de julio de 1946), también es puntual y seguirá corriendo a su cargo la sección esperantista que, en separata, acompaña siempre al ejemplar que va al exterior para que los anarquistas de Europa y América tengan una noción del contenido y el temario.

A Yamaga no se le conoce ningún acto de violencia. La influencia del pacifista Shi Pho fue, posiblemente, muy fuerte en él. Había adherido, públicamente, a la Internacional de los Resistentes a la Guerra, lo que suscitara algunas críticas por parte de los partidarios de la violencia indiscriminada.

Yamaga había sabido organizar sus actividades en una trilogía en la que cada rama guardaba su propia independencia. Situaba al anarquismo en el centro de sus esfuerzos, pero sabía enrolarse en las filas esperantistas, no necesariamente anarquistas, y en el seno de las mismas desarrollar su actividad relacionada con el esperanto en una plena independencia de gestión. Lo mismo sucedía cuando acudía a las actividades de la World Resisters International donde tampoco los afiliados tenían que ser necesariamente

libertarios, sobre todo en el Japón, donde las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki convirtieron a grandes contingentes de japoneses en objetores de conciencia pacifistas convencidos.

A los anarquistas que argumentaban, en las reuniones, que había que hacer obra proselitista pertrechados en el interior de la Federación Anarquista, Yamaga respondía que, por el contrario, había que salir a la búsqueda del futuro libertario y dar con él donde estuviera. En todo esperantista, decía, hay un internacionalista en potencia y lo que hace falta es descubrirle la presencia del mejor vehículo del internacionalismo: el anarquismo. Lo mismo afirmaba respecto a los objetores de conciencia: en todo resistente a la guerra se manifiesta el mejor exponente de solidaridad humana y el ideal que mejor refleja este sentimiento es el anarquismo por lo que es imprescindible darnos a conocer, como organización, en cada uno de los objetores que integran la WRI. En CNT de Tolousse, órgano de la Confederación Nacional del Trabajo de España en el Exilio, en el número correspondiente al 17 de agosto de 1952, se reproduce una carta de Yamaga en la que, representando a la FAJ, se dirige a las Juventudes Libertarias (FIJL), en el exilio. Allí dice:

La historia de nuestro movimiento en el Japón nos dice que hemos batallado a menudo por medios

violentos (muchos camaradas usaron el arma de fuego, la bomba y castigaron con el atentado a sus enemigos). Desde la guerra, con la aparición de la bomba atómica, la lucha violenta nos parece sin utilidad. Por esto estamos preparando propaganda denominada de «resistencia pasiva» y de «desobediencia contra las injusticias», según la línea de Gandhi, y declaramos nuestro contenido cultural de base, como ciudadanos del mundo y escogemos el esperanto como lengua mundial.

Se puede afirmar, sin temor a la exageración, que el movimiento anarquista japonés, si no hubiere contado con la laboriosidad de Yamaga y su capacidad, no hubiera podido mantener la trabazón que lograra, a partir del Tercer Congreso de la Federación Anarquista Japonesa, que tuvo lugar el 16 de mayo en Tokio y en el que asistieron 200 delegados llegados de todas las regiones del Japón y, también, de Corea. En ese Congreso se puso un importante énfasis en la relación con el extranjero, nombrándose una comisión para tal actividad. El más esforzado miembro de esta comisión fue Taiji Yamaga. Si se pudieran reunir todas las cartas escritas por Yamaga en esperanto, en inglés, en chino y, naturalmente, en japonés, se lograría un inmenso

libro con la descripción más detallada y apasionada de la historia del anarquismo japonés.

El esfuerzo seguido y constante de Taiji Yamaga, con sus antenas permanentemente tendidas a todos los meridianos del mundo, terminó por convertirlo en el anarquista más conocido del archipiélago japonés. Los corresponsales de Yamaga abarcaban todo el globo terráqueo. Más de cincuenta ciudades francesas, estadounidenses, inglesas, canadienses, holandesas, italianas, latinoamericanas, australianas, filipinas, coreanas, chinas, indostánicas, indonesianas, indochinas, alemanas, suecas integraban su bien organizado fichero de direcciones. Su correo era impresionante, por lo que no cesaba en su tarea abrumadora de la escritura. Con todo, y a pesar del tiempo que la corresponsalía le exigía, Yamaga era un colaborador fijo y seguido de la prensa libertaria japonesa, lector obsesionado y asistente constante en todas las reuniones y conferencias celebradas por la Federación Anarquista Japonesa, la Japana Esperantista Asocio y la War Resisters International del Japón.

Entre sus corresponsales cabe citar a idealistas de renombre como el anarquista más descollante de la India M. E. T. Acharya, el esperantista Eugene Lanti, el animador de la WRI, Anthony Smythe, al chino Lu chien Bo, al inolvidable Hem Day, al coreano Ryu Rim, al primer ciudadano del

mundo, Garry Davis y una gama extensísima de revolucionarios, progresistas e intelectuales cuyos nombres harían la lista interminable.

Yamaga lograba mantener tanta actividad porque, como japonés, no le daba al sueño la categoría de necesidad impostergable que le damos los occidentales. Un japonés no tiene la costumbre de dormir a horas fijas y si tiene que realizar un estudio, un trabajo o una actividad, de no importa qué índole, en la noche, la llevará a cabo sin mayor preocupación. Por la mañana siguiente pueda que aproveche el trayecto del tren, del metro, del autobús, el tiempo del receso para la comida, un alto en la jornada cualquiera para cerrar los ojos y dormir unos minutos, en el asiento, en el tatami, en el bordillo de la acera. En la pequeña vivienda ocupada por Yamaga y su compañera Mika, en Ishikawa, una hora distante de Tokio por el tren, compuesta de una exigua habitación y una cocina, mientras yo, aferrado a las costumbres de Occidente, dormía sobre el acogedor tatami durante la noche, Yamaga echaba mano de su componedor, sus cajas de tipos romaji (20), su rodillo, sus botes de tinta y cuando llegaba el alba del día siguiente había compuesto e impreso un manifiesto.

En el tren, en esa hora de trayecto que separaba Tokio de la estación de Ishikawa, si tenía la suerte de encontrar asiento, Yamaga sacaba sus papeles, ora para leerlos, ora para

escribir en ellos. Lo mismo hacía en el restaurante esperando que le sirvieran una porción de morí soba (21) o en una tertulia cuando los presentes llevaban la conversación hacia lo anodino y dejaba de interesarse en ella.

En 1960 Yamaga hizo su última salida de Don Quijote. Como integrante de la War Resistermen International asistió al congreso que celebraba esta sociedad en la localidad de Gandhigram, en la India. Los libertarios, los objetores de conciencia y los amigos esperantistas japoneses sufragaron, mediante suscripción voluntaria, el viaje de Yamaga hasta el triángulo indostánico.

Yamaga tuvo la satisfacción de abrazar y conocer, personalmente, a muchos corresponsales suyos desparramados por el mundo. Logró, igualmente, conocer al discípulo más renombrado de Mahatma Gandhi: Vinoba Bhave, innovador de los antiguos sistemas comunitarios de la India que, gracias al esfuerzo de Bhave y sus discípulos, lograban renacer a través del Bhoodan (Donativo de tierra) y, consecuentemente, el Gramdan (socialismo agropecuario). Los ecos de la labor de Vinoba Bhave han trascendido sobradamente en Occidente para tener que extendernos ahora sobre este fenómeno humano-telúrico que la India, inagotable almacigo de ellos, ofreciera. Nos limitamos a rozarlo porque fue una personalidad más de las

muchas que ya integraban la lista de las relaciones de Yamaga.

Yamaga, como invitado de los objetores de conciencia de la India, organizadores del X Congreso de la WRI, tuvo ocasión de visitar algunas de las colectividades agrarias regidas bajo el sistema de la donación de la tierra y el trabajo en común de la misma quedando, de estas visitas, grata y profundamente impresionado. Recordemos que Yamaga sólo transigía, frente a la violencia, ante un caso de desespero estremado. Shi Pho le había inculcado los ideales pacifistas en Shanghai y, más tarde, al sumergirse en el pensamiento de Gandhi, se proclamó abiertamente partidario de la no-violencia. No podemos dejar de lado, por otra parte, el mensaje pacifista que encierra la acepción filosófica del budismo. Tampoco debemos olvidar que Yamaga era un gran admirador de Lao Tsé, como ya ha quedado probado al citar su obra Lao Tsé y su Libro del camino y de la virtud y que es de Lao Tsé el pensamiento que dice: «Si tú no peleas, nadie en la tierra será capaz de pelear contigo».

Las colectividades preconizadas por Vinoba Bhave condujeron a Yamaga a pensar en los kibbutzim de Israel y, sobre todo, en las colectividades campesinas sobre las cuales pesaba una gran parte de la economía de la España revolucionaria de 1936-1939. El cotejo era impresionante, lo

que le permitía esperar en la transformación de la India hacia derroteros revolucionarios.

Cuando Yamaga regresó al Japón lo hizo cargando en sus alforjas un convencimiento supremo en la posibilidad de que los primeros atisbos revolucionarios pueden surgir del hombre del agro más que del ciudadano.

En 1961 Yamaga sufrió un ataque apopléjico. Algunos años antes había sufrido una seria operación que le redujo el estómago en una tercera parte de sus dimensiones primitivas. Una úlcera gástrica fue el origen de la intervención quirúrgica. Negligente con su salud descuidó los avisos que desde hacía años recibía del organismo cuando se le perforó el estómago y fuera operado de emergencia que supuso la extirpación de dos terceras partes de este órgano vital.

Cuando Yamaga murió, el 6 de diciembre de 1970, ya llevaba nueve años postrado en el tatami, del que sólo podía levantarse ayudado de su fiel compañera Mika. La mitad de su cuerpo había quedado paralizado pero los corresponsales de Yamaga, bien que más espaciadamente y recibiendo textos muy breves, continuaban conociendo la vida del movimiento anarquista japonés. Yamaga había aprendido a escribir con la mano izquierda y cada uno de sus rasgos temblorosos entrañaba un esfuerzo supremo de este

esforzado libertario, esfuerzo que llevaba a cabo consciente de que sus compromisos tenía que continuar cumpliéndolos.

Ya hemos tenido ocasión de ver con qué facilidad los japoneses acuden al suicidio para escapar de la vida. Los anarquistas Kentaro Goto, Rumí Kaneko, Kyutaro Wada y otros muchos burlaron la «justicia» estatal suicidándose en la celda de la cárcel. El célebre escritor Akutagawa Ryunosuke, autor de la exitosa obra *Rashomon*, adquirió mayor fama después de suicidarse, y lo mismo ocurrió con el caso más reciente de Yukio Mishima del que poco o nada se sabía hasta que se hizo seppuku (harü'kiri) y adquirió fama internacional. Tenemos el caso de otro escritor, célebre éste puesto que ganó el Premio Nobel, Yasunari Kawabata, que prefirió el gas para quitarse la vida. En lo que va del siglo se han suicidado en el Japón trece escritores, y si bien hay países que registran un porcentaje mayor de suicidios - Suecia, paradójicamente- ninguno registra una familiaridad tan próxima con la muerte como el Japón. Todos los años, millares de japoneses van al templo de Sendakuji, en Tokio, a rendir tributo a los 47 ronin (samuráis sin patrones) y ello debido a que en 1703, después de haber vengado la muerte de su señor, se dieron muerte ellos mismos.

Contrarrestar la contrariedad con el suicidio adquiere condiciones de principio casi. La deshonra, el fracaso, la impotencia, todo puede hallarse en el origen del suicidio de

un japonés que ha sufrido, a lo largo de su vida, una tremenda influencia de filosofía pesimista. Ir a rendir tributo a 47 suicidas, y ello todos los años, refleja un estado de ánimo colectivo del que no se puede sustraer el japonés. Este vive en una promiscuidad permanente debido a la saturación demográfica de las islas niponas y, sin embargo, es el poseedor de un carácter introvertido muy pronunciado. Este carácter lo aísla en medio de la multitud y es presa fácil de la depresión. El suicidio, como solución honrosa, es abrazado. Los 47 ronin ejercen una influencia maléfica que, incomprensiblemente, la educación oficial no trata de contrarrestar.

Taiji Yamaga hubiera podido acudir al suicidio. Se sabía condenado cuando, en 1961, la apoplejía lo derribó inexorablemente. Rechazó la «solución japonesa», consciente de que un revolucionario debe ser voluntarista y que la voluntad del suicida es negativa porque la voluntad es lucha mientras que el suicida renuncia a luchar. Yamaga no renunció jamás a la lucha y era asombroso continuar viendo su casita concurrida por los anarquistas japoneses que acudían hasta Ishikawa para alentar al viejo militante, pero, igualmente, para conocer sus opiniones frente a los problemas que se presentaban. Es así como, cuando los anarquistas japoneses deciden, en 1968, disolver la Federación Anarquista Japonesa -en base a una estrategia no asimilable para los occidentales-, los militantes deciden

consultar a Yamaga y saber su parecer al respecto. Cuando el comunicado de la disolución alcanzó a los movimientos anarquistas de Europa y América, en el mismo se especificaba bien claro que Taiji Yamaga había sido consultado. En Occidente, al saberse que la decisión contaba con el apoyo del connotado anarquista, se aceptó el acuerdo y, si bien se consideró al mismo como un error de táctica, bastó saber que el parecer de Yamaga fue favorable a la abolición de la FAJ para estimar que se desconocían las condiciones de lucha en el Japón y que, en consecuencia, se tenía que otorgar un voto de confianza a los anarquistas del Extremo Oriente. Esta aceptación, por parte de los movimientos de Europa y América, no se hubiera logrado sin la presencia, en el comunicado, del nombre de Yamaga. La ascendencia suya era tan sólida, lograda a pulso a través de tantos años de incansable militancia, que a nadie se le ocurrió rechazar la decisión nipona. Más adelante veremos los motivos que condujeron a la disolución de la FAJ.

Los anarquistas japoneses han rendido el merecido tributo a Taiji Yamaga. Hay dos esbozos biográficos, debidos a las plumas de Kou Mukai y Selichi A. Miura, que pueden tomarse como las primeras contribuciones para la extensa biografía que amerita Yamaga. Es necesario, sin embargo, la presencia de un equipo abnegado para que hurgue en las páginas de tres cuartos de siglo de prensa ácrata para hacer una recopilación de los trabajos de Yamaga aunque el

pensamiento de nuestro biografiado, que debe hallarse dispersado por todos los ámbitos de la tierra en las innumerables cartas mandadas por él a los cuatro puntos cardinales del orbe, no podrá ser reunido en su totalidad por desconocerse a una buena parte de sus corresponsales.

En un bonito puerto de pescadores, Numazu, donde ejerce como profesora la hija de Yamaga, Aino, y en donde se retiró, a la muerte de Yamaga, su compañera Mika, hay un exiguo «museo» con todo lo que ha podido reunirse de este gran libertario del Extremo Oriente. Entre lo que más sorprende están algunos tipos de imprenta japoneses y romaji, un rudimentario rodillo, una plancha fija, un componedor y unas pinzas. Algo verdaderamente intrascendente y que, sin embargo, fue el instrumento con el que Yamaga logró enlazar el anarquismo japonés con todos los movimientos anarquistas del mundo.

EPÍLOGO DE LA ÉPOCA HEROICA

Las traducciones al japonés del pensamiento progresista occidental llevadas a cabo por Nakae, Kotoku, Osugi, Ishikawa y otros ayudaron a que la marea del socialismo y el anarquismo internacionales sumergiera al Japón y lo sumaran a las inquietudes revolucionarias mundiales. El

mensaje que Yamaga ha estado mandando, en forma ininterrumpida, a todos sus corresponsales desparramados por el mundo entero, ha ayudado, en el sentido inverso, para que los anarquistas de Europa y América pudieran seguir el curso del movimiento anarquista japonés. Yamaga ponía en evidencia así, que en el Japón existía un movimiento, minoritario, es cierto, que se negaba a ser absorbido por las nueva religión del marxismo, posible ésta gracias a las grandes cantidades de literatura y dinero vertidos en el archipiélago por la URSS y China deseosas ambas de interponer, entre América y Asia, una avanzadilla de choque que obstaculizara las manipulaciones estadounidenses en el Gran Continente.

El habernos concentrado en la vida de Taiji Yamaga ha hecho que pasáramos con excesiva celeridad a través de las dos décadas que precedieron a la Segunda Guerra Mundial.

Asesinado Osugi, Huruta, Nakahama; suicidados Goto, Kaneko; muerto por los malos tratos recibidos en la cárcel Muraki; encarcelado Boku Retsu; en el extranjero Yamaga; enterrados en la fosa común, junto con las víctimas del terremoto del 10 de septiembre de 1923, los centenares de libertarios asesinados por el ejército y la policía; encarcelados otros puñados más, víctimas de la sevicia estatal y un programa de «depuración» llevado a cabo por el ejército con miras a exterminar el anarquismo en el

archipiélago, tocaría rendirse a la lógica y estimar que, efectivamente, las ideas libertarias se tenían que haber quedado sin propagadores en el país.

Inexplicablemente quedaron anarquistas todavía, y en 1926, cuando eran asesinados en la cárcel los integrantes del Grupo Guillotina, se suicidaban los que deseaban burlar la «justicia» del Estado o desaparecían de sus hogares los militantes más connotados, el incremento de la Jiyu Rengo Dantai Zenkoku Kaigi (Libre Federación de los Sindicatos Anarquistas) adquiere visos sorprendentes en el área laboral mientras que una juventud recién llegada en la palestra social se manifiesta abiertamente en la lucha y lanza a la calle su órgano de expresión Kuro Seinen (Juventud Negra), portavoz de la organización del mismo nombre.

Este estado de cosas, la represión de una parte y la voluntad de la lucha de la otra, continuó manifestándose hasta 1937. Este año señaló la invasión de China por parte del ejército japonés y, amparándose en el tópico de la seguridad nacional, el Estado desencadenó una ofensiva de masacre y exterminio contra todos los revolucionarios. Sólo pudo salvarse el que había huido, el que logró esconderse o cambió de residencia ocultando sus ideales a la vista de los compañeros de trabajo y de los vecinos.

A partir de 1937 y hasta 1945, cuando termina la Segunda Guerra Mundial, el Japón fue un país concentracionario, de

prensa amordazada y ciudadanos traumatizados por la perenne amenaza de la persecución, el encarcelamiento y hasta la muerte.

Si a la época heroica del anarquismo japonés hubiera que buscarle una fecha concreta que marcara su fin creemos que la más indicada sería el 7 de julio de 1937, día en que el Japón invade a la China e inicia la guerra conocida como la de los tres sietes.

Desde el primer órgano de expresión libertaria Heimin Shimbun de comienzos de siglo hasta estos números esporádicos de la década de los años treinta, el movimiento libertario japonés no cesó de publicar periódicos, folletos y literatura anarquista a través de la cual se podría trazar el calvario de este movimiento de mártires. Desgraciadamente, la presencia de dos guerras mundiales así como la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, la otra guerra chino-japonesa iniciada en 1937 con engarce en la Segunda Guerra Mundial, sumado a todo lo cual va la presencia de un régimen represivo no concebible en los países de Occidente a excepción de los países sometidos a las dictaduras negras y rojas, hace muy difícil el poder reunir toda esta documentación que, de recuperarse, justificaría la presencia de una hemeroteca especializada en el movimiento anarquista japonés.

A lo largo de este trabajo hemos tenido ocasión de señalar algunos títulos de prensa libertaria nipona asomando, intermitentemente, Heimin Shimbun, el periódico que creara Kotoku, junto con Toshihito Sakai en 1903, cuando la Asociación Socialista no se había desintegrado todavía como consecuencia de la toma de posición libertaria y autoritaria asumidas, respectivamente, por Kotoku y por Sam Katayama. Después del congreso que sellara la escisión de la Shakai Shugi Hyokai los días 17 de febrero y siguientes, Heimin Shimbun continuó siendo orientado por Kotoku; pero fue víctima de la primera de una larga cadena de prohibiciones, Kotoku, privado de su portavoz, mandó su colaboración al Hakari (Relámpago) que publicaban Kojiro Nishikawa y Kohen Yamaguchi en 1905, siendo una publicación quincenal. Paralelamente Kotoku colaboraba también en Shiníagen (Nueva Epoca), que estaba a cargo de Sanshiro Ishikawa, Naoe Kinoshita y Isoo Abe. Cuando regresó de los Estados Unidos logró, gracias al apoyo económico de un amigo, que Heimin Shimbun reapareciera como diario y, suspendido de nuevo, creó Chozugen (Adelante).

Muerto Kotoku, Osugi tomó la responsabilidad de dar continuidad a la expresión escrita anarquista empezando con *Kindai Shisoo* (Idea moderna) en 1913, continuando con Heimin Shimbun de nuevo, esta vez con la ayuda de Taiji Yamaga, en 1914. Cuando surge la nueva prohibición del

periódico Osugi crea *Rodo Shzmbun* (Diario del trabajo) y, prohibido éste, *Rodo Undo* (Movimiento Obrero). Esto último sucede en 1921 y dos años más tarde sería asesinado por el capitán Amakasu obedeciendo, éste, las órdenes del general Fukuda.

No es posible dar una nómina completa de la prensa libertaria japonesa de la época heroica. Había prensa campesina *Kosakunin Shimbun* (Diario del Campesino), portavoces de violencia *Kuro Te* (La Mano Negra), *Kokushoku Shimbin* (Frente Negro), órganos asociativos *Jiyu Rengo* (Federación Libre), *Toyo Shakai Shimbun* (Diario del Oriente Social), revistas culturales *Kaiho Bunka* (Emancipación y Cultura), portavoces de la juventud *Kuro Seinen* (Juventud Negra), títulos agresivos como *Kuro Hata* (Bandera Negra) o simplemente descriptivos como *Jiyo Jin* (El Libertario).

Con lo señalado distamos mucho, todavía, de haber ofrecido la lista exhaustiva de los órganos de expresión anarquista japoneses, pero queda bien en evidencia de que el movimiento libertario en el Japón contaba con una gama muy surtida de periódicos los cuales no hubieran sido posibles si no existiera un público que les diera acogida. El movimiento anarquista estaba, pues, sólidamente afincado en el suelo japonés.

Un órgano titulado Anarquismo no figura dentro de la lista de la prensa libertaria de la primera época. La razón se halla,

según los anarquistas consultados, en lo poco práctica que la traducción de la voz anarquismo resulta si se vierte al japonés. Los griegos dieron con raíces y prefijos exactos para denominar un régimen sin autoridad y sin gobierno. Con el prefijo a y con los sustantivos *cracia* o *arquía* le fue suficiente a Proudhon para darle nombre a un cuerpo de doctrina social conocido, en todo Occidente, como anarquismo. Estas raíces y estos prefijos están ausentes del idioma japonés, estrechamente ligado a la rigidez ideográfica china.

La expresión más aproximada a lo que significa anarquismo la ofrece, el japonés, con el vocablo compuesto Museihushugi. Esta voz reclama siete signos ideográficos chinos, cuatro de los cuales se comprimen en dos, significando, cada uno de los cinco signos resultantes: mu equivale a 'ausencia', sei a 'régimen político', hu a 'organismo', shu a 'principio' y gi sufijo significando 'ismo'. De ahí que no figure tan complicado vocablo como titular de un periódico y que los anarquistas japoneses se hayan inclinado en favor de las voces Siyu ojin (libre).

Las gestas anarquistas de la época heroica tienen que colegirse de la represión de las autoridades contra el movimiento libertario. Los crímenes masivos perpetrados contra Kotoku y sus once compañeros, contra Osugi, su compañera Noe Itoo y el inocente sobrino de 7 años Sooichi,

contra cuantos anarquistas no pudieron escapar de las redadas de 1923, contra el Grupo Guillotina, contra todos los libertarios que en 1937 fueron asesinados.

Si los anarquistas no hubieran significado una amenaza, por su número y sus prédicas, a la seguridad del Estado, la represión no se hubiera manifestado de una manera tan brutal.

El anarquismo, y los libros tratando de él, era estimado tan corrosivo que cuando en 1920 un profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Tokio publica, en el órgano de la Universidad, un Estudio del pensamiento social de Kropotkin, la policía encierra al enseñante, N. Morito, y, una vez terminada su condena, las autoridades universitarias le retiran el profesorado debiendo, finalmente, exilarse, dado que por figurar en la lista negra no consigue trabajo en ninguna parte del Japón.

En 1926, con motivo del cincuentenario de la muerte de Bakunin, el movimiento anarquista organizó un mitin en Tokio. Seis militantes libertarios debían sucederse en el uso de la palabra, pero los seis fueron encarcelados. Fue el año del caso del coreano libertario Boku Retsu y su compañera Hurni Kaneko, acusados de atentar contra el emperador empujando a Kaneko al suicidio, fue el año en que ahorcaron a Tetsu Nakahama, pero año, igualmente, del resurgir juvenil con la creación de la Kuro Seinen Rengo (Federación de la

Juventud Negra) y su órgano *Kuro Seinen* y, por último, fue el año que viera aparecer, junto a Heimin Shimbun, *Jiyu Rengo* (Federación Libre), órgano de la Jiyu Rengo Dantai Zenkoku Kaigi, la Federación de Sindicatos Anarcosindicalistas.

De la importancia de los sindicatos anarcosindicalistas en el Japón, en la época heroica del sindicalismo del país, da una débil idea la huelga de la Nibou Senju Kaisha, fábrica donde 180 hombres y 60 mujeres estaban enrolados en el sindicato apolítico. En 1927 dos trabajadores fueron despedidos injustamente. Ante la protesta de los demás trabajadores el patrón se negó a reponer en sus puestos a los despedidos, y los trabajadores fueron a la huelga. Tomaron la fábrica y se negaron a abandonar las naves. El patrón, con la ayuda de la policía, montó un cerco a fin de impedir el ingreso de comida y refuerzos para los sitiados. La huelga se hizo extensiva, por solidaridad, en otras muchas fábricas y establecimientos próximos a la Nibou Senju Kaisha y en varias ocasiones la casa del patrono fue asaltada por los trabajadores de la localidad así como por los familiares de los asediados obligando al burgués a refugiarse en la jefatura de policía. Después de cinco días algunos trabajadores, ya de por sí subalimentados, empezaron a desfallecer pero cuando fueron llevados al hospital el doctor se negó a atenderlos. Fue precisa la presencia amenazante de los grupos de acción sindicalista para que el juramento de Hipócrates se

cumpliera y los enfermos fueran aceptados.

En la noche del 1 de mayo un militante anarcosindicalista se encaramó arriba de la alta chimenea de la fábrica, de 30 metros de altura, plantando en la cima la bandera negra y negándose a descender mientras el conflicto no fuera resuelto satisfactoriamente para los trabajadores. En ese mismo Primero de Mayo el Sindicato celebró un mitin delante de la fábrica y, rompiendo el cordón de la policía, penetró en las naves socorriendo a los que se habían declarado en huelga del hambre. El conflicto se hacía cada vez más embarazoso para las autoridades y éstas conminaron al patrón a que llegase a un acuerdo con los huelguistas, lográndose, al final, la atención médica para todos los enfermos, el pago retroactivo de todos los salarios y una compensación de 1.500 yens, la estipulación de los tres días siguientes al fin de la huelga como días festivos retribuidos y la aceptación, de nuevo, de los dos obreros despedidos. La huelga duró 22 días, del 21 de abril al 11 de mayo. El día doce de mayo tuvieron que subir al tope de la chimenea para descender, exhausto, al valiente huelguista que resistiera doce días en una posición casi suicida. Tuvo que ser internado en un hospital.

No siempre andaron mancomunados anarquistas y sindicalistas revolucionarios. Estos últimos habían

establecido sus primeros contactos en 1923, al año de haberse organizado la Jiyu Rengo, con la sede de la Asociación Internacional de los Trabajadores de Europa y, al igual que en algunos países de Occidente, serias y diversas discrepancias dividían a los anarquistas intrínsecos y a los anarcosindicalistas, sobre todo en lo que a los enfoques teóricos concierne. El papel a jugar por los campesinos, por ejemplo, frente a los trabajadores de la industria, era uno de los problemas planteados recordando, de hecho, la situación de la IWW (Industrial World Workers) de los Estados Unidos, que margina, como el mismo nombre lo indica, al trabajador del campo.

El peligro constante que sobre los anarquistas y los anarcosindicalistas se cernía debido a la presencia de un régimen represivo que no daba paz ni cuartel, hizo que se orillaran muchas discrepancias que, vistas en la distancia, asemejan a las discusiones de los monjes bizantinos sobre el sexo de los ángeles. En 1930 se logra la unificación de las tendencias y, después de ratificar la adhesión en el seno de la AIT se aprueba y se publica, por primera vez en el Japón, una Declaración de Principios anarcosindicalista.

La situación de enfrentamiento contra el patronato japonés se hizo cada vez más violenta. La entronización de Meiji, en 1868, fomentó la concentración de las fortunas de las familias más ricas del imperio creando verdaderos

monopolios y trusts que convertían al trabajador en un luchador indefenso frente a la inconmensurable fuerza de los grandes patronos. A esta unión patronal se la conoce con el nombre de zábatsu. Los Estados Unidos la disolvieron en 1945 pero ha vuelto a reorganizarse de nuevo con mayor fuerza que la que poseía antaño.

Compañías como la Mitsui, la Sumitomo, la Daiichi Bussan, la Mitsubishi llegaron a representar el 80% del poder industrial japonés de antes de la guerra y frente a este zábatsu descomunal la Jiyu Rengo tenía que doblarse o romperse. Las otras uniones sindicales, influenciadas por líderes como Bunji Suzuki, se prestaron a las exigencias del zaibatsu que dominaba, igualmente, la Dieta japonesa, el parlamento del país, comprado a fuerza de yens.

En el Japón de la preguerra habían cuatro grandes batsus: el de los militares o gumbatsu, el de la corte y la nobleza o mombatsu, el de la burocracia, que se manifestaba ya pujante, o kambatsu y el ya mencionado zaibatsu. Este, que era el de la plutocracia, dominaba abiertamente a los tres restantes, pero dado que los intereses de unos eran los intereses de todos, la unidad de todos ellos frente a las clases trabajadoras no ofrecía dificultad.

Para el logro de sus fines el zaibatsu sometió, a fuerza de millones, a los partidos mayoritarios de la Dieta, el Seiyukai y el Minseito. En 1927 las dos terceras partes del parlamento

japoneses eran incondicionales del zaibatsu. En 1923-1924 Sanji Muto y el marqués Ro, los grandes magnates de la industria textil y de la electricidad ofrecieron 250.000 yens a la policía para que ésta exterminara al movimiento obrero. También impuso, el zaibatsu, que se votara, en 1925 la Ley contra Pensamientos Peligrosos que permitía el allanamiento domiciliario, y tres años más tarde el actual emperador firmaba un decreto en el que se consideraban los «pensamientos peligrosos» como factibles de ser castigados con la última pena. Desde la firma del decreto hasta 1931 fueron detenidos más de 10.000 trabajadores y progresistas al amparo de esta inicua ley.

Más tarde se promulgó otra ley, la del Mantenimiento de la Paz Pública, que permitió en noviembre de 1935, el allanamiento y disolución de todas las seccionales de la Jiyu Rengo en Kanda, Kioto, Osaka, Tokio, Kobe, Nagoya, Fukuoka y todas las grandes urbes del archipiélago donde las federaciones anarcosindicalistas eran una amenaza para el gobierno. Cerca de 300 detenciones y el asesinato de los militantes más destacados fue el resultado de estas dos jornadas trágicas.

Esta exacerbación contra los anarquistas obedecía a un plan preconcebido tendiente a acelerar las desmesuradas ambiciones de los zaibatsus y muy especialmente el zaibatsu y el gumbatsu: la guerra contra China que abriría al Japón una

fuelle inagotable de materias primas, de las que siempre ha estado urgido, y un motivo para lucirse a todo militar sediento de poder. Cuando en 1937 el Japón declara la guerra a China el movimiento revolucionario japonés ha dejado de ser una amenaza para los que anhelaban conquistar la China y más tarde el mundo.

Cuando terminó la guerra mundial, en 1945, todas las grandes familias habían visto sextuplicar sus grandes fortunas. El pueblo japonés había perdido la guerra, había sido el único en sufrir las consecuencias indescriptibles de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, tuvo que sufrir quince años de privaciones y miserias, sufrió la vergüenza de ver su suelo, jamás hollado por un ejército extranjero, ocupado por las botas pretorianas del Tío Sam. Frente a él, paradoja de esta injusta sociedad, el causante de todos sus males, el que empujó al Japón a la contienda, veíase con una gran fortuna amasada sobre millones de muertos y, como colofón al escarnio, era solicitado fervientemente por las «fuerzas vivas» del país y por los ruegos del ocupante, para que prestara su apoyo en beneficio de la reconstrucción del país arruinado. El zaibatsu había ganado la guerra.

IV

JAPÓN ENTRE 1945 - 1974

1945: INVENTARIO DESOLADOR

Al terminar la Segunda Guerra Mundial el Japón hizo un recuento de lo que había perdido y de lo que todavía le quedaba. El inventario no podía ser más sombrío: la industria pesada totalmente paralizada, todas las ciudades, a excepción de Kyoto y Nara, [\(22\)](#) destruidas en gran parte, la marina mercante hundida en su totalidad -el 95% según datos fidedignos-, los arrozales reventados y los alimentos racionados a la mínima expresión. En base al acuerdo tomado por los aliados en El Cairo, en 1943, el Japón perdía Taiwán, Corea, Manchuria, Los Pescadores, y los Estados Unidos, por su lado, se posesionaban de Okinawa y las islas del Pacífico. Por la parte norte Rusia se adueñaba de las Kuriles y la mitad meridional de Sakhalin.

MacArthur ordenó el licenciamiento de las tropas niponas y la repatriación de todos los soldados y marinos de ultramar. Para-lemamente se cerraron las fábricas que todavía estaban en pie, si es que, directa o indirectamente, habían trabajado para la guerra. Se suprimieron los ministerios de Marina y Ejército. El país se pobló de gente sin trabajo, ofreciendo, para el futuro inmediato, las peores perspectivas posibles.

El tribunal militar internacional juzgó a millares de criminales de guerra. Tojo y seis de sus acólitos fueron condenados a la

horca, dieciséis más fueron condenados a cadena perpetua. 4.200 japoneses fueron declarados culpables a través de otros tribunales. Alrededor de 700 fueron ejecutados. Las fuerzas de ocupación ordenaron la libertad de los presos políticos del Mikado, exigieron la libertad de palabra y de prensa, así como la supresión de todas las organizaciones militares y paramilitares. Se depuraron, con prohibición explícita de tener injerencia en las cuestiones públicas, a 200.000 japoneses.

Empujando la «democratización» a marchas forzadas los norteamericanos ordenaron enmiendas en la ley electoral a fin de que las mujeres también pudieran votar y quedara reducida, la edad del voto, a los 20 años.

El 3 de mayo de 1947, de acuerdo con el anteproyecto presentado por McArthur, se promulga la actual Constitución, que, por primera vez en el Japón, indica que «el poder soberano reside en el pueblo». Lo más relevante de esta Constitución está concentrado, sin embargo, en su Artículo 9:

Aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación, y a la amenaza o el empleo de la fuerza como medio para solucionar las disputas internacionales.

Con el fin de realizar el propósito expresado en el párrafo anterior, no se mantendrán las fuerzas de tierra, mar y aire, al igual que cualquier otro potencial bélico. El derecho de beligerancia del Estado no será reconocido.

Poco tiempo transcurriría antes de que el supremo artículo de la Constitución de 1947 fuera burlado cínicamente por los gobernantes japoneses.

La pérdida de todas sus posesiones insulares y continentales redujo la superficie del Japón a 369.881 kilómetros cuadrados.

Su población, cuando terminó la guerra en 1945, rayaba en los 75.000.000 de habitantes. Si tenemos en cuenta que el Japón es un país muy montañoso donde sólo el 15% del suelo es cultivable nos daremos perfecta cuenta de la situación trágica que el pueblo japonés estaba enfrentando cuando, al rendirse a los aliados el 15 de agosto de 1945, emprendía la ascensión desde el fondo abisal al que sus gobernantes ambiciosos lo habían sumergido.

Por otra parte, las autoridades de ocupación, temerosas de un resurgir económico japonés que dañara la expansión económica americana, eran renuentes a facilitar la reorganización industrial del país. Además de la disolución de toda la estructura militar y la consecuente desaparición del gumbatsu, McArthur ordenó la total desarticulación del

zoibatsu impidiendo de esta manera el que la industria japonesa se reorganizara de acuerdo con los antiguos cánones. Se volcaron, los ocupantes, en primer término, a la planificación de una reforma agraria que permitiría, de confluir teoría y práctica, una explotación más intensa y racional del suelo japonés. Los terratenientes que no vivieran en sus tierras tenían, por la referida reforma, que venderlas a un organismo designado al efecto. Dicha disposición no rezaba para el que poseyera menos de una hectárea (4 en la isla septentrional de Hokkaido). Las tierras así adquiridas eran otorgadas a los campesinos con plazos de 30 años para pagar. El valor de las tierras se fijaba en base a las sumas establecidas antes de la guerra por lo que, la inflación mediante, los terratenientes resultaban, prácticamente, expropiados, ya que percibían una décima parte del valor real de la propiedad. En 1952 la reforma agraria afectaba ya al 92% de las tierras cultivables.

Encarrilar un país tan superpoblado y con tan poco suelo cultivable por los derroteros agrícolas resultaba un contrasentido. Lo negativo de la situación sólo podía paliarse con las ayudas masivas que los Estados Unidos aportaban. Desde 1945 hasta 1952 esta ayuda económica registraba la abultada suma de 2.000 millones de dólares. El país vivía una situación de indigencia con una exigua masa campesina ocupada y una población mayoritaria condenada al paro forzoso.

El «BOOM» ECONÓMICO

Fue la guerra de Corea la que permitió un vuelco total de la situación. El Japón dejó de ser el enemigo de los EE.UU., y se le permitió la organización acelerada de su industria que, en dos años, le vendió a los Estados Unidos productos por un valor de 4.000 millones de dólares. Se estableció el circuito importación-exportación, subió substancialmente el poder adquisitivo del japonés y después de las inevitables sacudidas de reajustes, el Japón lograba, a partir de 1955, un saldo favorable en su balance comercial con el exterior. [\(23\)](#)

El zaibatsu, prohibido y execrado, demostró sus cualidades proteicas y pasó a dominar la industria pesada, la banca, la exportación. Perdió el batsu, guardó el zai y pasó a ser zaikai. [\(24\)](#)

Dado que nada había quedado en pie como resultado de la guerra perdida, los industriales aprovecharon los años de bonanza ofrecidos por la guerra de Corea para modernizar toda la industria, los altos hornos, los astilleros, los ferrocarriles, la banca y todo cuanto reclamaba una actualización para poder hacer frente al comercio exterior. El crecimiento anual de la producción del Japón se mantuvo por encima del 8%. El Japón pasó a ser el primer productor de navíos del mundo, el cuarto en acero, el quinto en

automóviles, el segundo en industria cinematográfica, el sexto en energía eléctrica.

Los productos japoneses invaden el mundo y éste reacciona de mil y una maneras diferentes para contrarrestar la marejada nipona. En Inglaterra las trade unions acuerdan apoyar económicamente a los obreros fabriles del Japón en huelga a fin de que éstos logren aumentos substanciales de sus salarios que obliguen a los fabricantes a subir el precio de los textiles y permitan la competencia con los géneros fabricados en los países donde la mano de obra es mejor retribuida. Los Estados Unidos prohíben el acceso, a lo largo de todos los puertos del Pacífico, de los productos textiles japoneses, debido a que éstos cuestan la mitad que los producidos en los Estados Unidos. Los japoneses no se amedrentan y continúan adquiriendo el algodón, que no producen, por doquier, incluido en Louisiana. Esta materia prima es embarcada en San Francisco, atraviesa el Pacífico, es manufacturada en los modernos telares de Kyushu y Honshu, embarcados los tejidos en Osaka y Yokohama y éstos, con escalas en Calcuta, Suez, Marsella y Rotterdam, llegan a Nueva York, donde no hay prohibiciones para el tejido japonés para terminar, inclusive, como prenda de vestir del cosechero de los copos de los algodones americanos. El artículo, en sus diferentes fases de transformación, habrá dado la vuelta al mundo completa y el

americano que la compró lo habrá conseguido más barato que otro de igual calidad fabricado en el país.

El Japón, que comienza exportando productos de calidad inferior a los europeos y americanos, logra, más adelante, imponerse por la calidad. La mano de obra japonesa resulta manifiestamente más rentable que muchas otras.

El Japón se abre paso igualmente, en el terreno político y en el social. El 8 de septiembre de 1951 cuarenta y ocho naciones firman el Tratado de Paz con el Japón. Este mismo día, Japón y Estados Unidos firman un tratado de seguridad que autoriza a los Estados Unidos a mantener tropas en el suelo japonés y obliga a éstos a defender al Japón en caso de ataque.

La guerra fría se ha manifestado y los Estados Unidos han dejado de ver a un enemigo en el Japón y desean aprovecharse de su situación estratégica: sus innumerables islas con una avanzadilla ideal para parar toda ofensiva continental, provenga ésta de Rusia o bien de China.

El Tratado de Seguridad, que será el blanco de todos los ataques de la izquierda revolucionaria japonesa durante todo el tiempo de su vigencia, que es indefinido porque se prorroga todos los años, está redactado en una forma por lo demás ingenua. Empieza así:

El Japón ha firmado, en el día de hoy, un tratado de paz con las potencias aliadas. Cuando entre en vigor, el Japón no tendrá un medio eficaz de ejercitar su derecho esencial de autodefensa, porque ha sido desarmado.

En esta situación el Japón corre peligro, porque el militarismo irresponsable no ha desaparecido aún del mundo. [...]

En ejercicio de estos derechos, el Japón desea, como acuerdo provisional para su defensa, que los Estados Unidos de América mantengan fuerzas armadas propias en el Japón.

El Japón ira manteniendo su hálito a lo largo de todos estos años. Económicamente hablando ha pasado delante de todos los países a excepción de los super grandes Estados Unidos y la URSS. La crisis del petróleo ha frenado esta ascensión ininterrumpida que, después de 30 años, no presenta síntomas de menguar. La ha frenado pero sólo temporalmente. Los países industrializados han sufrido por igual el impacto, y el reajuste se efectúa a nivel internacional, por lo que, una vez superada la crisis, la marcha ascendente continuará. En la actualidad con 104 millones de habitantes, el Japón dispone de mayor cantidad de mano de obra que el Mercado Común, exporta por valor de 38.000 millones de dólares e importa por valor de 31.000 millones, arrojando, su comercio con el exterior, un superávit de 7.000 millones de dólares. Domina el comercio

de toda el área del Sudeste Asiático, desde la India hasta la Nueva Guinea, es el primer exportador de aparatos fotográficos, en motos, en buques tanqueros, el segundo en automóviles, en relojes, en computadoras, en films cinematográficos. Cada complejo industrial nipón es capaz de dispersar su producción en miles de artículos como la empresa Itachi, que habiéndose iniciado como fabricantes de equipos eléctricos, se ha convertido, en la actualidad, en productora de 10.000 productos diferentes que van de los veloces trenes Hikari, que hacen el trayecto Tokio-Osaka a 250 kilómetros por hora, a las máquinas de afeitar eléctricas, pasando por toda clase de turbinas, transistores, plásticos, televisores, etc.

El «milagro japonés» ha superado a todos los milagros económicos registrados en estas últimas décadas.

Los sociólogos y los economistas tratan de explicarlo, el «milagro», sin que haya gran coincidencia en las conclusiones. La mayoría sitúa al trabajador japonés como principal factor del auge económico. El japonés es austero, hábil, pundonoroso. El analfabetismo hace años que ha sido erradicado del país. Hay periódicos, como el Asabi y el Yomiuri Shimbun, que editan 9.000.000 de ejemplares al día cada uno. El régimen laboral reconoce pocas fiestas y el trabajador suele hacer muchas horas extras para balancear un presupuesto terriblemente zarandeado por una inflación

que está en el origen, según ciertos economistas, del boom económico. Por otra parte, el japonés se ha unido a la sociedad de consumo, y para la industria y el comercio nipón 104 millones de consumidores entraña, por sí solo, una garantía innegable para colocar los productos. Una vez el trabajador se ajusta a la sociedad de consumo y comienza a adquirir artefactos para el confort individual y familiar inicia, paralelamente, el obligado proceso de endeudamiento por la compra del apartamento, del televisor, del auto, y ello obstaculiza el deseo de huelga que, en circunstancias diversas, se manifestaría, posiblemente.

Kan Eguchi, un destacado y estudioso anarquista japonés, basándose en las aseveraciones de un economista «susceptible de ser escuchado», da, como razones:

A- En el origen hallamos la ruina completa de la economía, causada por la guerra. La demanda para la reconstrucción ha sido exigente y aquellos japoneses que habían conocido un cierto estándar de vida, antes de la guerra, han deseado aumentar sus ingresos.

B- La coyuntura percutiendo, por un lado, la presencia de la técnica y, por el otro, la de los efectivos necesarios para la producción. El nivel de educación de los trabajadores siendo elevado y la capacidad de los ejecutivos excelente.

C- Una serie de reformas «democráticas» tuvieron lugar al terminar la guerra (dictadas por el ocupante), tales como el establecimiento de los derechos fundamentales de los trabajadores y una reforma agraria que han elevado, ambos, el nivel de vida de los trabajadores y excitado su voluntad de trabajo, provocando, así, un fomento en demanda dentro del país. Después, una serie de medidas contra los monopolios que ha permitido entrar en escena a jóvenes y dinámicos administradores que han reemplazado a los viejos.

D- El carácter de subdesarrollado del Japón ha desempeñado dos papeles. Los salarios bajos en relación a los de los países desarrollados han favorecido la exportación. Dos técnicas extranjeras fueron adoptadas: la técnica ya establecida antes de la guerra en los países avanzados en lo que respecta a los aparatos eléctricos, el automóvil y las nuevas técnicas de la post-guerra: la electrónica, la petroquímica, la energía atómica. Añádase a ello que la innovación de las técnicas permitió un progreso acelerado.

E- El gobierno llevó a cabo un papel importante para el desenvolvimiento económico. Sus funcionarios dirigieron el mundo industrial a fin de reforzar las capacidades de cada uno frente a la competencia internacional.

LA CUESTIÓN LABORAL

El carácter emprendedor de las nuevas generaciones supo canalizar, seguramente, el potencial productivo del trabajador japonés. Es innegable que la población activa del país, calculada en unos 60 millones de productores, representa una fuerza muy difícil de ser batida por las fuerzas productoras de los demás países, consideradas una por una. Mayor rendimiento horario, más horas de trabajo por semana, menos jornadas ferias al año, instalación de la maquinaria más moderna al haber quedado destrizada por la guerra la anterior, sueldos más bajos en el comienzo del «milagro», convencimiento de que se empezaba a cero y hasta más abajo de cero y que la sobrevivencia dependía del esfuerzo y la entrega, todos y cada uno de estos factores deben tenerse en cuenta si se quiere dar con un acercamiento a la explicación del «milagro económico japonés».

Milagro, dicho sea de paso, que no anda ausente de inconvenientes. A un occidental se le haría imposible desenvolverse en una vivienda de un trabajador japonés reducida, en superficie, a la mínima expresión; la inflación, que como es axiomático, castiga al asalariado en la misma proporción que beneficia al industrial y al intermediario, alcanza en el Japón niveles elevados que la crisis del

petróleo todavía ha agravado más; la deshumanización del ser humano, absorbido en las entrañas de los grandes complejos industriales y reducido a la triste expresión de un número; el hacinamiento en las grandes urbes y, en el seno de éstas, en los grandes bloques multifamiliares con la obligada anulación de la privacidad, y, el más deplorable de todos, el de la contaminación ambiental que en el Japón, particularmente en Tokio, alcanza porcentajes declarados como peligrosos.

La deshumanización del hombre está estrechamente ligada con la presencia de los gigantescos complejos industriales. El japonés, hacinado como ningún habitante del globo, suele ser un solitario permanente. El introvertimiento de ese oriental está consagrado por la historia y la literatura y resulta categóricamente cierto. Hay alienación, además, como consecuencia de la elevada dosis de automatismo al que ha conducido inexorablemente el gigante industrial.

A fin de que el milagro no desfallezca y resultando el espacio geográfico japonés insuficiente, los dirigentes de la economía japonesa han proyectado al otro lado de las fronteras, no solamente al producto terminado sino la industria que lo elabora. Hoy en día las grandes firmas japonesas tienen fábricas desperdigadas por todos los meridianos del mundo. El aumento de los salarios en el Japón, por un lado, y la carencia total de materias primas del

país ha permitido esta variante. Después de los Estados Unidos el Japón es el país que cuenta con más compañías multinacionales capaces, por su dispersión en todo el mundo, de burlar las leyes nacionales de todos los países y más poderosas, la mayoría de las veces, que el propio Estado que las autoriza a desenvolverse en cada país respectivo.

Hay fábricas japonesas en el Brasil, India, en Hong Kong, en todos los países del Sudeste Asiático, en Australia, en numerosos países latinoamericanos, en Corea y hasta en el territorio de la mayor superpotencia económica del mundo, los Estados Unidos, existen fábricas niponas.

Esta situación es desfavorable para el trabajador japonés y la explota muy astutamente el patrono al argumentar que logra el producto a costo más reducido en las fábricas del extranjero, por lo que no se siente dependiente de la producción nacional. El Japón tiene un mercado de brazos inagotable en todos los países del Sudeste Asiático y ha salpicado de fábricas las Filipinas, Indonesia, Malasia, Vietnam y toda esta región balcanizada logrando, con el uso de este mercado de mano de obra barata, mantenerse a la cabeza de las exportaciones porque continúa ofreciendo el producto más económico a los mercados mundiales.

Con respecto a las leyes laborales también el ejército de ocupación impuso sus miras. Considerando que la hegemonía del zaibatsu y del gumbatsu estaba en el origen

de la belicosidad nipona, el ocupante quiso imponerle un freno a dicha fuerza expansionista y obligó a la elaboración de una ley sindical que fuera aprobada en diciembre de 1945. Esta ley otorgaba el derecho a los trabajadores de sindicarse libremente, de discutir y firmar contratos colectivos con las patronales y otorgaba el derecho de huelga. La interferencia de la policía frente a las masas laboriosas fue limitada drásticamente permitiendo, todo ello, una eclosión del movimiento obrero promisor y potente.

EL SINDICALISMO HASTA 1945

El Japón, como ya hemos tenido ocasión de ver, no había gozado de libertad sindical jamás y todos los atisbos de creación gremial fueron cercenados siempre por la policía.

Se sitúa, como iniciador del movimiento sindicalista japonés al Doshikwni (Gremio de la Comunidad del Afecto), creado por los impresores en 1890. Ocho años más tarde son los ferroviarios que se organizan en este tipo de hermandad intrascendente. El fermento obrerista lo levantan Kotoku, Sakai, Katayama logrando que se declaren huelgas eficientes y, muchas de ellas, victoriosas. Del entusiasmo popular logrado por la propaganda sindicalista y la acción directa da

prueba el mitin convocado, en el mes de abril de 1901, en el Mukoshima, donde la asistencia es mediante pago de billete Y, sin embargo, 50.000 trabajadores compraron su entrada. La policía, temiendo una fogosidad peligrosa en una multitud tan considerable, prohibió que la asistencia fuera mayor de 5.000 y que los primeros en llegar serían los favorecidos. 30.000 trabajadores pasaron toda la noche en el parque para poderse disputar el acceso al recinto.

Muertos Kotoku y sus once acompañantes. Llevada a cabo despiadadamente la represión contra los revolucionarios, el ambiente se mostró propicio para que Bunji Suzuki creara, en 1912, el Yuaikwai (Sociedad de Amor Fraternal) que no tuvo mayor trascendencia, ya que los objetivos eran pusilánimes, figurando, entre ellos, el de la educación de los trabajadores, las suscripciones de ayuda y la cooperación entre obreros y patronos. Era indudable que con semejante programa el Yuaikwai no iba a tener problemas con las autoridades. De la poca acogida que tuviera Suzuki en su primera aparición en el campo del trabajo da un fiel reflejo el número de afiliados que alcanzara a tener el Yuaikwai: 50.000.

Al terminar la Primera Guerra Mundial el descontento popular alcanzó cimas apreciables, llegando a grados tales de violencia que se incendiaron almacenes, tiendas, viviendas de comerciantes, jefaturas y alcaldías motivado

por el alza alcanzada por los precios del arroz. En el ámbito laboral el descontento se manifestó a través de múltiples huelgas, registrándose, sólo en 1919, más de 500 paros en todo el país. Surgieron, paralelamente, numerosos sindicatos de connotada inmadurez lo que fue aprovechado por Bunji Suzuki para transformar su Yuaikwai en la Nihon Rodo Sodomei (Federación Japonesa del Trabajo) lo cual tuvo lugar en 1921. Suzuki ha sido calificado, por los revolucionarios japoneses, como el Gompers [\(25\)](#) del Japón, ya que su labor de mediatización era el fiel reflejo del trabajo antirrevolucionario y conformista llevado a cabo por Gompers en los Estados Unidos. La Rodo Sodomei gozó siempre de amplia libertad de movimiento y hasta fue de su seno que el gobierno escogió a uno de sus miembros como delegado gubernamental para representar al país en la Organización Internacional de Trabajo (OIT) de Ginebra.

Paralelamente surgieron dos federaciones sindicales más, una centrista, Nihon Ratio Zenkoku Hyogikai (Consejo Nacional de los Sindicatos Japoneses) y la Nihon Sangio Betsu Rodokumai (Congreso Nacional de los Sindicatos Japoneses) que estaba en poder de los comunistas.

A pesar de que las tres centrales sindicales agrupaban a más de 500 sindicatos el número total de afiliados, en 1927, no alcanzaba a 300.000, lo que implicaba un 8% escaso de la mano de obra japonesa.

Si tenemos en cuenta, por otra parte, que las huelgas en el Japón no cesaban jamás, que en 1921 los obreros, no sindicados en las tres grandes centrales, de los astilleros de Kawasaki en Kobe, se declararon en huelga y realizaron una manifestación en la que participaron 30.000 trabajadores; que en 1937 se declararon 2.000 huelgas involucrando a 200.000 obreros; que en 1931, a resultas del incidente en Manchuria [\(26\)](#) las centrales sindicales todavía perdieron una gran parte de sus afiliados al proclamarse las directivas, con Bunji Suzuki al frente, partidarios de la intervención armada en el continente; que el malestar social y laboral acusaba incrementos cada vez mayores, y que, por otra parte, la actividad del anarquismo en aquella época heroica se manifestaba en todas las manifestaciones populares, todo estudioso de la historia social nipona tiene que llegar a la conclusión, una vez descartada la generación espontánea de los conflictos, de que el incansable batallar de los libertarios era un factor a ser tenido en cuenta para la explicación de tantas situaciones conflictivas.

Cuando llegó el apogeo militar, en 1937, y la invasión de China fuera decidida por el gumbatsu y el zoibatsu, las centrales obreras fueron abolidas. La traición de Suzuki se hizo patente cuando aceptó ir a los Estados Unidos, en representación del gobierno nipón, a fin de lograr que los sindicatos norteamericanos no adoptaran una actitud hostil frente al Japón.

A partir de 1937 y hasta 1945 el único organismo «laboral» fue una asociación Industrial Patriótica hecha a imagen y semejanza del corporativismo mussoliniano, Frente de Trabajo Nazi alemán y los sindicatos verticales, del franquismo español.

Al igual que las organizaciones europeas señaladas, la Industrial Patriótica hacía obligatoria la afiliación de todo trabajador así como de todo ejecutivo incluido el patrón o los socios de las empresas. El gerente de cada fábrica, taller o complejo industrial era, al mismo tiempo, el jefe de la sección sindical correspondiente. La Ley de Movilización General, además, prohibía toda reivindicación económica, que pasaba a ser de la sola incumbencia del gobierno.

EL SINDICALISMO ACTUAL

De ahí que la ley laboral de diciembre de 1945, impuesta por McArthur, resultaba, para el trabajador japonés, una panacea inesperada. Como era de suponer, sin embargo, una ley semejante no podía durar mucho, y en 1947 se fundó un Ministerio del Trabajo y en 1948 el gobierno, a instancias del mismo general Douglas McArthur, aprobó una nueva ley limitando drásticamente las prerrogativas progresistas de dos años antes. La nueva ley prohíbe a los

empleados del Estado el declararse en huelga, limita considerablemente la misma para los trabajadores de los servicios públicos y se autonombra el propio gobierno como único capaz de clasificar la condición de cada empresa por lo que toda huelga puede decretarse ilegal si el gobierno, caprichosamente, declara que la firma donde ha estallado el conflicto es una empresa de utilidad pública.

La tendencia patronal japonesa, muy influenciada por la mentalidad del absolutismo del Japón de antaño, la lucha frente a los productos de la competencia extranjera a los que hay que vencer mediante costos más bajos, la inflación desbordada que coloca al país entre las diez primeras víctimas del azote mundial hace, sin embargo, que el descontento y las huelgas se sucedan bien que la economía nacional ha continuado pujante, como ya hemos tenido ocasión de señalar.

En el Japón no existen sindicatos de industria o de oficios, tal como estamos acostumbrados a ver en Europa y en América. Son los sindicatos de empresa los que integran las grandes centrales obreras bien que puede presentarse una coincidencia entre empresa e industria, como es el caso de los ferroviarios, integrantes del sindicato más numeroso del Japón. Esta modalidad hace posible que los obreros de una empresa pequeña se constituyan en sindicato y logren englobar, con duros esfuerzos, dos docenas de afiliados.

En 1945, cuando se legalizaron los sindicatos de nuevo, después del extenso periodo de prohibiciones sindicalistas, se habían constituido 500 sindicatos amparando un total de 380.677 afiliados. Esta fuerza representaba el 3,2% del total de las fuerzas productoras del Japón. Al año siguiente ya se habían constituido 17.266 sindicatos con un total de 4.925.598 miembros significando el 41,5% del total de los trabajadores del país. El tope mayor del sindicalismo japonés se logra en 1949, con 34.688 sindicatos y 6.655.483 miembros, lo que implicaba un 55,8% del total de la masa trabajadora nipona. A partir de ese año el sindicalismo japonés fue retrocediendo en cuanto al porcentaje de sus afiliados frente al total de la población trabajadora, bien que el aumento vegetativo de la población, aumento que se refleja igualmente en el seno de la población trabajadora, ha ido engrosando las nóminas de los sindicatos. Es así que todo y habiendo, en la actualidad, alrededor de 13.000.000 de afiliados en los sindicatos, estos dígitos sólo representan el 30% del total de los trabajadores del país. [\(27\)](#)

Estos guarismos reflejan el incremento de los puestos de trabajo creados en el seno del gobierno ya que los sindicatos más numerosos son los de los funcionarios y trabajadores gubernamentales. Por otra parte, también son un exponente claro de la decepción que cundiera entre las clases trabajadoras, las cuales, y a partir de 1949, comenzaron a abandonar las organizaciones obreras. La politización de las

centrales sindicales fue haciéndose, paralelamente, cada vez mayor pasando a ser los instrumentos de los partidos socialista, comunista y otros.

Las centrales sindicales, por orden de importancia numérica, actualmente son:

Rodo Kurniai So-Ryogi Kai (Consejo General de los Sindicatos Japoneses), conocida como Sohyo. Se creó en 1950 y es la central sindical mayoritaria con cerca de cinco millones de afiliados. En la Sohyo están adheridos el Sindicato de los Trabajadores de los Ferrocarriles Nacionales, la Unión de los Maestros y Profesores Japoneses, la Unión de los Trabajadores Municipales, el Sindicato de Trabajadores de Comunicaciones, los Trabajadores del Ministerio de Agricultura y Bosques, el Sindicato del Transporte Municipal, el Sindicato del Ministerio de Hacienda y Empleados de Aduanas y varios sindicatos gubernamentales más que integran, todos ellos, la subdivisión de la Sohyo conocida como Consejo de Sindicatos de los Trabajadores Públicos.

La otra rama de la Sohyo corresponde a los Sindicatos Industriales, tales como la Federación de los Trabajadores de la Industria del Hierro y el Acero, Federación de los Trabajadores del Carbón, Federación de los Ferroviarios de los Ferrocarriles Privados, Federación de los Trabajadores de la Industria Química y Productos Sintéticos, Federación de los Trabajadores Metalúrgicos, Federación de los

Trabajadores de la Industria del Papel, Federación de los Trabajadores de la Prensa, Unión de los Trabajadores Portuarios, Unión de los Trabajadores Tipógrafos, Federación de los Trabajadores de la Sanidad y muchos más, todo lo cual implica que del sindicato inicial de cada empresa a la central sindical se exigen varios estratos intermediarios, tales como Sindicato de Sindicatos, Unión de Sindicatos, Federación de Sindicatos, etc.

La Sohyo está supeditada a las directrices del Partido Socialista Japonés y, como reflejo de la neutralidad de éste, aquélla no ha adherido todavía a ninguna central sindical mundial. Su pasado fue el de enfrentamiento contra el Tratado de Seguridad Estados Unidos-Japón, contra las bases militares norteamericanas en el país y la ocupación de Okinawa, contra el programa de educación estimado como retrógrado por las mentes progresistas y otros planteamientos de dudoso progreso e integridad, por parte del gobierno, que fueron demagógicamente explotados por los socialistas y dirigentes de la Sohyo y permitiera el liderato de la misma en el campo del sindicalismo nipón. Su popularidad decayó bastante, bien que, numéricamente, se mantiene en el primer puesto laboral.

La Domei, cuyo nombre completo sería Zen Nihon Rodo Sorlomei Kumiai Kaigi (Federación de los Sindicatos Japoneses), se fundó en 1962 y es el resultado de la fusión

de dos centrales sindicales de fundación anterior. (28) Su organización enfrente a la Sohyo y muchos de sus dirigentes forman parte del Partido Socialdemócrata. El número de sus afiliados se aproxima a los 2.500.000 y engloba, en su seno, la mayoría de los trabajadores de los astilleros, de las industrias textiles, de la industria del automóvil y muchos grupos disidentes de la Sohyo. Se proclama anticomunista y antisocialista. Su reformismo es de marchamo más derechista que el de la Sohyo, bien que ambas centrales se caracterizan por sus objetivos pusilánimes y de rechazo abierto a los métodos y tácticas revolucionarias. Mientras que la Sohyo es el instrumento declarado del Partido Socialista, la Domei lo es del Partido Socialdemócrata. (29)

Quedan todavía, una vez sumadas las cantidades millonarias de la Sohyo y la Domei, grandes contingentes sindicalistas que, renuentes al control de las centrales politizadas, permanecen marginados de ellas, manteniendo, sin embargo, a través de un «Consejo de Enlace» de los Sindicatos Neutrales del Japón una trabazón sin compromiso y sin trayectoria definida. Esta miscelánea híbrida alcanza, sin embargo, cerca de un millón y medio de trabajadores.

También cabe señalar, por su importancia numérica, la Federación Internacional de los Metalúrgicos Sección del Japón (IMFJC), opuesta a la Sohyo, como la Domei. Esta Federación controla tantos afiliados como el Consejo de los

Sindicatos Neutrales, es decir, un millón y medio de miembros.

Hubo interés, sin éxito, de resucitar, con el nombre de Shin Sanbetsu, la central sindical que surgió al terminar la guerra con el nombre de Sanbetsu —Shin significando ‘nuevo’ en japonés—. Fue la impetuosidad de aquella primera sindical la que obligó a McArthur a restringir las huelgas, a enmendar el articulado de la Ley del Trabajo y a prohibir paros a todos los funcionarios y trabajadores públicos en 1948. (30) Fa Shin Sanbatsu controlaba, al desintegrarse en 1962, unos 40.000 afiliados.

Al final de todo este recuento todavía tendremos, sin central sindical que los controle, a 3.000.000 de trabajadores sindicados, casi una cuarta parte del movimiento sindicalista japonés. Este marginamiento entraña, lógicamente, una disminución de la fuerza obrera, ya minimizada por la presencia de cuatro grandes centrales sindicales.

Estos sindicatos independientes, la mayoría de ellos agrupando solamente a los trabajadores de una modesta fábrica, están conscientes de la necesidad de la unión de todo el asalariado japonés pero prefieren lo que llaman el «mal menor», es decir, una independencia que los sujeta a una fuerza de acción limitada, antes que verse convertidos en instrumentos de los partidos políticos. Estos sindicatos independientes son innumerables y su cifra exacta escapa,

inclusive, a las estadísticas del Ministerio del Trabajo. Una noción aproximada tendiente a demostrar que las sindicatos en el Japón se cuentan por centenas de miles la logramos cuando somos conocedores de que el promedio de afiliados, por sindicato, no rebasa excesivamente los 200. Esto obedece, como ya hemos señalado antes, al hecho de que en el Japón priva el sistema del sindicalismo de empresa y no el de oficio, el de industria o, para las localidades pequeñas, el sindicato de oficios varios. [\(31\)](#)

Los 3.000.000 aproximados de afiliados que pululan las centenas de miles de sindicatos independientes, a pesar de la fuerza potencial que tal número implica, no pueden ser determinantes en los destinos del país. Los patronos ejercen una influencia real en el seno de estos grupos reducidos y limitados en el ámbito de una sola fábrica o taller. Este 30% de sindicalistas japoneses organizados no aporta en definitiva, ninguna ayuda a la manumisión del explotado.

Esta peculiaridad japonesa tiene mayor importancia, todavía, debido al hecho de que el japonés es un trabajador muy estable en el sentido de que cuando entra a formar parte de una empresa trata de permanecer en ella hasta el resto de sus días, buscando sus mejoras económicas en el seno de la misma y no fuera de ella [\(32\)](#). No se trata, como en otras fases del japonés, de una educación recibida sino, una vez más, del ethos, de la virtud de la adaptabilidad

japonesa. Un país tan superpoblado motiva una competencia inexorable en lo que a la oferta de la mano de obra concierne. La dinámica de la producción crea, es cierto, nuevas fuentes de trabajo en forma constante, pero sin guardar siempre la proporción debida con el aluvión de la nueva mano de obra que ingresa en el mercado debido al crecimiento demográfico. De ahí que todo empleo sea considerado como una conquista y no se hallen muchos trabajadores dispuestos a correr el riesgo de perder el real, mal retribuido, a cambio del hipotético, mejor remunerado.

Las fuerzas ocupantes, junto con la patronal, usaron de todo su poderío e influencia para que la situación diera un giro. Esta es la razón por la cual en 1950 nace la Sohyo formada por los disidentes de la Sanbetsu que, a partir de 1947 comienza a desintegrarse. Los comunistas, que habían tenido cierta influencia en el seno de la Sanbetsu, se pasaron, haciendo prueba de sus conocidas dotes de Proteo, a la Sohyo, logrando, al poco tiempo, ocupar los puestos claves de la primera central sindical en número de afiliados. En un determinado momento la Sohyo contó con un Secretario General, Minoru Takano, que era lo que, en términos de jerga social, se ha dado en llamar un «compañero de camino». Esta maniobra provocó una escisión en la Sohyo, cuatro años después de haber sido fundada. De este corte surgió la Zenro que, a partir de 1962, se agrupó alrededor de la Domei hasta que, finalmente, la

corriente moderada de la Sohyo logró tomar la dirección y consolidarla colocando al frente de la central sindical a Kaoru Ota y Akira Iwai, miembros ambos del Partido Socialista Japonés.

La guerra de Corea, que origina, en principio, el arranque industrial y económico del Japón actual, desencadena, simultáneamente, la decadencia del movimiento obrero, en parte por las trabas gubernamentales ya referidas, en parte a la supeditación del sindicalismo a los objetivos políticos. El ocupante situó, al estallar la conflagración coreana, al Japón dentro de una esfera de «seguridad nacional» y ello por dos caminos diferentes, el de la incrementación de pedidos a la industria nipona y el del compromiso contraído a través del Tratado de Seguridad.

Enmarcados y declarados, de hecho, menores de edad por sus tutores, los partidos políticos, los sindicatos japoneses dejaron de ser una amenaza efectiva contra el régimen surgido en 1945. El gigante laborista era inofensivo y sus pies eran de barro. Sus huelgas las determinaban y las determinan factores externos que los dirigentes sindicales contrarrestan utilizando las enseñanzas del judo. Cuando un conflicto es inevitable los dirigentes asumen la dirección del mismo sin oponerse a la fuerza que lo desencadena pero utilizando este mismo impulso para conducir el conflicto hacia la vía muerta de las comisiones paritarias, las

delegaciones parlamentarias y las concesiones irrisorias de la patronal. [\(33\)](#)

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Esta debilidad del proletariado tenía que obligar a otro sector del pueblo japonés a tomar por su cuenta la explotación de las inquietudes de las masas descontentas: el estudiantado, al cual se han sumado los estratos más jóvenes del movimiento obrero dimisionario.

De este hecho se colige que los sindicatos se han automarginado de las luchas sindicales del Japón ya que el verdadero enfrentamiento se establece entre los partidos políticos, defensores del régimen con todas sus estructuras e infraestructuras, y las minorías jóvenes -estudiantes en su mayor parte y jóvenes obreros- que son la noticia permanente en el teletipo de la información internacional.

Políticamente hablando el Japón ha sabido mantener una admirable estabilidad desde que se inició por el sendero de la «democracia» que le dictara la fuerza ocupante. Los conservadores del Partido Demócrata Liberal asumen el poder desde que la guerra terminó. Con evidente habilidad este partido supo ganar el voto de los campesinos, cuyo

número continúa siendo decisivo, y supo sumar, además, el de la burguesía y cuantiosos sectores de clase media.

Desde el mes de abril de 1946, cuando el Japón celebró, por primera vez en su historia, elecciones en la acepción occidental del vocablo, el Partido Demócrata Liberal es el ductor de la política nacional e internacional del Japón.

Herederio del Seiyukai de antes de la guerra, supo poner en marcha su maquinaria partidista con anterioridad a los demás partidos y explotar, al mismo tiempo, las características conservadoras de un campesinado tradicionalista y una burguesía conservadora. Su mayoría en las cámaras está representada por un porcentaje de electores que oscila alrededor de un 45% de la totalidad del electorado.

Le siguen, en orden de importancia, el Partido Socialista, que logra porcentajes que oscilan alrededor del 30%, bien que en las elecciones de 1969, como consecuencia de su demagogia oscilante, que se pusiera de manifiesto en las convulsionadas jornadas de 1968, sólo reunió un 21,4%, perdiendo 50 representantes en las Cámaras por tal motivo. [\(34\)](#)

El tercer lugar lo ocupa el Komeito (Gobierno Limpio) que es el área política de la secta budista Soka Gakkai [\(35\)](#). El Komeito es un fenómeno político-religioso con ascensión irrefrenable hasta el momento. Su electorado proviene de

los estratos pobres y fanáticos y sus orientaciones son de marcado tinte fascista; en la actualidad está alcanzando porcentajes superiores al 15% de la masa electoral y ello en detrimento, paradójicamente, del Partido Comunista, y el Socialdemócrata.

El Partido Comunista no logra alcanzar un objetivo deseado desde hace mucho tiempo -el 10% de los votos- y ocupa el cuarto lugar en orden de importancia [\(36\)](#). Toca a los socialdemócratas el quinto lugar y a unos grupúsculos independientes el sexto y el último.

El hecho de que el país se vuelva cada vez más industrializado originando así un crecimiento de las ciudades en detrimento del campo hace que, poco a poco, el Partido Demócrata Liberal vea amenazado su liderazgo. La oposición, bien que dividida y discrepante entre sí, está logrando la posibilidad de formar una coalición que le arrebatte a aquél el primer puesto en las cámaras y en el gobierno. Esto, que en otros países no tiene demasiada importancia, en el Japón asume características de revolución porque la jácena maestra de la política japonesa es la exterior y la coalición, cuyos partidos discrepan entre sí, tiene un punto de coincidencia total que la enfrenta al Partido Demócrata Liberal: la del Tratado de Seguridad con los Estados Unidos de 1951 renovado cada diez años, a pesar de la protesta popular, por el partido del gobierno. Es decir,

que de ganar las elecciones la oposición, los Estados Unidos perderían esta inmensa plataforma, firmemente instalada frente a las costas de China y la URSS salvo que, como sucede siempre en la política, los puntos de mira de la oposición sufran un cambio de 180 grados cuando se convierta en ductora de la política del país.

LA FUERZA REPRESIVA

La presencia de los Estados Unidos en la geografía, la política y la economía del Japón ha permitido a la oposición disponer de un blanco fácil para sus ataques, la guerra del Vietnam, la ocupación de Okinawa, las directrices emanadas de la embajada americana en el propio suelo ancestral de los japoneses han sido elementos preciosos que la oposición ha sabido explotar para el logro de mayores porcentajes electorales.

Sin embargo, lo que para los políticos no era, mayormente, más que una estrategia demagógica, para el estudiantado y los jóvenes trabajadores nipones, integrantes de algunos partidos de la oposición algunos, independientes de toda influencia partidista otros, resultó ser una explosiva arma de combate cuyas conmociones han alcanzado al mundo entero.

Todo lector asiduo de la prensa internacional habrá podido verificar que una gran parte de los disturbios ocasionados por la juventud en el Japón estaba estrechamente ligada con los norteamericanos, ora por la visita anunciada de un presidente de los

Estados Unidos -como la de Eisenhower, que no pudo realizarse-, ora por las expropiaciones de tierras campesinas en Okinawa, ora por la construcción de nuevos campos de aviación -como el de Narita, en Tokio-, ora por la presencia de fábricas totalmente volcadas a la construcción de armamento para las tropas americanas, etcétera.

El Japón cuenta con la policía mejor preparada del mundo para hacer frente a las manifestaciones, y ello debido a que tiene que oponerse a las fuerzas de choque estudiantiles mejor organizadas del mundo.

La presencia de una policía moderna y potente ha permitido que se formase, paralelamente, un ejército en flagrante atropello con el Artículo 9 de la Constitución, donde dice que «el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra» y no mantendrá «las fuerzas de tierra, mar y aire, al igual que cualquier otro potencial bélico».

Haciendo uso de la Carta de las Naciones Unidas que reconoce el derecho de la autodefensa, el gobierno japonés ha pisoteado uno de los pocos artículos sublimes de su

Constitución y está edificando un ejército entre los más tecnificados del mundo. A tal efecto, empezó dedicando el 1% de su producto nacional bruto para las «fuerzas de la autodefensa», eufemismo de ejército y, a partir de 1972 este presupuesto fue doblado al 2%, significando, en cifras absolutas, y para los años 1972-1976, 5,7 billones de yens o sea 200.000 millones de dólares, una cantidad igual a la que se dedica en Francia, la más belicosa de las naciones europeas, para su «defensa». Como quiera el esfuerzo será llevado hacia el armamento propiamente y no hacia el aumento de los efectivos que, según los últimos datos es de unos 250.000 hombres, estas sumas astronómicas de dinero pondrán a la disposición de las «fuerzas de autodefensa» los medios de represión más perfeccionados y tecnificados del orbe, contra las fuerzas opositores al régimen.

Tanto es así que en la actualidad ya resulta fuera de lógica el enfrentamiento de las izquierdas revolucionarias con la policía japonesa, y si en el pasado no le fue posible a un presidente de los Estados Unidos alcanzar el Japón, ya no resulta lo mismo en la actualidad, y vemos cómo Gerald Ford logra ser el primer presidente norteamericano que visita el Japón en diciembre de 1974.

EL ESTUDIANTADO

La efervescencia estudiantil y obrera tiene sus orígenes a partir del mismo año 1945, cuando dos meses después de terminada la guerra, en octubre, los estudiantes del liceo de Mita se declararon en huelga para el logro de la democratización del centro, ocupando los locales y exigiendo la destitución del administrador, reputado como fascista. Este acto hizo mancha de aceite y en numerosos liceos y universidades se llevaron a cabo movimientos semejantes, todos ellos de manera espontánea y sin que mediara la influencia de un determinado partido político.

Los estudiantes iban logrando sus objetivos y conociendo la importancia de su acción directa mientras que, paralelamente, a nivel de la política del país, se efectuaba la regresión de 1948, haciendo que los nacionalistas y los comunistas añoraran las primeras disposiciones de McArthur, en 1945, y proclamaran las mismas como deseables. De ahí surgen las primeras discrepancias entre estudiantes y partidos políticos columbrando, la efervescencia, con la proclamación total de la independencia por parte de la juventud.

Los marxistas en general, hábiles en la estrategia del cambio, desgajaron del seno de sus partidos a militantes jóvenes

avezados que se incorporaron a la lucha estudiantil y trataron de ganarla a sus causas. El trotskismo y el maoísmo, por su parte, desligados del bagaje reformista y burocrático del Partido Comunista Japonés, también hicieron irrupción en el conglomerado estudiantil que supo, durante largo tiempo, mantenerse al margen de la hipoteca ideológica.

El 6 de julio de 1948 los estudiantes, mayormente independientes, representados por 400 delegados y en nombre del estudiantado de 138 universidades, se reunían en la universidad de Tokio y creaban la Unión Nacional de los Comités Autónomos del Estudiantado Japonés. Había nacido el Zengakuren.

La trayectoria inicial del Zengakuren estaba contenida en los 6 puntos siguientes:

1. - Abolición del fascismo en la educación,
2. - Estructuras democráticas,
3. - Unión en el seno de toda la juventud,
- 4 — Libertad de los estudios y garantía en las condiciones de vida del estudiante.
5. - Mejora de los salarios de los estudiantes que trabajen, y

6. - Libertad absoluta de ideas en el seno del movimiento estudiantil.

En 1950 tiene lugar el XI Congreso del Zengakuren produciéndose una escisión provocada por el Partido Comunista Japonés. A partir de esa fecha se hace manifiesta la discrepancia entre el Zengakuren y el partido marxista oficial del Japón, bien que las fracciones maoísta y trotskista continuarán aferradas al grueso del Zengakuren logrando influenciarlo en variadas ocasiones.

La táctica de protesta sistemática contra las fuerzas de ocupación, siguiendo las consignas marxistas, y el descuido de los problemas y las cuestiones intrínsecas al estudiantado universitario enfrió el entusiasmo de la base, lo cual quedó reflejado en el V Congreso cuando el ausentismo se manifestó clarísimamente. De 266 universidades sólo 54 estaban representadas. Siguieron, después, los resquebrajamientos del monolito marxista, tales como el XX Congreso del PCUS con la crítica al estalinismo por parte de Krushev, la revolución de Hungría, la remisión de los carnets de numerosos intelectuales de izquierda. Todo ello acarreando fuertes consecuencias en contra de las ambiciones del PC Japonés. Esto fue aprovechado por los trotskistas japoneses, que crearon la Liga de los Comunistas Revolucionarios Kakkyodo a la cual la fracción

internacionalista del PCJ opuso otra organización de nuevo cuño: Liga de los Estudiantes Socialistas o Shagakudo a lo que los trotskistas replicaron con otra versión: Liga de los Comunistas, Kyosando y también conocida como Fundo todo lo cual pone en evidencia la táctica confusionista a la que los marxistas se sienten tan atraídos. [\(37\)](#)

De estas pugnacidades marxistas salió beneficiado el Nikkyoso (Sindicato de profesores) en el XII Congreso que se celebrara en 1959. La acción directa se incrementó y en ese mismo año 20.000 obreros y estudiantes manifestaban delante de la Dieta para oponerse a la renovación del Tratado de Seguridad y el 17 de enero de 1960 se establecen barricadas para impedir la salida hacia Washington del primer ministro Kishi, que viajaba a fin de renovar el referido tratado. Fue necesario movilizar a 7.000 policías para lograr limpiar el aeropuerto, pero el hecho tuvo importante resonancia en todo el país y en el extranjero. El Partido Socialista creó su propio grupo estudiantil, Liga de las Juventudes Socialistas Shaseido, mientras que los trotskistas inventaron un nombre más, el tercero, Marugakudo o Liga de los Estudiantes Marxistas. Mientras, las noticias de las agencias internacionales de información empezaban a dar carta de beligerancia a los actos protestatarios del estudiantado nipón y el Time, de Nueva York, hacía referencia al «Zengakuren anarquista» sembrando mayor confusión en la ya tremenda mazamorra estudiantil. En 1962

tiene lugar una escisión más, la cuarta, en el seno del trotskismo y se crea la Kakkyodo-Kakumaru, aferrada al antiestalinismo y la Kakkyodo-Chukaku que regresa a una política de contemporización con los demás marxistas.

La independencia de criterios se agudiza tanto en el seno de un estudiantado, que entre universidades y Escuelas Técnicas Superiores suman cerca de 3.000.000 de miembros, se hace tan difícil para los amantes del centralismo el control de las actividades protestatarias de los estudiantes, que los marxistas lanzan la consigna de «eliminación de los minoritarios que dividen el movimiento estudiantil» existiendo universidades donde los núcleos de acción marxista no titubean en eliminar, físicamente, a todo disidente de la consigna autoritaria.

La intensidad de la lucha estudiantil seguirá su curso paralelamente a la escalada norteamericana en el Vietnam. El Zengakuren presentaba serias divisiones de los marxistas entre sí -Zengakuren Sampa por un lado y Zengakuren Kakumaru- y otras tendencias no marxistas, incluidos grupos anarquistas, integrarán el gran conglomerado cada vez en mayor contacto con la parte juvenil de los sindicatos.

Fue una masa imponente integrada por todos ellos la que se opuso a que el primer ministro Eisaku Sato viajara al Vietnam. Todos los alrededores del aeropuerto de Tokio, Haneda, se vieron tomados por grupos organizados de

estudiantes que, armados con lanzas de bambú, hicieron frente a la policía que, sorprendida por la amplitud de la acción obrero-estudiantil, reaccionó con mayor brutalidad que nunca en un acto que hace época en la historia de los movimientos insurreccionales del Japón. Más de 600 heridos, 60 detenciones, destrozos incalculables, bien que Sato pudo partir, de todas maneras, rumbo al sur.

Este mismo día, el 8 de octubre de 1967, mientras la lucha se libraba encarnizadamente entre estudiantes y policía, la fracción estudiantil del Partido Comunista Japonés: la Zengakuren- Minsei, participaba en la fiesta anual del Akahata (Bandera Roja), órgano del PCJ, totalmente desligada de las inquietudes de los demás estudiantes y desolidarizada por completo con la acción llevada a cabo por los demás.

Esta clase de actos tuvo una continuidad metódica y la presenciamos de nuevo el 12 de noviembre del mismo año cuando Sato se dirige a los Estados Unidos; el 15 de enero de 1968 en Sasebo, con motivo de la llegada del portaviones norteamericano Enterprise; en Oji, durante el mes de marzo, cuando el hospital de la localidad fue habilitado para los soldados americanos...

Otra gesta obrero-estudiantil-campesina es la que jalona el largo proceso que debería columbrar con la habilitación de otro aeropuerto para la gigantesca ciudad de Tokio al

declararse exiguo el de Haneda. La zona escogida es la de Narita, a unos sesenta kilómetros de Tokio, famosa porque en Kozu, a tres kilómetros escasos de Narita, tuvo lugar el sacrificio de Sakura Sogoro, en 1652, quien en nombre de 389 pueblos sujetos a la tiranía de un daimyo fue a reclamar al shogun por las injusticias cometidas por el señor feudal del lugar. De acuerdo con las rígidas leyes del Japón de antaño, Sakura Sogoro cometió una ofensa criminal, por lo que él, su esposa y cuatro hijos fueron condenados a muerte y ejecutados. Paralelamente el shogun hizo justicia en favor de los campesinos y la memoria de Sakura Sogoro continúa siendo recordada y venerada.

Los campesinos actuales se negaron a evacuar sus campos de cultivo, uno de los graneros de Tokio y, apoyados por los obreros y estudiantes, hicieron frente a las fuerzas del gobierno, sin que éstas los hayan podido desalojar hasta la fecha. Los refuerzos llegados de Tokio se instalaron en las granjas y viviendas de los campesinos, pagando su comida y ayudando en los quehaceres agrícolas apoyando, con su presencia, a la resistencia campesina de los habitantes de Narita.

A partir de 1968 las universidades inician las huelgas a gran escala. Algunas llegan a durar un año. Los motivos eran de diversa índole, tales como la protesta ante el Ministerio de Educación por eliminar las becas de los estudiantes

necesitados, la lucha contra la presencia de las universidades privadas, el mandarinato de algunos profesores, las injerencias de las grandes empresas industriales y bancarias y la presencia de un pensum que no daba satisfacción al estudiantado progresista.

El estudiante se revela a ser formado de acuerdo a las necesidades de una sociedad que odia, a ser un producto reclamado para integrar el complicado engranaje de la sociedad actual de consumo. Se hace suya la denuncia que hacia *The Economist* del 13 de noviembre de 1968 cuando dice que la enseñanza superior, en América del Norte, es una industria para «fabricar ciudadanos de acuerdo con las necesidades de la sociedad», incluidos los miembros del servicio de espionaje de la CIA.

Esto ocurre en los Estados Unidos, en Rusia, en Francia, en Brasil y en todos los países del mundo, incluido, naturalmente, el Japón. Se debe, precisamente, a un estudiante japonés, Norisuke Ando, la obra Teoría de la Revolución Estudiantil, en uno de cuyos párrafos leemos:

Cuando analizamos el principio de existencia de la universidad moderna, partimos del hecho de que ésta, en tanto que instrumento de la sociedad capitalista japonesa, está sometida a un severo reglamento en el marco del proceso productivo de la sociedad, Hay que comprender el carácter y la

estructura de la universidad moderna y su relación con los problemas de la reproducción de la mano de obra, una de las condiciones fundamentales permitiendo la reproducción del capital. [...]

En consecuencia, se puede afirmar que la característica de la enseñanza, en el seno del sistema capitalista, es la de formar un potencial de mano de obra y de reproducirlo sin cesar en tanto que mano de obra adicional.

Históricamente hablando, la enseñanza moderna tiene su origen en la necesidad que tiene el Estado de formar y reproducir, de manera planificada, una mano de obra de calidad actualizada, necesaria para la reproducción capitalista del momento.

En 1969 las universidades son intervenidas por la policía. El gobierno presenta la llamada Ley de Dispositivo Especial para la Gestión de las Universidades que permite al rector suspender los cursos, autoriza al Ministro de Educación a cerrar las universidades y a la intervención de la policía en los campus y locales de las mismas.

Como reacción a la medida los estudiantes crean otro organismo de lucha, el Zenkoku Kyoto Kaiffi Rengo (Unión

Nacional de los Consejos de Lucha) que coloca al Zengakuren en condición de retiro prácticamente.

El hecho tiene mucha importancia porque de los 26.000 participantes al acto -tuvo lugar en el teatro al aire libre del parque de Hibiya, frente al palacio imperial y en pleno centro de Tokio- representando a 179 universidades diferentes, más de dos tercios de los presentes no pertenecían a ningún enrolamiento. Eran inquietos estudiantes que habían acudido espontáneamente a la convocatoria con el deseo de unirse y poder ofrecer resistencia al atropello de la Ley del Dispositivo Especial para la Gestión de las Universidades.

Juventud sin programa definido, sin carnet de partido en el bolsillo, pero consciente de su deber de militante en favor de una universidad libre. En el Japón esta muchachada tiene un nombre: «radicales sin secta», mucho más trascendente que el de «rebeldes sin causa» otorgado en México a la misma juventud inquieta y no enrolada.

La lucha estudiantil entra en una nueva fase. Ya no tiene sentido hablar del Zengakuren y menos en la forma como aparece en la prensa, que suele atribuir el nombre de Zengakuren a los estudiantes extremistas, cuando el término designaba, hasta la asamblea de Hibiya, el conjunto de 557 agrupaciones estudiantiles agrupadas en torno a un consejo central.

El habernos extendido sobre la problemática estudiantil japonesa ha sido para tratar de poner en claro las características de este movimiento, las cuales, después de franquear la mitad de los meridianos del mundo, nos llegan algo deformadas a los revolucionarios de Europa y América.

Queríamos significar que, si bien no se trata de un movimiento anarquista como aparecía en el Time en alguna oportunidad, tampoco significa un movimiento huérfano de elementos y grupos libertarios.

Mientras existía el Zengakuren, y después de manera idéntica, las características de cada conglomerado estudiantil las formaban los grupos leales adheridos al consejo. De ello se infiere que mientras ha habido ciudades donde los grupos estudiantiles anarquistas han podido ser determinantes o, por lo menos, gozar de cierta ascendencia en el trazado de las trayectorias a seguir, en otras ciudades se ha llegado a eliminar al militante libertario que exteriorizaba su ideología. Cuando el Partido Comunista Japonés crea, escindiéndose, el Zengakuren Minsei en 1963, e imparte la consigna «Deben eliminarse los minoritarios que dividen al frente estudiantil», posibilita, como de hecho así sucedió en Tokio, que llevados por un fanatismo ciego, los grupos de acción del Zengakuren Minsei llegaran a matar a un estudiante libertario.

En 1970, a pesar de todas las manifestaciones obrero-estudiantiles, el Tratado de Seguridad se renueva una vez más. El movimiento obrero-estudiantil hace un recuento de sus fuerzas y sus posibilidades, También tiene en cuenta las fuerzas y las posibilidades ajenas, es decir, las de la represión.

La policía no se ha dormido. El Ministerio del Interior ha volcado esfuerzos y dinero para que el Japón tenga una fuerza de represión capaz de hacerle frente al estudiantado más impetuoso del orbe. Kan Eguchi, haciendo un estudio del punto muerto en que se halla el movimiento de masas en el Japón cuando tiene lugar la firma del Tratado de Seguridad, indica que al mismo tiempo que la policía ha recibido refuerzos de adiestramiento, armamento y efectivos, igualmente, las leyes y los decretos represivos se han endurecido:

Las fuerzas de policía que se habían enfrentado a las manifestaciones violentas en la segunda mitad del año 67 y en la primera de 1968 eran débiles, los ataques con los cocktail Molotovs eran eficaces. Además, si uno era detenido las condenas eran ligeras, los arrestos relativamente breves y las fianzas para el logro de la libertad provisional no eran crecidas; la acusación era, por otra parte, rara. Las universidades, donde la policía no podía entrar, eran

verdaderos santuarios que servían de base para la acción,

La situación cambió a mediados de 1968. La policía se había modernizado y, además, reforzado. La magistratura se hizo más reaccionaria, las detenciones eran más prolongadas, las fianzas más onerosas, las acusaciones más frecuentes, las condenas más duras. La policía comenzó a allanar, sistemáticamente, los santuarios universitarios. El número de obreros y estudiantes detenidos hasta 1969 se elevó a 20.000. Los millares de militantes encarcelados, el dinero y los esfuerzos aportados para la defensa obstaculizó el empeño de lucha.

Las centrales sindicales, el Partido Socialista, el Partido Comunista, buscando obcecadamente la solución «pacífica», se opusieron a las luchas autónomas de las masas.

Las sectas políticas de la nueva izquierda -trotskistas, maoístas y socialistas de izquierda- también jugaron su papel paralizante con sus desviaciones y divisiones.

Mientras las luchas en las universidades fueron sostenidas por la base aquellas se vieron animadas por los «radicales sin secta» que se esforzaban en

vitalizar la espontaneidad de las masas. A medida que la autoridad comiteril se esforzaba la base se debilitaba al tiempo que, paralelamente, los conflictos entre las diferentes sectas políticas socavaban la fortaleza de las agrupaciones.

Descuidando la verdadera finalidad de la lucha, las sectas se lanzaron a atacarse entre sí, utilizando, inclusive, cabinas de hierro tendientes a ampliar, en detrimento de los demás, la propia clientela y reforzar la organización propia. Estas luchas intestinas provocaron el repudio de la base estudiantil y obrera y, siguiendo el ejemplo de los «radicales sin secta», abandonaron el frente de lucha.

Si las luchas en masa, en términos generales, han sufrido una regresión, la atmósfera de la contestación continúa. A pesar del retroceso del movimiento estudiantil, la vivacidad de las luchas llevadas a cabo por la ciudadanía, por los campesinos y los pescadores contra la destrucción del medio ambiente natural pasa a ser la característica de la situación presente.

El pueblo, indiferente a las directrices políticas, utiliza a menudo, para sus luchas, la acción directa, como en el caso de la defensa de las víctimas de minamata

(enfermedad causada por la contaminación ambiental) o el de la lucha de los campesinos de Sanrikuza, entablada desde 1965 contra la construcción del nuevo aeropuerto y la expropiación de las tierras de aquéllos.

Más recientemente, todavía, se perfilan movimientos autónomos que buscan a federarse entre sí, local, regional y nacionalmente. [\(38\)](#)

FEDERACIÓN ANARQUISTA JAPONESA

En una de las primeras cartas en que Taiji Yamaga se daba a conocer a los anarquistas de Occidente leemos:

Ocurrida la ocupación por el ejército americano, cuando por primera vez los soldados japoneses se hallaban desarmados, pudimos, los anarquistas, con emoción y entusiasmo indescriptibles, discurrir, organizamos y propagar el anarquismo en forma abierta, como nunca lo habíamos logrado antes. Disponíamos de escasos medios mientras que los bolcheviques recibían ayuda monetaria de los organismos soviéticos. A pesar de todo nos hicimos presentes.

Los sobrevivientes de la época heroica se confundieron en un sincero abrazo. Sanshiro Ishikawa, Kenji Kondo, yerno de Tos- hihiko Sakai, Yamaga, Ogawa, Jo Kubo, Shakimoto, Miura, Soejima y puñados de anarquistas estusiastas se volcaron en una labor proselitista que dio positivos frutos logrando el ingreso, en el seno de la corriente libertaria, de muchos jóvenes deseosos de otras ideologías que las ofrecidas por los marxistas y los parlamentaristas. La abnegación de este primer núcleo de anarquistas, sin medios económicos pero pletóricos de mística revolucionaria, pudo más que el desparrame de la costosa propaganda de los políticos de todas las tendencias.

Es así que el 12 de mayo de 1946 se funda la Federación Anarquista Japonesa en el seno de su Primer Congreso en el que se aprueba una declaración de principios que termina con estos términos:

Confirmamos que el único camino a seguir es el del anarquismo, combatiendo por una sociedad basada en la libertad, la igualdad y la ayuda mutua. Concebimos la necesidad de establecer una federación de pueblos libres, y autónomos basada en la independencia de nuestro pueblo y de todos los pueblos del mundo. Instamos al pueblo japonés y a todos los pueblos del mundo a luchar contra todos los gobiernos, contra el capitalismo y contra la reacción.

El 15 de julio, dos meses más tarde, aparecía el semanario Heimin Shimbun, órgano y nombre consagrados durante la época heroica por estar estrechamente vinculado con las figuras cimeras del anarquismo japonés, Denjiro Kotoku, su fundador en 1903, y Takai Osugi. El primer tiraje fue de 20.000 ejemplares.

Estos primeros esfuerzos dieron sus frutos y la Federación Anarquista logró un incremento promisor. Se crearon grupos anarquistas en la mayor parte de las ciudades japonesas y, periódicamente, se celebraron conferencias y mítines en los que se difundía la prensa, literatura y manifiestos libertarios.

El 1 de mayo de 1948 se celebra el Tercer Congreso de la FAJ, y en el mismo se reúnen más de 200 delegados de todos los rincones del Japón e, inclusive, provenientes de Corea. En ese congreso se ratifican los principios de acción directa y se entablan debates sobre las cuestiones sindicales, la ocupación americana de Okinawa y las amenazas crecientes de un gobierno que presiona frente a las tropas ocupantes de McArthur sobre la necesidad de disponer de mayor fuerza represiva y más autoridad sobre la legislación laboral.

Los temores manifestados en el curso del III Congreso de la FAJ, se justificaron cinco meses más tarde cuando en diciembre del mismo año, con la autorización y el beneplácito del ocupante, el gobierno introdujo serias

enmiendas a la Ley del Trabajo, con las cuales el derecho de huelga quedaba reducido a la mínima expresión.

El año 1948 ve la aparición de un boletín mensual, *Conferencia Anarquista* es su nombre, que a partir de febrero se dedica a debatir los problemas y enfoques internos del movimiento anarquista japonés. La necesidad de engrosar el movimiento de jóvenes revolucionarios es uno de los temas que con más insistencia aparece. La obra proselitista resulta obstaculizada por la ausencia total de literatura, dado que durante la Segunda Guerra Mundial desapareció toda. Se inicia la publicación de folletos y algún libro, consistiendo, en su mayoría, en traducciones de literatura anarquista occidental, bien que merecen mención especial los escritos de Sanshiro Ishikawa que, bien que ya de edad avanzada, se esfuerza en ofrecer sus conocimientos a las nuevas generaciones. De él se editan *El Anarquismo desde el punto de vista estético*, *El Anarquismo*, sus principios y sus posibilidades, *Elisee Reclus*, una biografía, así como obras de carácter histórico cónsonas con su condición de profesor de Historia: *Historia de la Civilización Oriental* y *Estudio de la Mitología japonesa*. Los jóvenes llegados al movimiento, con un acervo cultural sólido y amplios conocimientos de los idiomas europeos, aportan su esfuerzo y vierten al japonés obras de interés. Entre ellos descolla Masamichi Osawa, que ha traducido, entre otros, a Herbert

Reed, Rudolf Rocker, Pedro Kropotkin, María Luisa Berneri y otros.

En 1948 se publican, en Tokio dos portavoces del movimiento anarquista coreano, Corea Ubre y Prensa Libre debido, principalmente, a la presencia permanente de una numerosa colonia coreana en el Japón y al interés existente por parte de los coreanos de la península, en organizar una Conferencia Anarquista del Asia, cuya realización quedó frustrada por la guerra de 1950.

Además del Heimin Shimbun y Conferencia Anarquista, ambos publicados en Tokio, muchos de los grupos anarquistas de las diferentes ciudades del Japón publicaban, a su vez, órganos locales de relativa difusión. En Kioto, en Osaka, en Fukuoka, Hiroshima, Nagoya aparecían, en forma intermitente, los portavoces de los anarquistas locales. Entre los portuarios de Yokohama, los mineros de la isla de Kiushu, los pescadores de Chizuoka, los campesinos de Nagano no faltaba nunca el órgano de expresión y de difusión del ideal libertario.

Con el crecimiento de la Federación Anarquista Japonesa irrumpieron en el seno de la misma discrepancias de interpretación y de tácticas. Una de las polémicas más acervas la motivó la interpretación de la voz organización. En 1951 dos bloques se enfrentaban debido a ello, el primero reclamándola como necesaria para fortalecer la acción

anarquista y el segundo rechazándola porque la estimaba como sinónimo de disciplina, lo cual resulta autoritario. El grupo coreano defendía la primera posición y hasta apuntaba, tímidamente, al programa «plataformista» de los anarquistas rusos, en completo desacuerdo con todos los japoneses, incluidos los partidarios de la organización, que pensaban, más bien, en la estructura anarquista de los españoles, cuyo movimiento admiraban por su fortaleza y valentía.

Esta polémica condujo a una disolución de la Federación Anarquista Japonesa, bien que en julio del mismo año (1951) se organizaba nuevamente como Federación Anarquista a secas, bien que, como nos indicaba Yamaga al comunicarnos el hecho, «para los otros países, y para evitar confusiones, permaneceremos siendo Federación Anarquista Japonesa».

Otro de los resultados de las polémicas del año crucial de 1951 fue la desaparición de *Heimin Shimbun*, lo cual tuvo lugar en mayo del año citado. Heimin es una voz japonesa que significa ‘gente común’ y era una de las castas en que estaban divididos los japoneses antes de la revolución Meiji, debajo de la cual ya no quedaba más que el fuera casta o eta. Para una parte de los anarquistas, los más viejos, el nombre de *Heimin Shimbun* era una «herencia espiritual», como señalaba Yamaga, mientras que para los jóvenes significaba un anacronismo. Se impuso el criterio juvenil y el

Heimin Shimbun dejó de aparecer, esta vez para siempre, siendo su último número el 153. En su lugar apareció el *Jiyukyosan Shimbun* (Ciudadano Libre).

No podía faltar, entre los temas de discusión, el impacto comunista. Los jóvenes libertarios, en efecto, más confiados que los menos jóvenes y sin la experiencia de éstos en cuanto a las consecuencias, siempre graves, de toda unión o pacto con los marxistas, presionaban fuertemente para una fusión anarco-marxista, a la que se oponía, con más fuerza todavía, la mayor parte del conglomerado libertario.

La nueva Federación Anarquista presentaba las siguientes características, según Masamichi Osawa:

La Federación que iniciábamos no era un órgano de contacto anarquista como antes. Se caracterizaba como un grupo anarquista específico que se proponía actuar en base al principio y al contrato. Nosotros organizamos la nueva Federación partiendo de los siguientes expuestos: la antigua Federación se limitaba solamente a la reunión social en nombre del anarquismo y no podía tener la fuerza de aquellos movimientos que se proponen la emancipación del género humano; es decir, el progreso de nuestro movimiento no podía ser esperado sin las actividades precisas a través de una organización basada en el principio y el contrato.

A pesar de tales expuestos, el principio y el contrato adoptados por la Federación no fueron debidamente discutidos por todos los miembros. No todos ellos se han dado cuenta de la real situación y de las reglas del federalismo libre. Con más razón, todavía, dado que principio y contrato debía ratificarse por los propios miembros. El espíritu que animara en un comienzo a la Federación Anarquista fue gradualmente ignorándose y, en consecuencia, también se ignoró el principio y el significado del pacto. Cada uno de los miembros de la FAJ, estimó que debía ser activo en los términos en que lo era en la antigua Federación y debido a ello la confusión ha permanecido presente. [\(39\)](#)

El énfasis dado por Osawa al respecto del contrato o pacto pone en evidencia que en el seno de la Federación, y en nombre del anarquismo, había quien pretendía obrar individualmente y ello en pleno derecho, ya que los acuerdos no se tomaban por mayoría y sólo los que los aprobaban se comprometían a ejecutarlos. Es evidente, no obstante, que el ingresar en una federación implica, necesariamente, aceptar un mínimo de compromisos que, a juzgar por las aseveraciones de Osawa, tampoco eran, tenidos en cuenta por algunos.

Los que se negaron a incorporarse a la nueva Federación de 1951 continuaron, de todas maneras, sus actividades,

distinguiéndose, entre ellos, un grupo que era conocido como el Anarkisto Kurabu (Club Anarquista).

Jiyuleywan Shimbun tuvo vida breve y pasó a llamarse, el órgano de la nueva federación, Kuro Hata (Bandera Negra).

El hecho de que la posición de la Federación Anarquista la defiende Osawa en las columnas de otro órgano podría ser síntoma de división, pero fue debido, al parecer, al deseo de hacer conocer a los anarquistas del extranjero, a través de un portavoz redactado en inglés, las inquietudes y los problemas presentes en el seno del anarquismo japonés.

En el XI Congreso los libertarios japoneses lanzaron la propuesta de volver a reorganizar la FAJ, lo que, para los ojos del buen observador, entrañaba una dudosa estabilidad, dado que la nueva estructura era relativamente fresca. Las medidas reformistas del Sexto Congreso, en 1951, no habiendo dado absoluta satisfacción, implicarían ser improvisadas a la idiosincrasia libertaria de los japoneses.

Debemos empezar por lo que es reciente -insiste Osawa- Con paso firme. Reformando lo que haya que reformar, heredando lo que haya que heredar. Si nos paramos a examinar el problema de la organización debemos fijarnos en los siguientes puntos. Primero, pensar si en las condiciones actuales hay un progreso efectivo en la FAJ y conocer los hechos con toda imparcialidad. Un idealismo

que ignora dichas condiciones es parcial y dogmático y no nos proporcionará ningún beneficio. Segundo: ¿Cómo podemos llevar a cabo una federación libre en los actuales tiempos? El federalismo libre ha sido explotado por nosotros durante mucho tiempo como nuestro eslogan pero resulta difícil afirmar que hay un modelo perfecto de federalismo libre en alguna organización anarquista en el mundo. Sin embargo, resulta una cuestión muy importante el poder demostrar lo que es una organización anarquista. Nuestra organización debe ser más libre que ninguna otra organización, pero tenemos que asumir, sin embargo, una actitud muy severa contra los que amenazan la libertad. En las circunstancias actuales en que proliferan las nuevas izquierdas y el poder policíaco se fortalece debemos defender nuestra organización de los derrotistas, de los provocadores, de los espías. [\(40\)](#)

Los militantes libertarios temen las infiltraciones de los cuerpos extraños que desvíen el movimiento anarquista de los derroteros que le son propios. Se pensó, en 1951, que la vieja federación era obsoleta y que bastaba cambiarla para que el anarquismo se posesionara de la situación del país. Diez años más tarde, cuando se vuelve la vista atrás, se dan cuenta, los innovadores, que el problema no estribaba en un cambio cuya trascendencia escapa a nuestro discernimiento, ya que el libre pacto y su principio podía establecerse, sin necesidad de cambio, en la federación ya constituida. Detrás

de aquellas reformas lo que privaba era el abismo generacional, como ocurrirá más tarde, en 1968, cuando se decide no cambiar de nuevo la Federación sino, simplemente, disolverla.

El mayor problema que enfrentan los anarquistas en la sociedad de consumos actual es la ausencia de un mensaje de inmediata aplicación que pueda contrarrestar las soluciones, falsas e inexistentes por lo demás, de los partidos políticos de todas las tendencias. Los pueblos desean una solución antiautoritaria, ya que la corrupción política y administrativa alcanza todos los niveles, pero el mensaje anarquista no es lo suficiente contundente como para lograr la captación de las masas. El pueblo japonés, sumergido con una furia frenética en la fiebre de la producción y en el anhelo de un puesto en la sociedad de consumo, reacciona como el pueblo norteamericano, el francés, el alemán o el inglés, por lo que los ideales anarquistas tienen grandes inconvenientes en sus empeños divulgativos. Para hacer frente a estos obstáculos, las dos generaciones, la de ayer y de hoy, lograrían mejores resultados continuando juntas.

Cuatro meses después de haber aparecido el trabajo de Osawa, en *The Echo* correspondiente al 15 de septiembre de 1962, un artículo sin firma que atribuimos a Tadataka Hirayama, director de la publicación, [\(41\)](#) trataba de nuevo

el tema del estancamiento de las actividades anarquistas, se analizaban los motivos y se esforzaba, el editorialista, por subsanarlas:

El estancamiento del movimiento durante diez años ha provocado, en sus miembros, impaciencia y agotamiento. Sus causas podrían hallarse en su organización defectuosa, una teoría central del anarquismo expuesta con vaguedad, pereza individual y otros, todo ello en negativa mezcolanza.

Sigue más adelante señalando que lo impreciso del anarquismo no radica en éste sino en la pereza y la debilidad de los anarquistas, por lo que resulta inútil repetir el llamado para reintegrarse a aquellos que han perdido su pasión y su mística por el anarquismo. Toca a nosotros, que creemos en el anarquismo como solución efectiva, el emprender la marcha con un ánimo renovado. [...]

A los que indican que el anarquismo es un pensamiento rebasado que ya ha terminado su misión histórica. El anarquismo debe reexaminarse en tanto que una variante del socialismo libre, yo les pregunto: ¿Cuándo ha declinado el anarquismo su misión histórica? ¿Y cuál es la misión histórica del anarquismo? Admitamos que el pensamiento actual anarquista no está adaptado a los tiempos presentes, pero esto no significa la negación del anarquismo en sí. Nuestra tarea consiste en combatir las actitudes de negación y destrucción sistemáticas y esforzamos en lograr una

imagen constructiva del ideal libertario, estudiar la manera de adaptar los principios anarquistas a las condiciones actuales. Puede que se llegue a conclusiones tales como las de cambiar el nombre del anarquismo inclusive. Debido a que el anarquismo es, por naturaleza, un socialismo con libertad, la verdad será inmutable. Abrazándonos a la verdad universal, a las reglas de la naturaleza y al verdadero carácter de la criatura humana, nosotros desembocaremos inevitablemente en el anarquismo en tanto que principio universal, en tanto que ciencia social, en tanto que teoría revolucionaria.

La FAJ no dispone, como movimiento complementario, de una organización sindical. Habiendo trabajado intensamente en la organización de los sindicatos nos hallamos, paradójicamente, sin, un sindicato propio. Debido a ello, -continúa Tadataka Hirayama- debemos esforzarnos en dar con otros caminos de divulgación y práctica revolucionaria. Debemos alcanzar la integridad moral del ser humano que se halla sumergida debajo de todos los prejuicios y falsas costumbres de una sociedad construida sobre los cimientos del egoísmo, el practicismo y el materialismo económico. Es decir -termina diciendo-, tenemos que reemprender la marcha con un sincero sentimiento de renovación y esto desde el mismo principio.

Este mismo número de *The Echo* ofrece la reseña del XII Congreso de la Federación Anarquista Japonesa que tuvo lugar los días 4 y 5 de agosto de 1962 en Tokio.

Las sesiones del Congreso sirvieron para realizar un examen retrospectivo y ver la manera de corregir las fases negativas surgidas durante la última década, dar nuevos impulsos a la FAJ, actualizar el pensamiento anarquista en el sentido de integrarlo a la mentalidad de las masas actuales. Se acordó, igualmente, cambiar el nombre del órgano de la Kuro Hata (Bandera Negra) por el de Jiyu Rengo (Federación Libre). Por escasez de fondos se acordó, paralelamente, suspender la edición de *Anarquismo*, el sucesor de *Conferencia Anarquista* dedicado, lo mismo que ésta, a tratar los problemas internos y los debates de planteamientos ideológicos en el seno de la militancia de la FAJ.

Esta visión pesimista que los anarquistas organizados del Japón ofrecen en su XII Congreso no es más que un reflejo de la situación social que el país atraviesa. Por un lado y a partir de 1950, cuando estalla la guerra en Corea, la economía del país se ha fortalecido posibilitando la entronización del Japón en el tercer lugar, en la escala mundial, como gigante económico. Este progreso económico no beneficia por igual a todos los estratos sociales del país, y mientras las grandes firmas se enriquecen, rápida y cuantiosamente, las clases trabajadoras ven sus mejoras

salariales diluidas en una de las inflaciones más elevadas de la escala mundial.

Esta bonanza económica ha permitido un contubernio más estrecho y monstruoso entre la Kendauren (Cámara del Patronato Japonés) y las grandes centrales obreras que, imbuidas de un sentimiento patriotero trasnochado, volcaron sus esfuerzos en frenar las justas aspiraciones populares, alegando, como previa necesidad, la del resurgimiento del país de las ruinas de la guerra.

El Tratado de Seguridad se convirtió en la cabeza de turco, receptáculo de todos los descontentos. Fue la cortina de humo explotada por la Kendauren, en concomitancia con las centrales sindicales, que permitió el desahogo del descontento popular enfilado contra los norteamericanos y descuidando, lastimosamente, los verdaderos objetivos de los trabajadores.

Esta situación fue, por último, desenmascarada. El prestigio sindical se desmoronó totalmente y si el número de los afiliados se mantuvo, aparentemente, al mismo nivel, ello lo motivó el hecho de que en muchos lugares la afiliación sindical se efectúa automáticamente, al ingresar el trabajador en la firma que lo contrata.

La desintegración sindical, en cuanto a orientaciones, también se puso de manifiesto y durante varios años las

directivas obreras registraron el transvase de sus integrantes de una organización a otra con renuncia palmaria de las etiquetas políticas de todos ellos.

El espíritu revolucionario de las masas obreras y estudiantiles, que debería eclosionar a la luz del día en 1967, empezó a gestarse varios años antes cuando la decepción frente a las colosales centrales obreras terminó por evidenciarse y las capas más inquietas y rebeldes decidieron buscar otros derroteros que los señalados por los banzos perpetuizados en los cargos de la Sohyo, la Domei y las otras centrales. Es lo que refleja el militante anarquista Ei Yamaguohi en una parte de su trabajo Crecimiento de nuevos efectivos revolucionarios en el Japón, cuando señala que:

La ilusión, durante tanto tiempo mantenida en el pueblo, que los partidos políticos de izquierda eran la organización vanguardista del movimiento revolucionario japonés, se desvaneció. Otra falacia, aquella según la cual el núcleo de dicho movimiento residía en la ciclópea organización sindical, falacia fabricada precipitadamente al terminar la guerra, también se había derrumbado. Los promotores verdaderos de la genuina causa revolucionaria, surgidos del seno del pueblo japonés, habían logrado independizarse de los tentáculos de la burocracia de las grandes sindicales, así como del encuadramiento de los partidos políticos

reorganizándose en torno a los nexos intrínsecamente revolucionarios. En este aspecto están germinando, en el Japón, nuevos núcleos revolucionarios que han descartado toda doctrina y toda autoridad establecida dentro de las estructuras de los partidos políticos de la izquierda. Estos nuevos núcleos, rotos los compromisos de sujeción que los ataban incondicionalmente al sindicato y al partido parlamentarista, se han adentrado en los medios revolucionarios y en múltiples esferas de la sociedad inculcando con su presencia el impulso revolucionario que hasta entonces había estado ausente. Estos círculos se están incrementando y sus actividades son cada vez más numerosas. De todo ello puede deducirse que estamos en presencia del crecimiento de nuevos efectivos revolucionarios capaces de aportar una energía potencial en beneficio de la revolución. [\(42\)](#)

Estos núcleos nuevos, emancipados de la tutela del bonzo sindical y del líder político, son los que, como hemos tenido ocasión de ver, permitirían la insurrección estudiantil y obrera a partir de 1967. A ellos se sumarían, igualmente, los jóvenes libertarios deseosos de escapar del estancamiento denunciado en tantas ocasiones por los mismos anarquistas.

La Federación Anarquista Japonesa iba a sufrir, en consecuencia, por la ausencia de los jóvenes inquietos que, apartándose de sus filas, engrosaban los núcleos

estudiantiles y obreristas en la segunda mitad de la década 1960-1970. El haber acordado, como materia de discusión para el XIII Congreso de 1963, entre otros temas, el del color de la bandera de la FAJ refleja una visión de los eventos más bien desafortunada.

Los hechos revolucionarios que van tomando incremento reflejarán, por otro lado, el renacer esperado por todos. Valga, como botón de muestra, lo que transcribimos a continuación, aparecido en el órgano esperantista de la Internacional de Resistentes a la Guerra (con WRI, por sus siglas en inglés) que, con sede en la localidad de Himeji, aparece intermitentemente. Los anarquistas japoneses son los militantes más dinámicos de la sección nipona de la WRI y el militante libertario Kou Mukai es el miembro más destacado de la WRI en aquella región. En *Informilo* del 6 de diciembre de 1966 escribe Kou Mukai:

Queremos referirnos a nuestra labor y a las novedades habidas en estos últimos tiempos. Con respecto a los hechos en los cuales nuestros miembros han intervenido deseamos informar que:

Primero—El 10 de octubre, varias decenas de jóvenes atacaron la fábrica Nittoku Co., en Tokio, donde se fabrican ametralladoras que son usadas en la Guerra de Vietnam. El asalto se llevaba a cabo al tiempo que se instaba a los

trabajadores a cesar sus tareas al grito de «¡Cesad la fabricación de armas!»..

Los jóvenes que llevaron a cabo la acción destruyeron el sistema de televisión de circuito cerrado y las instalaciones telefónicas obligando al cese del trabajo. Cuatro militantes fueron detenidos.

Segundo—El 15 de noviembre, seis jóvenes de nuestra organización se introdujeron en la fábrica Houa Kogyo Co., en Nagoya, difundieron manifiestos pacifistas y exigieron la presencia del gerente de la empresa empleando la táctica del *seat in* en las zonas vitales de la fábrica. Los seis fueron detenidos.

Tercero.—El 18 de noviembre, alrededor de 50 estudiantes penetraron en el interior de las oficinas de la Mitsubishi, en Tokio, la cual es la empresa más grande del Japón en la fabricación de armamentos, manifestando durante cincuenta minutos y obstaculizando las labores de la empresa al tiempo que gritaban: «Mitsubishi, mercader de la muerte.» Varios manifestantes fueron detenidos.

Kou Mukai termina haciendo un llamado en favor de los detenidos, miembros de la Sección Japonesa de la WRI y afirmando la voluntad del movimiento pacifista japonés en continuar su lucha en favor de la paz mundial y contra los fabricantes de armas.

Cada mes, cada día, en todas las ciudades del Japón se registraban eventos parecidos a los reseñados por *Informilo*. A partir de 1967 es el grueso del estudiantado el que decide manifestar, y ello acudiendo siempre a la estrategia de la originalidad y la sorpresa. El estudiante japonés se anticipa al parisino de 1968 proclamando, con un año de antelación «La imaginación al poder».

Los hechos más connotados de esa época ya hemos tenido ocasión de esbozarlos en el curso de este trabajo. Debemos tan sólo incurrir en redundancia para señalar que en el mundo se ha desconocido el papel importante representado por la juventud obrera y estudiantil libertaria en todos estos años de ofrenda juvenil generosa. La prensa occidental ha dedicado numerosas columnas a las hazañas del Zengakuren dejándose engañar por los aluviones de noticias marxistas que pretendieron siempre atribuirse el monopolio de los hechos y las gestas. Los anarquistas, sin medios económicos para gritar al mundo la verdad de los hechos y poner las cosas en su verdadero lugar tuvieron que presenciar, una vez más, cómo el marxismo, el de la Segunda, Tercera, Cuarta, Quinta, y enésima internacional, se apropiaba de los galardones ajenos y hacía creer al mundo que la insurrección juvenil era obra suya exclusivamente.

Los anarquistas japoneses, honestos y sinceros, reconocen que las efervescentes jornadas de los años 1967-1969 fueron

obra de todas las fuerzas juveniles, pero reivindican su parte en ellas al tiempo que atribuyen a los «radicales sin secta» una mayoría aplastante de efectivos que convierten a los marxistas en minorías.

Para los libertarios, la presencia de una mayoría estudiantil, no enrolada en ningún partido, partidaria de la acción directa, de la democracia militante, es decir, revolucionaria, abrazada a los principios federalistas, arrojada y temeraria contra el despotismo del Estado japonés, tenía que significar una perspectiva promisor, una posibilidad del resurgimiento anarquista, por lo que se hace comprensible lo que, al conocerse en Europa y América, parecía una decisión suicida: la disolución de la Federación Anarquista Japonesa.

EL MOVIMIENTO ANARQUISTA DISUELVE LA FAJ

Esta disolución tiene lugar por acuerdo del XVIII Congreso de la Federación Anarquista Japonesa celebrado en Tokio en 1968.

El último secretario de la FAJ Selichi A. Miura, consciente del asombro que tal noticia causará en Occidente, en el seno de los medios libertarios, precisa con claridad en la circular que

nos dirige que: «La disolución de la FAJ no ha sido consecuencia de escisiones ni discordias sino que se trata de una decisión unánime de nuestro Congreso de 1968».

Añade, después de reseñar los orígenes de la FAJ, que el anarquismo está en franca expansión al lado de la creciente intensificación de la revuelta estudiantil. Las publicaciones de obras tratando sobre el pensamiento anarquista se multiplican y en numerosas localidades se forman grupos que se dedican al estudio del anarquismo.

Durante años la mayoría de los estudiantes japoneses han sido influenciados por el marxismo. Aquellos que se declaran libertarios se muestran, por otro lado, renuentes a aproximarse, nos encuentran extraños, como si encontrarán ciertos obstáculos a adherirse a nuestra federación. Puede que esto sea una condición únicamente japonesa.

Frente a tales circunstancias hemos decidido disolver nuestra organización y unimos a los jóvenes de las nuevas generaciones a la espera del momento en que se sentirá la necesidad de dar vida a una nueva federación anarquista. [...]

Hemos consentido a la referida disolución con la condición de que todos y cada uno de nosotros trabaje para que la Federación vuelva a resurgir de nuevo. [\(43\)](#)

A pesar de todo lo expuesto el secretario Miura se da cuenta de que pueden surgir interpretaciones negativas cuando se tamicen en Occidente los párrafos de su comunicado debido a lo cual se apresura a añadir:

Hemos referido la noticia de la disolución a los compañeros Taiji Yamaga y Kenji Kendo, afectados ambos de duras enfermedades. Yamaga ha dicho: «Seguid hacia adelante con mayores esfuerzos», y lo mismo ha dicho el compañero Kondo.

La anarquista Fusako Hirayama, integrante del grupo editor The Echo, de Kobe, se expresó en parecidos términos en el curso de una entrevista que le hiciera Gregorio Quintana en el verano de 1973, con motivo de un viaje por Europa efectuado por la militante anarquista japonesa. Dicha entrevista, publicada en el Nº 10 de *L'Internazionale* correspondiente al mes de octubre de 1973, señala que «una crisis de crecimiento y de orientación provocó la resolución que todos consideramos oportuna y saludable. Después de la disolución de la FAJ se puede comprobar, hoy, que el movimiento anarquista japonés vive en el seno de numerosos grupos e individuos desperdigados por todo el país, los cuales participan en reuniones y eventos solidarios en favor de conglomerados autónomos». (44)

En el curso del mes de julio de 1974 tuve oportunidad de entrevistar a numerosos anarquistas en Kobe, Kioto, Osaka,

Tokio y alguna localidad de Honshu y las respuestas que se referían a la disolución de la FAJ y a los verdaderos motivos que llevaron a los anarquistas japoneses a tomar tal medida se aproximaron bastante a lo manifestado por Selichi A. Miura y por Fusako Rirayama: El movimiento anarquista no disponía de un brazo ejecutante en el seno de las masas trabajadoras. A lo máximo se lograba, en algún sindicato de empresa, ejercer cierta influencia, pero era un hecho que los mastodontes de la Sohyo, la Domei y las otras centrales obreras abrumaban, con su peso y su potencial económico y político, toda manifestación discrepante. Por otro lado, «la creciente intensificación de la revuelta estudiantil», para emplear, textualmente, lo manifestado por Miura, desbordando todas las limitaciones impuestas por todas las sectas políticas incluyendo a la FAJ, convertía en un organismo anacrónico la Federación Libertaria tal como estaba estructurada. Los «radicales sin secta», renuentes a toda índole de etiqueta política e incluyendo al organismo anarquista en esta tabla rasa, no aceptaban más aproximación que la del individuo o el grupo autónomo. Tratar de captarlos esgrimiendo el estandarte de la FAJ resultaba contra-productente, y dado, por otra parte, que los actos de este gran conglomerado virgen eran plenamente libertarios -la acción directa, el pacto para un hecho preciso y determinado y disolución del mismo terminado el hecho, federalismo de base, repudio de líderes, de la policía, del

Estado, de la autoridad universitaria administrativa, de los programas de enseñanza retrógrados, solidaridad con los estudiantes, con los trabajadores, con el pueblo, militancia constante para la salvaguardia de las victorias logradas, cargos permutables-, la medida de disolución a fin de penetrar, individualmente, en estos grupos de raigrambre anarquista instintiva, no parece tan descabellada como nos pareciera a la mayoría de los anarquistas en Europa y en América cuando la noticia nos alcanzó a últimos de 1968, primeros de 1969.

Asomó, sin embargo, otro argumento de peso girando en torno a la tan cuestionada disolución. En el Japón existe, como en el resto de los países del mundo, la célebre brecha generacional. Por su experiencia y por haber sobrevivido la época heroica, los viejos militantes, anarquistas solían hacerse cargo del secretariado de la Federación Anarquista y, lo que resultaba peor, planteaban el enfoque de la lucha libertaria en forma que la Seinen Anarkisto Remei (Juventudes Anarquistas), grupo integrado dentro de la FAJ, llegaba a considerar como obsoleta. Las discrepancias entre viejos y jóvenes estarían, pues, en el origen de la disolución también, pesando con igual o mayor fuerza que la apreciable estrategia de introducirse, en forma individual, en el seno del conglomerado estudiantil y de la juventud obrera.

Cabe señalar, de todos modos, que en las reuniones a las que asistiera se registraba la presencia de militantes jóvenes y viejos, indistintamente, lo que implicaría reconocer que, una vez disuelta la FAJ y dejados pasar los primeros años de afederacionismo, todos los militantes anarquistas, en general han tendido a reunirse de nuevo en un plano de igualdad y de comprensión, existiendo en los momentos en que se escriben estas cuartillas reuniones preliminares tendientes a reorganizar de nuevo la Federación Libertaria con lo que se realizaría lo señalado por Selichi A. Miura en su ya mencionado comunicado cuando escribe que se aceptó la disolución «con la condición de que todos y cada uno de nosotros trabaje para que la Federación vuelva a resurgir de nuevo.»

La Federación ponía fin, pues, a sus actividades, después de 23 años de existencia. Desde aquel Congreso constitutivo del mes de mayo de 1946 el movimiento anarquista japonés se había caracterizado por el gran impulso dado a la propaganda escrita. Se reeditaron las obras completas de Kotoku y Osugi, se publicaron las de Sanshiro Ishikawa que ya hemos tenido ocasión de mencionar. Un elenco de escritores libertarios, jóvenes y viejos, se esforzó en aportar a la palestra social ensayos, historia, controversias, literatura anarquista múltiple que, a pesar de los escasos medios económicos disponibles, se lograba difundir entre la juventud inquieta de la fábrica y la universidad. Se dieron a

conocer, por su pluma y su talento, escritores como Masamichi Osawa, Kazuo Otaki, Takeshi Hasegawa, Yuzuro Kubo, Kou Mukai, Yutaka Hardwa, Hiroshi Ozeki, Kiyoshi Akiyama, Michio Matsuda, Takashi Saito, Kuninosuke Matsuo, Yoshiharo Hashimoto, Tei Uomura, Kenji Kondo, Taiji Yamaga, Teiko Kurihara o Atsusha Shirai. Junto con los temas genuinamente japoneses se traducían los textos de Max Stirner, Kropotkin, Bakunin, Proudhon, William Godwin, Berdaief, Berkman, Emma Goldman, Martín Buber, Carpenter, Camus, Orwell, Leval, Malatesta, Guérin, Elz-bacher, Paul Goodman, María Luisa Berneri y Camilo Berneri, Reclus, Vernon Richards, Nettlau, Charles Martín, Maximof, etc.

Cada localidad, en un momento dado de esta etapa organizada que va de 1945 a 1968, tenía su órgano de expresión y el Heimin Shimbun aparecía en Tokio, en Osaka, en Nagoya, en Fukuoka. El elenco de la prensa anarquista japonesa asombra por la prolijidad de sus portavoces y nombres: *Anarquismo, Libertad, Juventud Anarquista, Emancipación, Sociedad Libre, Igualdad, Movimiento Obrero, Ciudadano Libre, Resistencia, Bandera Negra, Federación Libre, Pensamiento Libre, IOM (esperantista), Frente Negro, Aurora, Trabajo y Libertad, Pensamiento anarquista, Movimiento Anarquista, El Individuo, The Echo*, etc.

Algunos de estos títulos continúan apareciendo y otros se han sumado, después de 1968, a la tarea de la divulgación escrita del anarquismo y la *Jiyu Rengo* (Lederación Libre), que fuera el órgano oficial de la FAJ continúa publicándose, como mensual, con un tiraje de 2.500 ejemplares. Títulos inconfundibles como *Koku Shcku* (Bandera Negra), *Koro no Techo* (Cuaderno Libre), *Ko Ko* (Luz negra), *Giyu Gin* (El Libertario), *Anarkism, Radical* (en inglés), *The Echo* (en inglés), *Ran* (Revuelta), *Libera Ledero* (en esperanto), *LOM* (en esperanto), *Libero* (en esperanto) o *Saluton* (en esperanto).

Existen grupos totalmente volcados a la edición de obras anarquistas, como el Kokushoku Sensensha (Frente Negro) que es, posiblemente, el más dinámico y relevante, bien que merecen mencionarse el Thanatos, el Mugi, The Echo, Giyu Gin y Kuro no Techo y otros que, en forma intermitente, aportan ediciones de folletos y libros.

Por último, y al igual que en Europa y América, las casas editoras burguesas, habiendo descubierto que el anarquismo es rentable bajo el punto de vista de la edición, también se logran en el mercado del libro japonés bellos libros impresos por grandes firmas editoras con títulos tan sugestivos como El apoyo mutuo, de Kropotkin, La capacidad política de las clases trabajadoras, de Proudhon, Breve historia del anarquismo, de Nettlau, El único y su propiedad,

de Max Stirner, Anarquismo, de George Woodcock, Anarquía y orden, de Herbert Read, Bakunin, de E. B. Carr, La revolución desconocida, de Voline, Los anarquistas rusos, de Paul Avrich, La Revolución bolchevique, de Alexander Berkman, etc. Varios de estos títulos han tenido que ser reeditados por hallarse agotados en el mercado y persistiendo, sobre ellos, gran demanda todavía.

En el seno de las filas anarquistas hay militantes muy preparados [\(45\)](#) que traducen con facilidad de las lenguas occidentales al japonés. Anarquistas como Masamichi Osawa, Hiroshi Oseki, Selichi A. Miura, Tadataka y Fusako Hirayama, Sakan Endo, Yoshiharo Hashimoto no tienen problemas de índole técnica para verter al japonés los textos de Proudhon, Stirner, Woodcock, Carr, Berkman y la mayoría de los teóricos del anarquismo europeo partiendo del idioma de éstos. A señalar, de modo relevante, la traducción hecha por Ima Mura, militante femenina, de *La CNT en la Revolución española*, de José Peirats.

La disolución de la Federación Anarquista Japonesa dejó en libertad, a sus miembros, de volcarse, individual o colectivamente, en múltiples actividades en las que el marchamo anarquista podía tener cabida. Algunos grupos, de los integrantes de la FAJ, acordaron mantener su estructura, deseosos, en cierto modo, de no ver sumidos en

la nada aquellos esfuerzos ya iniciados con anterioridad a la disolución de la Federación.

En Akita, en el extremo norte de la isla de Honshu, donde naciera Ando Shoeki, los anarquistas del lugar decidieron mantener el Círculo Literario que habían creado y, en torno al cual giraba una intensa actividad entre los estudiantes e intelectuales progresistas de la región.

Lo mismo sucede en Tokio, donde se registra la presencia de algunos grupos que mantienen un excelente ritmo en sus actividades. Podernos señalar el Grupo Idea (Shisoo) que publica, en forma más o menos periódica, *Radical*, en inglés, gozando de interesante colaboración y figurando entre lo más selecto en cuanto a los análisis históricos y conceptuales del anarquismo. La dirección de la publicación está a cargo de Yoshiharo Hashimoto, un abnegado trabajador de la causa libertaria. También destaca la labor llevada a cabo por Selichi A. Miura, incansable editor de *Giyu Gin* (El Libertario), publicación mensual muy solicitada en los medios intelectuales nipones y conocida del anarquismo occidental porque llega a todos los ámbitos anarquistas del mundo. Selichi A. Miura es un intelectual destacado de prolijos conocimientos que pone sus dotes políglotas al servicio de la idea, puesto que ha traducido, del francés y del inglés, diversas obras anarquistas de los teóricos occidentales. Otro grupo, en el que destaca el militante Masamichi Osawa,

edita Koro no Techo. El anarquista Osawa tiene una nómina de obras escritas muy numerosa, de las que ya hemos tenido ocasión de hablar y es uno de los traductores más cotizados, en el mundo de la edición japonesa no necesariamente anarquista. Otro núcleo interesante es el Koku Shyoku Sensen Sha (Grupo Bandera Negra) sostenido, principalmente, por el viejo anarquista y maestro de escuela Eizahuro Ooshima, radicado en la barriada obrera tokiense de Nakama. Ooshima, que después de maestro fuera también campesino y lograra ser poseedor de algunas tierras, vendió todas sus pertenencias poniendo el fruto de la venta como fondo inicial para la tarea de publicaciones libertarias. Koku Shyoku Sensen Sha ha publicado numerosos libros y folletos desde el día de su fundación.

Todos estos grupos suelen fijarse reuniones fijas, semanales o mensuales, en algún lugar céntrico de Tokio, de preferencia Shin- juku, una de las barriadas más animadas de la capital japonesa y es en el seno de las mismas que se determinan los enfoques de las publicaciones así como otras actividades que los grupos se asignan.

En Himeji y en Nagoya cabe registrar la presencia de dos grupos de esperantistas y resistentes a la guerra, animados, entre otros, por el militante libertario Kou Mukai.

En Kobe está ubicado otro de los grupos más dinámicos del país, que se ha asignado como una de sus principales

actividades la edición de The Echo, publicación de la cual ya hemos hecho referencia. Con la sigla de The Echo los anarquistas de Kobe han publicado también diversos opúsculos de divulgación anarquista.

En 1968, con motivo de la celebración del Congreso Anarquista Internacional de Carrara, asistió al mismo el anarquista Hirosbi Ozeki, quien tuvo oportunidad, igualmente, de visitar los movimientos anarquistas en Europa. Una de sus visitas fue dedicada, a la CIRA de Lausanne, y la idea de formar un archivo anarquista en el Japón fue proyectada allí con notable éxito, ya que desde hace algunos años funciona, al pie del monte Fuji, la CIRA Nipón, que cuenta ya con un buen elenco de obras, y publica, por otra parte, Anarquismo y un boletín informativo Libero, en inglés. Anarquismo es una publicación prolija - alrededor de 70 páginas-, en japonés, que conlleva un resumen en esperanto, permitiendo, de esta manera, una divulgación de la revista por los países de Occidente.

La sede de CIRA-Japón funciona en una original morada que construyera, con su propio esfuerzo y el de su compañera, el libertario Buichiro Ryo. Se halla al pie del Fujiyama, en medio de plantaciones de te y es una residencia para jóvenes vacacionistas que se reposan en ella antes de emprender la ascensión de la máxima montaña del país. Esta clase de morada, que en inglés es conocida como Youth Hostel,

recibe anualmente centenares de jóvenes, muchos de ellos libertarios y todos inquietos, estudiosos y rebeldes, que toman conocimiento del ideal libertario mientras se preparan a escalar la cima del Japón. La localidad donde se halla la morada de Buichiro Ryo, miembro igualmente de la WRI y esperantista desde hace años, está enclavada en las afueras de Fujinomiya, no lejos de Numazu, donde se halla el pequeño museo dedicado al famoso anarquista Taiji Yamaga.

Hasta 1973 funcionó un Consejo Socialista Libertario que agrupaba, en su seno, a densos contingentes de los «radicales sin secta» de las universidades, sobre todo en las de Waseda y Hinei, pero se desintegró al disminuir el empuje estudiantil.

En cuanto a las individualidades, éstas son numerosas. Por abrazar los conceptos individualistas unas, por no perjudicar a un grupo al adherir a otro, por discrepar ante la ausencia de una Federación anarquista en el país, son muchos los anarquistas que prefieren actuar solos o, simplemente, encerrarse en la impotente torre de marfil. A título de ejemplo, en lo que a la actuación de un anarquista no agrupado concierne, transcribimos un fragmento de las «Noticias Menores» del ya mencionado Radical:

Deseo ofrecer mi habitación, bien que diminuta, y prestar mis libros, folletos y otros a los que lo deseen el segundo y

cuarto domingos de todos los meses, desde la 1 hasta las 4 de la tarde. Espero que mi esfuerzo decrépito [\(46\)](#) servirá para crear un mundo sin autoridad, basado en el amor y el apoyo mutuo.

Algunas de las actividades específicas en las que los anarquistas dedican sus esfuerzos podrían enumerarse así:

Pacifismo.- El núcleo más fuerte de la WRI está muy influenciado por los grupos libertarios de Nagoya, Osaka y Himeji que organizan manifestaciones, exposiciones, publican manifiestos y llevan a cabo acciones tales como el asalto a la fábrica Nihon Tokoshyu Kinzu Ku Kabushi Gaiza, dedicada a la fabricación de ametralladoras y otras armas bélicas. Los Resistentes a la Guerra tienen su propio órgano de expresión Senso leikosha (Pacifista) que está a cargo del libertario Kou Mukai. [\(47\)](#)

En el campo del pacifismo las actividades que pueden desarrollarse, son innumerables. La Guerra del Vietnam fue uno de los eventos más explotados por los pacifistas; la cuestión de Okinawa también fue tema de rigor hasta la reintegración de las islas Ryu Kyu al Japón, por los Estados Unidos, el 14 de mayo de 1972; el artículo 9 de la Constitución, irrespetado por el militarismo y la potente industria; los aniversarios de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; la presencia de un submarino de propulsión nuclear y, recientemente, la botadura del primer barco

japonés impulsado por energía atómica; las industrias volcadas, en peligroso porcentaje a la fabricación de armamentos, son temas que el pacifismo abraza.

Tampoco faltan las oportunidades, para los anarquistas, de engrosar organizaciones tales como la Flansen (Los Comités de la Juventud contra la Guerra) cuyo nombre completo es Halasen Seinen iinkai, integrados mayormente por obreros -unos 20.000 en 1970- no enrolados en los partidos políticos ni en las centrales sindicales y, posteriormente, el Beheiren, que engrosaba un conglomerado heterogéneo de estudiantes, obreros, oficinistas, jubilados, y puso su mayor énfasis en combatir la guerra contra el Vietnam, logrando movilizar grandes contingentes de la población, alcanzando cúspides dramáticas como el holocausto del esperantista Yunoshia Yui, que a la edad de 73 años se convirtió en antorcha viva frente al domicilio del primer ministro nipón, para protestar contra la guerra en el sudeste asiático.

Esperanto.-Actividad estrechamente ligada con el pacifismo pero desarrollando actividades propias sin trabazón forzada con los resistentes a la guerra. El esperanto goza de merecida simpatía en el Japón. Uno de sus fundadores fue Takai Osugi, que ya era esperantista a comienzos de siglo. También Taiji Yamaga fue un reputado esperantista y muchos militantes anarquistas son, igualmente, esperantistas convencidos. Un occidental puede estudiar el

esperanto en tres meses, mientras que un japonés o un chino precisa, como término medio, de un año. A pesar de ello han sido muchos los japoneses que han abrazado el idioma internacional para poder romper el cerco de la incomprensión producido por un idioma como el suyo, de escritura ideográfica y signos silabarios a la vez que de gramática con reglas totalmente opuestas a las gramáticas europeas. En el Japón siempre ha habido órganos esperantistas de expresión libertaria, pacifista e internacionalista.

Contaminación ambiental.- El Japón es el país que más dramáticamente sufre la contaminación ambiental. Durante el año y en forma intermitente, se decreta la disminución de las actividades fabriles en Tokio cuando la atmósfera de la ciudad más poblada del mundo -12.000.000 de habitantes- se vuelve irrespirable. Adquiere condiciones de asesina, simple y llanamente. Los japoneses se han organizado en comités de barrio, de fábrica, de ciudad para hacer campaña en favor de la salvaguarda de la ecología del país y del saneamiento de su atmósfera. Los libertarios de Tokio, Osaka, Nagoya y las grandes ciudades japonesas han demostrado ser sensibles a estos movimientos esporádicos y los han engrosado con su presencia al tiempo que se han esforzado para que mantengan, los organismos ductores, una total independencia frente a los partidos y los sindicatos politizados.

Etas y coreanos.- La publicación Atlas de diciembre de 1968, transcribía un trabajo de *The Magazine* de Singapur dedicado a los coreanos radicados en el Japón. Estos gaijin -extranjeros- son considerados como el peldaño más bajo, junto con los et as, de los estratos sociales del país. «El negro del Japón» se titula el artículo. Unos 600.000 coreanos viven en condiciones infrahumanas y abastecen la mano de obra para los trabajos que los japoneses estiman como denigrantes.

Esta condición de lumpenproletariat la comparten los coreanos con los et as, seres nacidos en el Japón y que sufren todavía la consecuencias de una sociedad de castas que, teóricamente, fue abolida en 1868. En Time del 2 de marzo de 1970, se lee:

Ciertamente el cambio ha caracterizado los estilos de vida, virtualmente, de todos los grupos y clases (del Japón) a excepción de los que se hallan en el fondo y en la cima. El eta, descendiente de las ocupaciones despreciadas de la tañería o el matadero es, en el Japón, lo más aproximado posible al intocable de la India; hay un millón de ellos, viviendo en pocilgas, trabajando como traperos o peor y raramente capaces de poderse casar con otro seres que no sean de su clase. En la cima está el emperador.

Los hijos de estos parias sufren, en las escuelas, los vejámenes de sus compañeros de aulas y ello ha promovido

un movimiento igualitario en el seno de los maestros tendiente a exterminar este sentimiento antisocial y racista. En el Nikkyoso (Sindicato de profesores y maestros) han sido los enseñantes libertarios los que han desarrollado mayor actividad en este aspecto, pese al número reducido de los mismos frente a los profesores y maestros afiliados al marxismo y al socialismo estatal.

La disolución de la FAJ fue planteada, entre otras cosas, porque la mayoría de los libertarios quería estar presente en toda clase de acto o manifestación sin tener que sospechar, todas las veces, si por su condición de militante de un organismo de condición nacional, no incurría en una acción incompatible con la trayectoria trazada por la Federación Anarquista. A partir de 1968 todo anarquista decide proyectarse en toda índole de lucha que estime progresista y beneficiosa para el anarquismo. En mezcolanza con todos los protestatarios del país el anarquista se halla presente en los seat in frente a la Dieta, en las serpientes humanas -manifestaciones masivas en las que los manifestantes, en hileras de diez o doce, unas detrás de las otras, entrecogidas de los brazos, largos de doscientos y más metros y zigzagueantes de lado a lado de las amplias avenidas, ofrecen un espectáculo de fortaleza y unidad impresionante, sobre todo para el visitante-, en el Movimiento de Liberación Femenina, en el asalto a las fábricas de armamentos, en la campaña contra el nuevo aeropuerto de Narita, en las

manifestaciones del Primero de Mayo, en las de los aniversarios de Hiroshima todos los 9 de agosto, en los piquetes frente al Ministerio de Educación para protestar contra la restauración del Kigensetsu. [\(48\)](#)

Ello no es óbice para que el gusanillo de la organización no cosquillee el espíritu de algunos militantes en forma intermitente pero repetida. El Grupo Kokko (Luz Negra) de Kioto, integrado en su gran parte por elementos jóvenes y preparados como Noayuki Haguma, doctor en psiquiatría, esperantista y arrollador en su activismo, ha hecho, en agosto de 1974, la proposición de organizar de nuevo una Federación Libertaria.

Varias reuniones preliminares han tenido lugar para discutir la propuesta del Grupo Kokko. El año 1968 no está tan lejos y para algunos la medida, si se acordara, podría ser prematura. Para otros, sin embargo, la necesidad de organizarse se justificaría al ser otras las condiciones actuales de las de 1968, cuando la efervescencia estudiantil y trabajadora estaba alcanzando su punto culminante. Todos tienen presente, no obstante, lo que Selichi A. Miura reflejaba cuando terminaba la carta dirigida a los anarquistas de Occidente: «Todos y cada uno de nosotros [trabajaré] para que la federación vuelva a resurgir de nuevo».



VÍCTOR GARCÍA

El 24 de agosto de 1919 nace en Barcelona (España) el militante anarcosindicalista, escritor, traductor e historiador del movimiento anarquista internacional Tomás Germinal Gracia Ibars, más conocido como Víctor García. De muy pequeño su madre le llevó a Mequinzenza (Bajo Cinca, Franja de Poniente), de donde era oriunda. Huérfano de padre muy pronto, la familia se instaló en Barcelona, donde con 12 años trabajó en la industria textil. Miembro del sindicato fabril de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) desde el 1933 y de las Juventudes Libertarias de Gracia desde 1936. Militó en el grupo "Los Quijotes del Ideal", con Abel Paz, Liberto Sarrau y otros, fundado en agosto de 1936 y que se opone al colaboracionismo anarquista en el gobierno, y publica sus

primeros artículos en su portavoz, El Quijote (1937), y en Ruta. Durante la guerra combatirá con "Los Aguiluchos" y cuando la militarización abandona el frente y se suma a la colectividad de Cervià de les Garrigues con Abel Paz y Liberto Sarrau, donde fundó las Juventudes Libertarias y fue miembro del Comité Regional de Cataluña de estas, a la vez que hacía de contable en la Casa CNT-FAI de Barcelona. Tras el desastre del Ebro, se unió a la 26 División y, herido en Tremp, pasó a Francia, donde ir y venir de un campo de concentración a otro (Argelers, Barcarès, Brams). De Brams marchó a Remomantin como tejedor. Después vino Marsella (1941), pantano de Lago Muerte (1942), con estancias en la prisión de Marsella y de Lyon. Detenido como resistente al Delfinado, es encarcelado en el campo de Vernet por el Gobierno de Vichy, pero consigue huir cuando lo querían enviar a Dachau. La Liberación de Francia lo coge en París. Asistió al Congreso de 1945 y en abril, en el Pleno de Tolosa, accede al Comité Nacional de las Federación Ibérica de Juventudes Libertarias como secretario de administración, que terminará abandonando por incompatibilidad con Benito Milla. Luego será administrador de Ruta y de Solidaridad Obrera, que dejó por discrepancias con el sector dominante de Laureano Cerrada. Más tarde fue primer secretario de la Internacional Juvenil Anarquista (IJA) y fundó su órgano de expresión en esperanto Senstantano (antiestatal), y como miembro del IJA asistió al Congreso

Nacional de Jóvenes ácrata Italianos (Convegno di Faenza) de julio de 1946. A finales de este año, se infiltró en la península para apoyar las Juventudes Libertarias del Interior, pero fue detenido en diciembre y encarcelado en la prisión Modelo de Barcelona. -Durante el cierre redactó los boletines Esfuerzo y Acarus. En julio de 1947 fue liberado y después de vivir un tiempo en Barcelona, en contacto con Antonia Fontanillas y trabajando en la construcción. En agosto de 1948 consiguió, con la ayuda de Francisco Denís, pasar la frontera. Quemado de la lucha, en diciembre de 1948 se irá a Venezuela, donde se instalará, antes de hacer un viaje alrededor del mundo, trabajando en diversos oficios: Uruguay (1954), Brasil (1956), Argentina y Chile (1957), Panamá, Japón, sudeste asiático, China, India, Turquía, Egipto, Irak, Israel, Chipre, Grecia, Italia, Alemania, Holanda, Francia, y de nuevo Venezuela en 1961. En Caracas fue secretario de un centro cultural y de estudios sociales, encabezó la CNT -unificada en Venezuela en 1960-, y editó Ruta en dos épocas (1962 y 1969), tras una estancia en Francia y Trípoli (1966-1968). El 19 de abril de 1966 fue expulsado de la CNT de Venezuela con Vicente Sierra y criticó razonadamente en Ruta el cincopuntismo. En 1975 hizo otra gira por América. En 1976 visitó España y sus últimos años se pasó a montadas (Occitania). Víctor García murió, después de una larga y penosa leucemia, el 10 de mayo de 1991 en la Clínica Mas de Rocher, de Castelnou de

Les (Montpellier, Languedoc, Occitania), y fue enterrado al día siguiente en el cementerio de Montada. En 1993, Carlos Díaz Hernández le dedicó una biografía: Víctor García, el Marco Polo del anarquismo.

Notas:

1 Así fue planeado por los cortesanos del siglo VIII a fin de dar condición de sagrada a la dinastía naciente. Cuando tuvo lugar el advenimiento de Meiji, en 1868, se volvió a replantear la necesidad de mantener divino al Emperador y, con absurda precisión, no solamente se señaló el año 660 como el del advenimiento dinástico sino que se indicó el día: el 11 de febrero. Esta jornada, conocida como Kingensetsu era una de las más importantes del calendario fascista de antes de la guerra. <<<

2 Teitaro Suzuki, Una interpretación de la experiencia «zen», México, 1965. <<<

3 Jiyu Minken Undo (Movimiento de la Libertad Civil) sería la acepción más aproximada. Tuvo diez años de vida (1874-1884) siendo absorbidos sus miembros por la política reformista, unos, y por el socialismo, el resto. <<<

4 Esta región registró, en el periodo Meiji, eventos abiertamente revolucionarios, sobre todo en la ciudad de Chichibu, donde la población que vivía de la artesanía de la seda, viose condenada al hambre por la introducción de maquinaria que eliminó grandes contingentes de mano de obra. El paro forzoso obligó a que muchos vendieran y empeñaran sus pertenencias, floreciendo las tiendas de empeño y de prestamistas, al extremo que se creó una organización muy significativa: La Liga de los Pobres de Chichibu o Chichibu Shakkin To. El 2 de noviembre de 1884, la ciudad de Chichibu se lanzó a la calle arrojando de la localidad a la policía, a los usureros, a los prestamistas,

al tiempo que establecía un centro revolucionario proclamando la instauración del «Primer Año de Libre Autonomía». Igualmente decidieron derribar todas las casas de empeño y de usura. La capital no concebía, después de casi dos décadas de haber impuesto la centralización Meiji, que un hecho tal pudiera tener lugar. Tres días de asalto –las fuerzas imperiales estrenaron en los cuerpos de los chichibuyanos una nueva arma, la Mulata ju– acabaron con los revolucionarios, muchos de los cuales fueron masacrados, otros pudieron huir a las montañas y un pequeño número fue ejecutado en 1885. <<<

5 Sen Katayama ha sido el marxista más destacado del Japón. En 1904, habiendo ya estallado la guerra ruso-japonesa, Katayama asiste al Congreso Socialista Internacional, de Amsterdam, y abraza al ruso Plejanov significando que la guerra de sus dos países no afectaba la unidad internacional de la clase obrera. Más tarde se separó, de la II Internacional y pasó a integrar el Politburó de la III. Recorrió, con el indostánico M. N. Roy, después de la revolución rusa, la mayoría de los países de Latinoamérica, logrando organizar varios partidos comunistas en la región. <<<

6 Toshihiko Sakai nació en 1870 y murió en 1933. Sus ascendientes pertenecían a la casta de los samuráis. Llevó a cabo diferentes profesiones, tales como la de periodista, maestro de escuela, colaborador de publicaciones. Fue gran amigo de Kotoku, y se consideraba, al igual que éste, discípulo de Atsusuke Nakae. Fundó junto con Kotoku, Heimin Shimbun en 1903, y juntos dieron la primera versión japonesa del Manifiesto Comunista, en 1904. <<<

7 Hacemos referencia, naturalmente, a la segunda aparición del periódico, cuando ya el socialismo japonés se había escindido. Heirnin

Shimbun fue diario gracias al aporte económico de un simpatizante, amigo de Kotoku. <<<

8 La primera versión japonesa de La conquista del pan, de Kropotkin, la termina Kotoku en 1908, y fue editada, distribuida, vendida y leída clandestinamente. <<<

9 La compañera de Kotoku. <<<

10 Ganketsu Ababa, miembro de la Heimin Sha (Sociedad Proletaria), como Kotoku, desde 1903; escritor y periodista –fundó Royo Shakai Shimbun (Diario del Oriente Socialista) en 1908–, se hallaba en los Estados Unidos cuando tuvo lugar la burda trama de la Dai Yaku Jiken, pero regresó a primeros de 1912. Fue detenido y encarcelado de inmediato, declarándose en huelga de hambre que ocasionara su muerte el 10 de marzo de 1912. Murió a la edad de 37 años y debe considerarse justamente como una víctima más de la masacre de la Dai Yaku Jiken. <<<

11 Es por esto que Philippe Pons, corresponsal de Le Monde Diplomatique escribe en el número correspondiente a agosto de 1972: «Pero la guerra [la de los años 1914-1918] ha tenido, como mayor consecuencia, hacer pasar a un país [el Japón], todavía ampliamente agrícola, al estado de potencia industrial. Lo que equivale a una ampliación de la clase obrera. Organizado primitivamente en base al modelo tradeunionista, el movimiento sindical se refuerza en la crisis: especulaciones de intelectuales, el anarcosindicalismo pasa a ser un método de combate...». <<<

12 La hija mayor de Osugi, Mako, la que logré ver, en 1957, en Fukuoka, perseveraba en las ideas del padre y, junto con su compañero, Aoki, editaba Teikosha (Resistencia), una publicación pacifista libertaria. <<<

13 El terremoto del 10 de septiembre de 1923, a pesar de que sólo duró 30 segundos, segó la vida de 100.000 personas. 40.000 de ellas fueron quemadas en los depósitos de ropa del ejército. Otras 43.000 fueron dadas como desaparecidas. El 54% de las viviendas se vino al suelo, 700.000 casas ardieron. <<<

14 Kanda es uno de los centros de Tokio más concurridos. Allí se encuentran las más grandes librerías y centros culturales. Junto con Shinjuku forma el núcleo más intelectual e inquieto de la mayor ciudad del mundo. <<<

15 Ver semblanza biográfica de Toshihiko Sakai en nota 6. <<<

16 CNT de Toulouse (17-8-1952) publicó una carta de Taiji Yamaga dirigida a las Juventudes Libertarias en la que hacía referencia a ello: «Yo he envejecido bastante; pero jóvenes compañeros me ayudan a componer y editar de manera simple y primitiva ¡sin máquina! en mi reducida habitación. Con el dinero que nos mandaron compañeros rusos que están en los Estados Unidos comprarnos 2.500 caracteres de imprenta y un simple rodillo a mano para litógrafo, con el cual imprimimos el papel aplástandolo sobre los tipos. No podemos comprar otra máquina más cara y, por eso, recurrimos a remediarlo con ésta. Las caracteres que necesitan acentos –se refiere a los tipos en esperanto– yo mismo los hice con plancha de zinc». <<<

17 El haiku es un poema brevísimo de 5-5-7 sílabas y es considerado, en el Japón, como la cima de la poesía. El zen lo ha difundido mucho. Felipe Aláiz se extendió, con humor, en torno a las cualidades del haiku, que lo definía así: «Para cualquier curioso de calidades (el haiku) es un terceto reclusiano». (Solidaridad Obrera 17-5-52, París). <<<

18 Tau I Yaiviaga: Lao Tsé y su Libro del Camino y de la Virtud. Tierra y Libertad, México, 1963-128 pág. Yamaga vertió su interpretación

libertaria del pensamiento de Lao Tsé al esperanto y Eduardo Vivancos, conocido esperantista libertario español, lo tradujo al castellano. <<<

19 El suelo de las viviendas japonesas está cubierto por los tatami, espesas y rígidas esteras confeccionadas con paja de arroz. Miden, aproximadamente, un metro por dos, y sobre ellas, el que mora y el visitante van descalzos, ya que los zapatos se dejan en la entrada. La vivienda japonesa no tiene muebles, por lo que, ausentes las sillas y las camas, la vida se hace a nivel del suelo, sobre el totoral. Una mesita de 20 centímetros de alto, algunos cojines y edredones forman el verdadero y genuino mobiliario del japonés. <<<

20 Roma de ‘romano’ y ji que significa ‘idioma’. Se da el nombre de romaji al japonés escrito con caracteres europeos, es decir, con nuestro abecedario. La escritura japonesa, propiamente se compone de los caracteres ideográficos chinos y un silabario —kata-kana o hira-gana— por lo que el romaji sería un intento de acercamiento a los idiomas occidentales. <<<

21 Una sopa a base de vermisela considerada como el plato más barato de los restaurantes económicos. <<<

22 Al igual que la ciudad universitaria de Heidelberg, que los bombardeos aliados respetaron por su simbolismo cultural, las ciudades de Nara y Kioto, en el Japón, tampoco fueron bombardeadas por las riquezas culturales e históricas contenidas en ellas. <<<

23 En la década 1950-1960 la producción industrial del Japón se triplica. El producto nacional bruto se duplica. La producción agrícola alcanza una cifra récord. La renta nacional logra un 50% de aumento y lo mismo ocurre con el consumo. La renta per cápita es un 20% más elevada que la de antes de la guerra. <<<

24 Fueron los ocupantes los primeros en restaurar lo que ellos mismos habían abolido. Las poderosas familias del imperio –los ingresos del barón Mitsui, jefe de la familia-trust del mismo nombre, rebasaban el presupuesto del Estado, en 1937–, disueltas y condenadas se vieron llamadas a «colaborar» encargándose, el Parlamento, de suavizar la Ley Antimonopolio. A partir de 1952 la Fundación Fuji acapara el 25% de la fabricación del acero y la mitad de la fundición japonesa. En 1960 el 50% de los tejidos están en manos de 10 familias. La Mitsubishi produce el 34% de las armas japonesas y esto sólo entraña un modesto 6% de la totalidad de sus múltiples actividades. La Mitsubishi, junto con la Mitsui y la Sumitomo representan el 30% de toda la producción japonesa. La mayor empresa de comercio japonesa es la Mitsui Bussan.

<<<

25 Samuel Gompers fue la figura más relevante del sindicalismo en los Estados Unidos y principal artífice de la hipoteca contraída por los sindicatos frente a la patronal. Se opuso a las Federaciones de Industria; defendió la colaboración con los patronos y el régimen capitalista y socavó todo atisbo revolucionario de la central sindical más numerosa del país norteamericano: la American Labor Federation. <<<

26 El 18 de septiembre de 1931 hubo una explosión en la vía del ferrocarril de Mukden, capital de Manchuria, se supone que provocada por los propios japoneses, motivo por el cual el ejército nipón ocupó toda la Manchuria instaurando, detrás de un Estado de paja – Manchukuo–, el dominio efectivo de toda la región. <<<

27 La población laboral japonesa oscila alrededor de los 60 millones de trabajadores. <<<

28 Las tres organizaciones fusionadas fueron Zenro (Congreso de los Sindicatos Japoneses), Federación Japonesa de Sindicatos y Consejo de

los Sindicatos de los Trabajadores del Estado del Japón. La Zenro había adherido a la federación internacional CIOLS. <<<

29 El programa de acción de la Domei, más a la derecha que el de la Sohyo inclusive, señala, entre otras cosas: «Estamos contra la unidad de acción [...] Nuestra política busca alcanzar una democracia parlamentaria [...] Los sindicatos no deben estar, necesaria y categóricamente, contra el sistema y nos oponemos a la introducción de la lucha de clases en las relaciones entre trabajadores y patronos». La adhesión del Sindicato de las Industrias Pesadas de la Mitsubishi, aportando más de 40.000 afiliados de golpe permitió, en 1969, un incremento considerable de sus efectivos. <<<

30 La Sanbetsu Kaigi reagrupaba, en 1946, alrededor de 1.400.000 afiliados. Los Comités superiores, afiliados al Partido Comunista, fracasaron en su intento de politizar la Sanbetsu, lo cual se puso en evidencia en una orden de huelga general para el mes de febrero de 1947 que no fue secundada por los trabajadores. Del fracaso de la Sanbetsu surgió la Mindo (Movimiento Obrero por la Democracia) que fue el embrión del que nació, en 1959, la mastodóntica Sohyo. <<<

31 El 43% de los trabajadores japoneses, casi 24 millones de ellos, está ocupado en empresas con menos de 300 empleados. De un total de 4.500.000 de esta índole de pequeñas y medianas empresas, más de un millón y medio emplea de uno a tres empleados solamente por empresa. <<<

32 La gran industria japonesa emplea una hábil válvula de seguridad apuntando a dos frentes: el patronal y el obrerista. Con la primera, integrante de la pequeña y mediana industria, hace subcontrataciones, de las que puede zafarse si una crisis se presenta, en cuyo caso reduce

la producción a expensas de los sub-contratos, lo que le permite dejar intacto el ritmo matriz. Con la segunda también acude a una estrategia parecida: contratación temporal de mano de obra, al margen de la que ya se halla estabilizada en la empresa, la cual es posible orillar al bajar la producción o al introducir técnicas y maquinarias que puedan prescindir de la mano de obra empleada. Esto establece una condición de discriminación entre los propios trabajadores ya que los empleados en carácter permanente se oponen al ingreso, en el sindicato de empresa, de los temporarios. De ahí que el objetivo máximo anhelado por todo trabajador japonés sea el de formar parte, en carácter permanente, de la empresa. <<<

33 La Nikkeiren (Federación de Patronos), al revés de los sindicatos obreros, agrupa la totalidad de los explotadores japoneses. Su fuerza, además del apoyo del Estado, que ve en ella el principal factor del «milagro económico japonés», radica en el cuerpo monolítico que forman todos los patronos en torno a un solo organismo. <<<

34 Dos corrientes anidan en el seno del Partido Socialista, la Kozokaikaku y la Nueva Visión Socialista, la primera marcadamente reformista y la segunda –con salpicaduras de oportunismo pronunciadísimas– aboga por el estándar de vida americano, la seguridad social en la URSS, la democracia parlamentaria inglesa y la constitución pacífica del Japón. <<<

35 El Komeito fue creado en 1964 como brazo político de la Nichiren Shu, que cuenta con seis millones de familias creyentes. Su eslogan «Una mano tendida hacia los que los políticos olvidan» tuvo gran impacto. <<<

36 El Partido Comunista reivindica 300.000 afiliados, suma más bien rala para un país de más de cien millones. Sus cabildeos constantes –

del pacifismo a la aventura de la extrema izquierda y al pacifismo de nuevo— hace que se desgaje mucha militancia, sobre todo después del 60 Congreso, en 1955. Es conocido como Yoyogui, nombre del barrio cercano a Shinjuku donde está la sede central siendo, Yoyogui, sinónimo de entreguismo y traición para los demás grupos marxistas que se enfrentan a la posición pusilánime del PCJ. En su XI Congreso, celebrado en 1970, la moderación de términos se ha hecho más pronunciada todavía: rama en lugar de célula, ley del proletariado en lugar de dictadura del proletariado. Su órgano, Akahata (Bandera Roja) ya casi no emplea la palabra revolución. El PCJ se proclama partidario, según Koichiro Ueda, miembro del Comité Central y director de Akahata del «establecimiento de un régimen demócrata, es decir, dirigido por el proletariado y la burguesía» (Philippe Pons, *Le Monde Diplomatique*, julio 1974) y sus votos los busca a todos los niveles sin descuidar los estratos fascistas monopolizados, hasta hace poco, por el Komeito. <<<

37 La Bundo, debido a la táctica a adoptar para oponerse, en noviembre de 1969, al viaje del primer ministro Eisaku Sato, a los EE.UU. se escindió a su vez. La fracción más violenta pasó a integrar el célebre Sekigun (Ejército Rojo), que secuestrara un Boeing en abril de 1970 y se viera compartiendo la lucha palestina en contra de Israel, con la hazaña descabellada del 30 de mayo de 1972 en que tres miembros del Sekigun en nombre del Frente de Liberación Palestino, dejan 26 muertos y 30 heridos en el aeropuerto de Tel Aviv. La disciplina de este grupo es tan tiránica que en juicio entre ellos, por «violación de la disciplina revolucionaria», hubo 14 condenas a muerte fríamente ejecutadas. <<<

38 KAN Eoucin. *Memoire sur la situation politique japonaise (1967-1973)*, 1974. <<<

39 Masamichi Osawa, «About the reorganisation of JAF», The Echo, 25/5/1962. Kobe. <<<

40 Ibídem. <<<

41 Tadataka Hirayama es un profesor de secundaria radicado en la febril ciudad de Kobe. Junto con su compañera Fusako lleva a cabo un gran esfuerzo proselitista y de divulgación, manteniendo, al mismo tiempo, la publicación de The Echo. En 1973, junto con Fusako y otro connotado kobense, Yukinaga Maeda, asistió a diversos actos libertarios celebrados en Europa –Italia, Suiza, Francia e Inglaterra– dejando los tres, entre la asistencia occidental, una sensación de madurez orgánica y teórica bien cimentadas. <<<

42 Ei Yamaguchi. «Growth of the Revolutionary Elements in Japan», The Echo, 10/12/62, Kobe. <<<

43 Esta carta circular fue ampliamente difundida por la prensa anarquista de Occidente. <<<

44 Se da, como cifra aproximada, la cantidad de unos 200 grupos libertarios en todo el Japón en los meses que siguieron a la disolución de la FAJ. <<<

45 De hecho todo japonés está, educacional y culturalmente, preparado. El Japón es un país en el que el analfabetismo está totalmente erradicado y en donde la sed de lectura y estudio alcanza notas no conocidas en Occidente. <<<

46 Parece inevitable, sobre todo en los viejos japoneses, este detalle de la humildad en el léxico. El japonés, y el oriental en general, llega a excusarse hasta de una heroicidad, inclusive. <<<

47 Son afines al Senso Teikosha, Saluton, TOM, Informilo y Informa Bulteno de los resistentes a la guerra, siendo, en todos ellos, un colaborador de descollo el libertario Kou Mukai. <<<

48 No hay veto organizativo a ninguna acción del individuo. La conciencia revolucionaria de cada uno dicta las actitudes a tomar. <<<